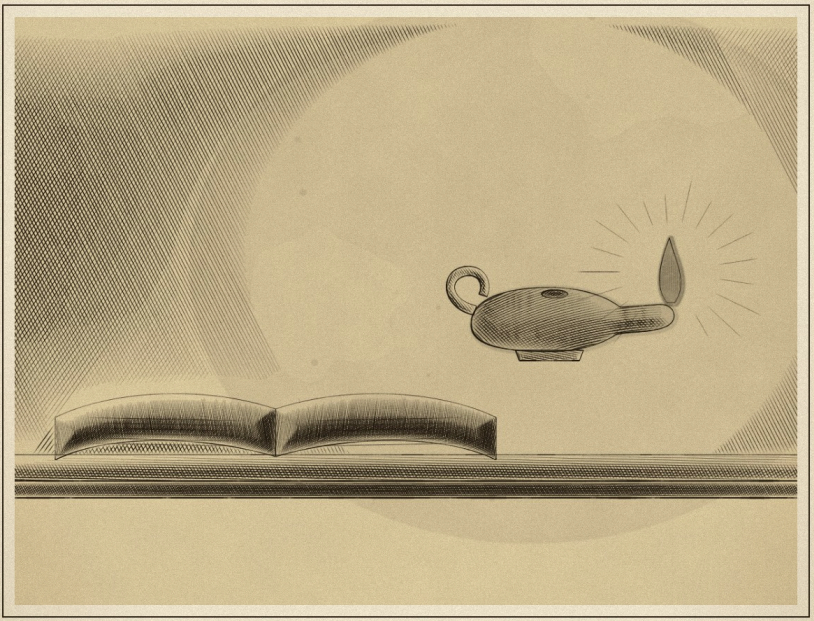
# CÁNTICO ESPIRITUAL

*San Juan de la Cruz*



La lámpara encendida

MMXXVI

# Cántico espiritual

*San Juan de la Cruz*

*La lámpara encendida*

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto original de San Juan de la Cruz, en su segunda redacción (cuarenta canciones), compuesta entre 1578 y 1586.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

# Índice

Prólogo
Las canciones
Argumento
Canción primera
Canción segunda
Canción tercera
Canción cuarta
Canción quinta
Canción sexta
Canción séptima
Canción octava
Canción novena
Canción décima
Canción undécima
Canción duodécima
Canción decimotercera
Canciones decimocuarta y decimoquinta
Canción decimosexta
Canción decimoséptima
Canción decimoctava
Canción decimonovena
Canciones vigésima y vigésima primera
Canción vigésima segunda
Canción vigésima tercera
Canción vigésima cuarta
Canción vigésima quinta

Canción vigésima sexta
Canción vigésima séptima
Canción vigésima octava
Canción vigésima novena
Canción trigésima
Canción trigésima primera
Canción trigésima segunda
Canción trigésima tercera
Canción trigésima cuarta
Canción trigésima quinta
Canción trigésima sexta
Canción trigésima séptima
Canción trigésima octava
Canción trigésima novena
Canción cuadragésima

# Prólogo

Por cuanto estas canciones parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que, como se dice en el libro de la Sabiduría, toca desde un fin hasta otro fin, y el alma que de él es informada y movida en alguna manera, esa misma abundancia e ímpetu lleva en él su decir, no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo del amor en ellas lleva; antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor e inteligencia mística, cuales son los de las presentes canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar; porque el Espíritu del Señor, que ayuda a nuestra flaqueza, como dice San Pablo, morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprehender para lo manifestar:

Spiritus adjuvat infirmitatem nostram... ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inerrabilibus.

Porque, ¿quién podrá escribir lo que a las almas amorosas donde él mora hace entender? ¿Y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear?

Cierto, nadie lo puede; cierto, ni aun ellas mismas, por quien pasa, lo pueden; porque ésta es la causa por que con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran.

Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor e inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón, según es de ver en los divinos Cantares de Salomón y en otros libros de la divina Escritura, donde, no pudiéndose

dar a entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla el Espíritu Santo misterios en extrañas figuras y semejanzas; de donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí.

Por haberse, pues, estas canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino sólo dar alguna luz en general; y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse a la declaración; porque la sabiduría mística, la cual es por amor, de que las presentes canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma, porque es a modo de la fe, en la cual amamos a Dios sin entenderle claramente.

Por tanto seré bien breve, aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes donde lo pidiere la materia y se ofreciere la ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración, que por tocarse en las canciones muchos, no podrá ser menos de tratar algunos; pero, dejando los más comunes, trataré brevemente los más extraordinarios que pasan por los que con el favor de Dios han pasado de principiantes, y esto por dos cosas: la una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque en ello hablo con personas a las cuales nuestro Señor ha hecho merced de haberlas sacado de esos principios y llevádolas más adentro al seno de su amor divino; así, espero que aunque se escriban aquí algunos puntos de teología escolástica acerca del trato interior del alma con su Dios,

no será en vano haber hablado algo a lo puro del espíritu en tal manera; pues, aunque a algunas las falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las verdades divinas, no les falta el de la mística, que se sabe por amor, en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque lo que dijere (lo cual quiero sujetar a mejor juicio, y totalmente al de la santa madre Iglesia) haga más fe, no pienso afirmar cosa fiándome de experiencia que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido o de ellas haya oído, aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar, sino que con autoridades de la Escritura divina vaya confirmando, declarando a lo menos lo que fuere más dificultoso de entender; en las cuales llevaré este estilo, que primero pondré las sentencias de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trajeren.

Y pondré primero juntas todas las canciones, y luego por su orden iré poniendo cada una de por sí para haberlas de declarar; de las cuales declararé cada verso, poniéndole al principio de su declaración.

## Las canciones

Esposa.

¿Adónde te escondiste,

Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,

Habiéndome herido;

Salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Pastores, los que fuerdes

Allá por las majadas al otero,

Si por ventura vierdes

Aquél que yo más quiero,

Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,

Iré por esos montes y riberas,

Ni cogeré las flores,

Ni temeré las fieras,

Y pasaré los fuertes y fronteras.

Oh bosques y espesuras,

Plantadas por mano del Amado,

Oh prado de verduras,

De flores esmaltado,

Decid si por vosotros ha pasado.

Respuesta de las criaturas.

Mil gracias derramando,

Pasó por estos sotos con presura,

Y yéndolos mirando,

Con sola su figura

Vestidos los dejó de su hermosura.

Esposa.

¡Ay, quién podrá sanarme!

Acaba de entregarte ya de vero;

No quieras enviarme

De hoy más ya mensajero,

Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan,

De ti me van mil gracias refiriendo,

Y todos más me llagan,

Y déjame muriendo

Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras,

Oh vida, no viviendo donde vives,

Y haciendo porque mueras,

Las flechas que recibes,

De lo que del Amado en ti concibes?

¿Por qué, pues has llagado

Aqueste corazón, no le sanaste?

Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta a deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos,
Descubre tu presencia,
Y máteme la vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo,
Esposo.
Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Esposa.

Mi Amado, las montañas,

Los valles solitarios nemorosos,

Las ínsulas extrañas,

Los ríos sonorosos,

El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada

En par de los levantes de la aurora,

La música callada,

La soledad sonora,

La cena, que recrea y enamora.

Cazadnos las raposas,

Que está ya florecida nuestra viña,

En tanto que de rosas

Hacemos una piña,

Y no parezca nadie en la montiña.

Detente, cierzo muerto,

Ven, austro, que recuerdas los amores,

Aspira por mi huerto,

Y corran tus olores,

Y pacerá el Amado entre las flores.

Oh, ninfas de Judea,

En tanto que en las flores y rosales

El ámbar perfumea,

Morá en los arrabales,

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,

Y mira con tu haz a las montañas,

Y no quieras decillo;

Mas mira las campañas

De la que va por ínsulas extrañas.

Esposo.

A las aves ligeras,

Leones, ciervos, gamos saltadores,

Montes, valles, riberas,

Aguas, aires, ardores,

Y miedos de las noches veladores.

Por las amenas liras

Y cantos de Sirenas os conjuro

Que cesen vuestras iras,

Y no toquéis al muro,

Porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa

En el ameno huerto deseado,

Y a su sabor reposa,

El cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del Amado.

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te di la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.
Esposa.
Nuestro lecho florido,
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
A zaga de tu huella
Los jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.
En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.
Allí me dio su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho

A mí, sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal, en su servicio,
Ya no guardo ganado
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que, andando enamorada,
Me hice perdidiza y fui ganada.
De flores y esmeraldas
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.
En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;

Por eso me adamabas,

Y en eso merecían

Los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,

Que si color moreno en mí hallaste,

Ya bien puedes mirarme,

Después que me miraste;

Que gracia y hermosura en mí dejaste.

Esposo.

La blanca palomica

Al arca con el ramo se ha tornado,

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

En soledad vivía,

Y en soledad ha puesto ya su nido,

Y en soledad la guía

A solas su querido,

También en soledad de amor herido.

Esposa.

Gocémonos, Amado,

Y vámonos a ver en tu hermosura

Al monte y al collado,

Do mana el agua pura;

Entremos más adentro en la espesura.
Y luego a las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
El aspirar del aire,
El canto de la dulce Filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

# Argumento

El orden que llevan estas canciones es desde que un alma comienza a servir a Dios hasta que llega al último estado de perfección, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados o vías del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son, purgativa, iluminativa y unitiva, y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ellas.

El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa. Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y ésta es la vía iluminativa.

Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual.

La cual vía unitiva y de perfectos se sigue a la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende.

Anotación de la canción siguiente.

Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada a hacer; viendo que la vida es breve, la senda de la vida eterna estrecha; que el justo apenas se salva, que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta, como el agua que corre; el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa.

Conociendo, por otra parte, la gran deuda que a Dios debe en haberla criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida; y en haberla redimido solamente por sí mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia del amor de su voluntad, y otros

mil beneficios en que se conoce obligada a Dios desde antes que naciese; y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razón, así de lo primero como de lo postrero, hasta el último cuadrante, cuando escudriñará Dios a Jerusalén con candelas encendidas, y que ya es tarde y por ventura lo postrero del día: para remediar tanto mal y daño, mayormente sintiendo a Dios muy enojado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas, tocada ella de dolor y pavor interior de corazón sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano a todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón, herida ya del amor de Dios, comienza a invocar a su Amado, y dice:

## Canción primera

¿Adónde te escondiste,

Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,

habiéndome herido;

salí tras ti clamando, y ya eras ido.

Declaración.

En esta primera canción, el alma, enamorada del Verbo, Hijo de Dios, su esposo, deseando unirse con él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose a él de la ausencia, mayormente que, habiéndola él herido y llagado de su amor (por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de sí misma), todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal para poder gozarle en gloria de eternidad; y así, dice:

¿Adónde te escondiste?

Y es como si dijera: «Verbo, esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido».

En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia; porque el lugar adonde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan, en el seno del Padre, que es la esencia divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo:

Vere tu es Deus absconditus; «Verdaderamente tú eres Dios escondido».

De donde es de notar que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él; porque todavía a la verdad le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma, sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo:

«¿Adónde te escondiste?», porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella; lo cual el profeta Job dice: Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam;

«Si viniere a mí no le veré, y si se fuere no lo entenderé».

En lo cual se da a entender, que si el alma sintiere gran comunicación o sentimiento o noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir a que aquello que siente es poseer o ver clara y esencialmente a Dios, o que aquello sea tener más a Dios o estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales le faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que le falta Dios más así que así, pues que realmente, ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio:

Nescit homo, utrum amore, an odio dignus sit; «Ninguno sabe si es digno de amor o aborrecimiento delante de Dios».

«De manera que el intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia, en que desea estar certificada y satisfecha en la otra.

Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares divinos cuando, deseando unirse con la divinidad del Verbo, esposo suyo, la pidió al Padre, diciéndole: Indica mihi... ubi pascas, ubi cubes in meridie»; "Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al medio día".

«Porque pedir le mostrase adónde se apacentaba era pedir la esencia del Verbo divino, su Hijo, porque el padre no se apacienta en otra cosa que en su Unigénito Hijo, pues es la gloria del Padre; y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba era pedirle lo mismo, porque el Hijo sólo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su esencia, al mediodía, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado».

Este pasto, pues, es el Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y es el lecho florido donde con infinito deleite de amor se recuesta escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura; y esto pide aquí el alma esposa cuando dice:

¿Adónde te escondiste?

Y para que esta sedienta alma venga a hallar a su Esposo y unirse con él por unión de amor en esta vida (según se puede), y entretenga su sed con esta gota que de él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide a su Esposo, tomando la mano por él, le respondamos, mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle a lo cierto con la perfección y sabor que se puede en esta vida, y así no comience a vaguear en vano tras las pisadas de las compañías.

Para lo cual es de notar que el Verbo, Hijo de Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma.

Por tanto al alma que lo ha de hallar conviénele salir de todas las cosas, según la afición y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía:

«No te hallaba, Señor, defuera, porque mal te buscaba fuera; que estabas dentro». Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo, diciendo:

¿Adónde te escondiste?

Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unirte con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo donde está escondido, que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza esté tan cerca de ti, que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedas estar sin él:

Ecce enim regnum Dei intra vos est (dice el Esposo); «Cata que el reino de Dios está dentro de vosotros». Y su siervo San Pablo dice: Vos enim estis templum Dei; «Vosotros sois templo de Dios».

Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, cuanto menos de la que está en gracia.

¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca.

Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de ti.

Sólo hay una cosa, que aunque está dentro de ti, está escondido; pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido, para buscarle allí a lo cierto, y esto es lo que tú también aquí, alma, pides cuando con afecto de amor dices:

¿Adónde te escondiste?

Pero todavía dices: pues está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no lo hallo ni le siento?

La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida tan a lo escondido, y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él también está escondido como ella.

Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas, convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu, y cerrando la puerta sobre ti, (es a saber, tu voluntad a todas las cosas), ores a tu padre en escondido; y así, quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, con él, es a saber, sobre todo lo que alcanza lengua y sentido.

Ea, pues, alma hermosa, pues ya sabes que tu deseado Amado mora escondido en tu seno, procura estar bien con él escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor; y mira que a ese escondrijo te llama él por Isaías, diciendo:

Vade... intra in cubicula tua, claude ostia tua super te, abscondere modicum ad momentum;

«Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti (esto es, todas tus potencias a todas las criaturas), escóndete un poco hasta un momento»; esto es, por este momento de vida temporal; porque si en

esta brevedad de vida guardares, oh alma, con toda guarda tu corazón, como dice el Sabio, sin duda ninguna te dará Dios lo que él adelante dice por el mismo Isaías:

Dabo tibi thesauros absconditos, et arcana secretorum;

«Darete los tesoros escondidos, y descubrirete la sustancia y misterios de los secretos»; la cual sustancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la sustancia de la fe, y el concepto de ella y la fe es el secreto y el misterio; y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que es lo perfecto de Dios, como dice San Pablo, entonces se descubrirán al alma la sustancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan a lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía si se escondiere como Moisés en la caverna de piedra, que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios, su esposo; de manera que se sienta tan junta con él, y tan instruida y sabia en sus misterios, que cuanto a lo que toca a conocerle en esta vida no tenga necesidad de decir:.

¿Adónde te escondiste?

Dicho queda, oh alma, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo; pero si lo quieres volver a oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible, y es, búscale en fe y en amor sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber, que esos dos son los mozos del ciego, que te guiarán por donde no sabes allá a lo escondido de Dios, porque la fe, que es el secreto que habemos dicho, son los pies con que el alma va a Dios, y el amor es la guía que la encamina, y andando ella tratando y manijando estos misterios y secretos de fe, merecerá que el amor le

descubra lo que en sí encierra la fe, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia espiritual y divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara a cara, ya de ninguna manera escondido; pero entre tanto, aunque el alma llegue a esta dicha unión (que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida), por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice:

¿Adónde te escondiste?

Muy bien haces, oh alma, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas a Dios y mucho te llegas a él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto, no repares en parte ni en todo de lo que tus potencias pueden comprehender, quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entiendes de Dios, sino en lo que no entendieres de él; y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres o sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender ni sentir de él; que eso es, como habemos dicho, buscarle en fe; que pues es Dios inaccesible y escondido; como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido.

Y no seas como muchos insipientes, que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden o no le gustan o no lo sienten está Dios más lejos y más escondido; siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos le entienden más se llegan a él; pues, como dice el profeta David:

Posuit tenebras latibulum suum; «Puso por su escondrijo las tinieblas»; y así, llegando cerca de él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tus ojos; bien haces, pues, en todo tiempo, a hora de

prosperidad o adversidad espiritual o temporal, tener a Dios por escondido; y así, clamar a él, diciendo:

Amado, y me dejaste con gemido.

Llámale amado para más moverle e inclinarle a su ruego, porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude a las peticiones de su amante; y así lo dice él por San Juan, diciendo: Si manseritis in me... Quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis;

«Si permaneciéredes en mí; todo lo que quisiéredeis pediréis, y hacerse ha». De donde entonces le puede el alma de verdad llamar amado, cuando ella está entera con él, no teniendo su corazón asido a alguna cosa fuera de él; y así, de ordinario trae su pensamiento en él.

Que por falta de esto dijo Dalila a Sansón: Quomodo dicis quod amas me, cum animus tuus non sit mecum? «Que ¿cómo podía decir él que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella?». En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la afición. De donde algunos llaman al Esposo amado.

Y no es su amado de veras, porque no tienen entero con él su corazón.

Y así, su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición hasta que, continuando la oración, vengan a tener su ánimo más continuo con Dios y el corazón con él más entero, con afección de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.

En lo que dice luego: «Y me dejaste con gemido», es de notar que el ausencia del amado causa continuo gemir en el amante; porque, como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio; de donde, en esto se conocerá el que de veras ama a Dios, si con ninguna cosa menos que él se contenta; mas ¿qué digo, se contenta?

Pues aunque todas juntas las posea no estará contento, antes cuantas más tuviere estará menos satisfecho; porque la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas y pobreza de espíritu.

Que por consistir en ésta la perfección de amor en que se posee Dios, con muy conjunta y particular gracia vive en el alma en esta vida cuando ha llegado a ella con alguna satisfacción, aunque no con hartura; pues que David, con toda su perfección, la esperaba en el cielo, diciendo:

Satiabor, cum apparuerit gloria tua; «Cuando pareciere tu gloria, me hartaré». Y así, no le basta la paz y tranquilidad y satisfacción de corazón a que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido (aunque pacífico y no penoso) en la esperanza de lo que falta.

Porque el gemido es anejo a la esperanza. Como el que decía el Apóstol que tenían él y los demás, aunque perfectos, diciendo: Nos ipsi primitias Spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes;

«Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu dentro de nosotros mismos, gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios».

Este gemido, pues, tiene aquí el alma dentro de sí en el corazón enamorado, porque donde hiere el amor, allí está el gemido de la herida, clamando siempre con el sentimiento de la ausencia; mayormente cuando, habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicación del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente; que por eso dice luego:

Como el ciervo huiste.

Donde es de notar que en los Cantares compara la Esposa al Esposo al ciervo y cabra montañesa, diciendo: Similis est dilectus meus capreae, binnuloque cervorum; «Semejante es mi Amado a la cabra y al hijo de los ciervos».

Y esto no es sólo por ser extraño y solitario, y huir de las compañías, como el ciervo, sino también por la presteza de esconderse y mostrarse, cual suele hacer en las visitas que hace a las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas, para probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual las hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí a entender en lo que se sigue, diciendo:

Habiéndome herido.

Que es como si dijera: No sólo no me basta la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que, hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentando la pasión y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo y no te dejas comprehender algún tanto.

Para más declaración de este verso es de saber que, allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga de amor, suele hacer unos escondidos toques de amor, que, a manera de saeta de fuego, hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor; y éstas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma.

Inflaman tanto éstas la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en llamas de amor; tanto, que parece consumirse de aquella llama y la hace salir fuera de sí, y renovar toda y pasar a nueva manera de ser, así como el ave fénix, que se quema y renace de nuevo.

De lo cual, hablando David, dice: Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi;

«Fue inflamado mi corazón, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe».

Los apetitos y afectos (que aquí entiende el Profeta por renes) todos se conmueven y mudan en divinos en aquella inflamación del corazón, y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor.

Y a este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver a Dios; tanto, que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor, no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud suya), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para unirse y juntarse con él en vida de amor perfecto.

Por tanto, encareciendo o declarando ella su dolor, dice:

Habiéndome herido.

Es a saber, dejándome así herida, muriendo con herida de amor de ti, te escondiste con tanta ligereza como ciervo.

Este sentimiento acaece así tan grande porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza a la posesión del Amado, cuyo toque sintió, y con esa misma presteza siente el ausencia y el no poder poseer aquí como desea; y así, luego juntamente siente el gemido de la tal ausencia, porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque éstas sólo las hace más para herir que para sanar, y más para lastimar que para satisfacer, pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y por consiguiente el dolor y ansia de ver a Dios.

Éstas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre mu-

riendo mil muertes de estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios; lo cual da ella a entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras ti clamando, y ya eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina, sino de parte del que hirió.

Y por eso esta herida alma salió con la fuerza del fuego que causa la herida tras de su Amado, que la había herido, clamando a él pasa que la sanase; es a saber, que este salir espiritualmente se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios: la una, saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas; la otra, saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios; porque, cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta, que no sólo la hace salir de sí misma por el olvido de sí, pero aun de sus quicios y modos e inclinaciones naturales la saca, clamando por Dios; y así, es como si le dijera:

Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, mas también la sacaste e hiciste salir de sí (porque a la verdad, y aun de las carnes parece la saca), y levantástela a ti clamando por ti, ya desasida de todo para asirse a ti.

Ya eras ido.

Como si dijera: Al tiempo que quise comprehender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno sin asir lo otro, penando en los aires de amor sin arrimo de ti ni de mí.

Esto que aquí llama el alma salir para ir a buscar el Amado, llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: Surgam, et circuibo Civitatem: per vicos, et plateas quaeram, quem diligit anima mea: quaesivi ilum, et non inveni... vulneraverunt me;

«Levantaréme y buscaré al que ama mi alma, rodeando la ciudad por los arrabales y plazas; busquéle, dice, y no le hallé, y

llagáronme».

Levantarse el alma esposa se entiende allí (hablando espiritualmente) de lo bajo a lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma salir; esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló.

Y aquí el alma también dice que está herida de amor y la dejó así; y esto es porque el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado al que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, que es la entrega del Amado a él, y todavía no se le da; y estando ya perdido a todas las cosas, y asimismo por el Amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la posesión del que ama su alma.

Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande a los que van llegando al estado de perfección, al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor, morirían; porque, como tienen el paladar de la voluntad sano y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da a gustar algo de la dulzura del amor divino, que ellos sobre todo modo apetecen, padecen sobre todo modo; porque, como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, es inefable la pena y el tormento.

## Canción segunda

Pastores, los que fuerdes

Allá por las majadas al otero,

Si por ventura vierdes.

A aquél que yo más quiero,

Decidle que adolezco, peno y muero.

Declaración.

En esta canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse con el Amado, de hacerlo con los mejores medios que puede.

Y así, el alma de sus afectos, deseos y gemidos se quiere aquí aprovechar como de mensajeros que tan bien saben manifestar lo secreto del corazón a su Amado; y así, los requiere que vayan diciendo:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores a sus deseos, afectos y gemidos, por cuanto ellos apacientan al alma de bienes espirituales, porque pastor quiere decir apacentador; y mediante ellos se comunica Dios a ella y le da divino pasto, porque sin ellos poco se le comunica; y dice:

Los que fuerdes.

Que es como decir: Los que de puro amor saliéredes. Porque no todos los afectos y deseos van hasta él, sino los que salen de verdadero amor.

Allá por majadas al otero.

Llama majadas a las jerarquías y coros de los ángeles, por los cuales de coro en coro van nuestro gemidos y oraciones a Dios. Al cual aquí llama otero, por ser él la suma alteza, y porque en él, como el otero, se otean y ven todas las cosas y las majadas superiores e inferiores.

Al cual van nuestras oraciones, ofreciéndoselas los ángeles, como habemos dicho, según lo dijo el ángel a Tobías, diciendo:

Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortus... ego obtuli orationem tuam Domino; «Cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecía tus oraciones a Dios».

También se pueden entender estos pastores del alma por los mismos ángeles; porque, no sólo llevan a Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios a nuestras almas, apacentándolas, como buenos pastores, de dulces comunicaciones e inspiraciones de Dios, por cuyo medio Dios también las hace, y ellos nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios.

Ahora, pues, entienda estos pastores por los afectos, ahora por los ángeles, todos desea el alma que le sean parte y medios para con su Amado; y así, a todos les dice:

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir: Si por mi buena dicha y ventura llegáredes a su presencia, de manera que él os vea y oiga donde es de notar que (aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mismos pensamientos del alma ve y nota, como dice Moisés) entonces se dice ver nuestras necesidades y oraciones, u oírlas, cuando las remedia o las cumple; porque, no cualesquier necesidades y peticiones llegan al colmo que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos lleguen a bastante sazón y tiempo y número, y entonces se dice verlo y oírlo, según es de ver en el Éxodo, que, después de cuatrocientos

años que los hijos de Israel habían estado afligidos en la servidumbre de Egipto, dice Dios a Moisés:

Vidi aflictionem Populi mei... et descendi, ut liberem eum; Vi la aflicción de mi pueblo, y he bajado para librarlos.

Como quiera que siempre la hubiese visto; y también dijo San Gabriel a Zacarías que no temiese, porque ya Dios había oído su oración, de darle el hijo que muchos años le había andado pidiendo, como quiera que siempre le hubiese oído; y así, ha de entender cualquier alma que, aunque Dios no acuda luego a su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno; porque él es ayudador, como dice David, en las oportunidades y en la tribulación, si ella no desmayare y cesare.

Esto, pues, quiere decir aquí el alma cuando dice:

Si por ventura vierdes.

Es a saber: Si por ventura es llegado el tiempo en que tenga por bien de otorgar mis peticiones.

Aquél que yo más quiero.

Es a saber, más que a todas las cosas.

Lo cual es verdad cuando al alma no se le pone nada delante que la acobarde hacer y padecer por él cualquiera cosa de su servicio; y cuando el alma también puede con verdad decir lo que en el verso siguiente se dice, es señal que le ama sobre todas las cosas.

Decidle que adolezco, peno y muero.

En el cual representa el alma tres necesidades, conviene a saber, dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama a Dios con amor de alguna perfección, en la ausencia padece ordinariamente de tres maneras, según las tres potencias del alma, que son entendimiento, voluntad y memoria.

Acerca del entendimiento, dice que adolece, porque no ve a Dios, que es la salud del entendimiento, según él lo dice por David diciendo: Salus tua ego sum; «Yo soy tu salud».

Acerca de la voluntad, dice que pena, porque no posee a Dios, que es el refrigerio y deleite de la voluntad, según también lo dice David, diciendo: Torrente voluptatis tuae potabis eos; «Con el torrente de tu deleite nos hartarás».

Acerca de la memoria, dice que muere, porque, acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver a Dios, y de los deleites de la voluntad, que es poseerle, y que también es muy posible carecer de él para siempre entre los peligros y ocasiones de esta vida, padece en esta memoria sentimiento a manera de muerte, porque echa de ver que carece de la cierta y perfecta posesión de Dios, el cual es vida del alma, según lo dice Moisés, diciendo:

Ipse est enim vita tua; «Él ciertamente es tu vida».

Estas tres maneras de necesidades representa también Jeremías a Dios en los Trenos diciendo: Recordare paupertatis... absynthii, et felli; «Recuérdate de mi pobreza y del absintio y de la hiel».

La pobreza se refiere al entendimiento, porque a él pertenecen las riquezas de la sabiduría del Hijo de Dios, en el cual, como dice San Pablo, están encerrados todos sus tesoros: In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi.

El absintio, que es yerba amarguísima, se refiere a la voluntad, porque a esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios, de la cual, careciendo, se queda con amargura; y que la amargura pertenezca a la voluntad espiritualmente, se da a entender en el Apocalipsis, cuando el ángel dijo a San Juan:

Accipe librum; et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum; que en comiendo aquel libro le había de amargar el vientre, enten-

diendo allí por vientre la voluntad.

La hiel se refiere, no sólo a la memoria, sino a todas las potencias y fuerzas del alma, porque la hiel significa la muerte del alma, según da a entender Moisés, hablando con los condenados, en el Deuteronomio diciendo: Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile;

«Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de áspides insanable». Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma.

Estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son fe, caridad y esperanza; las cuales se refieren a las dichas tres potencias por el orden que aquí se ponen, entendimiento, voluntad y memoria; y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado, porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad para que el amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo a su amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole directamente el vino, sino diciendo:

Vinum non habent; «No tienen vino». Y las hermanas de Lázaro le enviaron a decir, no que sanase a su hermano, sino que mirase que al que amaba estaba enfermo: Domine, ecce, quem amas, infirmatur.

Y esto por tres cosas: la primera, porque mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros; la segunda, porque más se compadece el amado viendo la necesidad del que lo ama y su resignación; la tercera, porque más seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar la falta que en pedir lo que a su parecer le falta.

Ni más ni menos hace acá ahora el alma representando sus tres necesidades; y es como si dijera:

Decid a mi Amado que adolezco y él sólo es mi salud, que me dé mi salud, y que pues peno y él sólo es mi gozo, que me dé mi gozo, y que pues muero y él sólo es mi vida, que me dé vida.

## Canción tercera

Buscando mis amores,

Iré por esos montes y riberas,

Ni cogeré las flores,

Ni temeré las fieras,

Y pasaré los fuertes y fronteras.

Declaración.

Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastaban gemidos ni oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros, como ha hecho en la primera y segunda canción, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede; porque el alma que de veras ama a Dios no empereza hacer cuanto puede por hallar al Hijo de Dios, su amado, y aun después que lo ha hecho todo no se satisface ni piensa que ha hecho nada; y así, en esta tercera canción, ella misma por la obra lo quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo, conviene a saber, que ha de ir ejercitándose en las virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa, y que para esto no ha de admitir deleites ni regalos algunos, ni bastarán a detenerla e impedirla este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son mundo, demonio y carne, diciendo:

Buscando mis amores.

Esto es, mi Amado. Bien da a entender aquí el alma que para hallar a Dios de veras no basta sólo orar con el corazón y con la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también, junto con eso, es menester obrar de su parte.

Lo que en sí es, porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona que muchas que otros hacen por ella; y por eso, acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice: Quaerite, et invenietis;

«Buscad y hallaréis»; ella misma se determina a salir de la manera que habemos dicho a buscarle por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos, que no querrían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer cosa que les cueste algo, y algunos aun no levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios a la boca y al corazón, sin dar paso ni mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles; pero hasta que de ellos salgan a buscarle, aunque más voces den a Dios, no le hallarán, porque así le buscaba la Esposa en los Cantares y no le halló hasta que salió a buscarle; y dícelo por estas palabras:

In lectulo meo per noctes quaesivi quem diligit anima mea: quaesivi illum, et non inveni. Surgam, et circuibo Civitatem; per vicos, et plateas quaeram quem, diligit anima mea; «En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma, busquéle y no le hallé.

Levantareme y rodearé la ciudad; por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi alma». Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que lo halló.

De donde, el que busca a Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de su gusto y deleites, éste le busca de día, y así le hallará; porque lo que de noche no se halla, de día parece.

Esto da bien a entender el Esposo en el libro de la Sabiduría, diciendo: Clara est, et quae numquam marcescit Sapientia, et facile vi-

detur ab his qui diligunt eam, et invenitur ab his qui quaerunt illam. Praeoccupat qui se concupiscunt, ut illis se prior ostendat.

Qui de luce vigilaverit ad illam, non laborabit; asidentem enim illam foribus suis inveniet; quiere decir: Clara es la sabiduría, y nunca se marchita y fácilmente es vista de los que la aman y es hallada de los que la buscan. Previene a los que la codician, para mostrarse primero a ellos.

El que por la mañana madrugare a ella no trabajará, porque la hallará sentada a la puerta de su casa.

En lo cual da a entender que, en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabada de salir, luego allí afuera hallará a la dicha sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, su esposo; y por eso dice el alma aquí: «Buscando mis amores».

Iré por esos montes y riberas.

Por los montes, que son altos, entiende aquí las virtudes. Lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir a ellas, por las cuales dice que irá ejercitando la vida contemplativa.

Por las riberas, que son bajas, entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales, por las cuales también dice que irá en ellas ejercitando la vida activa, junto con la contemplativa que ha dicho; porque para buscar a lo cierto a Dios y adquirir las virtudes, la una y la otra son menester.

Es, pues, tanto como decir: Buscando a mi Amado, iré poniendo por obra las altas virtudes, y humillándome en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes.

Esto dice porque el camino de buscar a Dios es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal, de la manera que va diciendo en los versos siguientes, es a saber:

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar a Dios es menester un corazón desnudo y fuerte, y libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle; y en éste dice que no cogerá las flores que encontrare en este camino por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida y le podrían impedir el camino, si cogerlos y admitirlos quisiere.

Los cuales son en tres maneras, temporales, sensuales y espirituales; y porque los unos y los otros ocupan el corazón y le son impedimento para la desnudez espiritual, cual se requiere para el derecho camino de Cristo, si reparase o hiciese asiento en ellos, dice que para buscarle no cogerá todas estas cosas dichas; y así, es como si dijera:

Ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar a mis amores por los montes de las virtudes y trabajos.

Esto dice por tomar el consejo que da el profeta David a los que van por este camino, diciendo: Divitiae si affluant, nolite cor apponere; esto es: Si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar el corazón a ellas.

Lo cual entiende así de los gustos sensuales como de los demás bienes temporales y consuelos espirituales.

Donde es de notar que, no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad o se buscan, impide al camino de la cruz del esposo Cristo; por tanto, el que

ha de ir adelante conviene que no se detenga a coger esas flores; y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir:

Ni temeré las fieras,

Y pasaré los fuertes y fronteras.

En los cuales versos pone los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne.

Al mundo llama fieras, porque al alma que comienza el camino de Dios le parece que se le representa en la imaginación el mundo como a manera de fieras, haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente en tres maneras: la primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valer, y aun la hacienda; la segunda, que es otra fiera no menor, que ¿cómo ha de sufrir no haber ya jamás de tener contentos y deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él?

La tercera es aún mayor, conviene a saber, que se han de levantar contra ella las lenguas y han de hacer burla, y ha de haber muchos dichos y mofas, y le han de tener en poco; las cuales cosas, de tal manera se les suelen anteponer a algunas almas, que se les hace dificultosísimo, no sólo el perseverar contra estas fieras, más aún el poder comenzar el camino.

Pero a algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras más interiores y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras, porque les conviene pasar; cuales los envía Dios a los que quiere levantar a alta perfección, probándolos y examinándolos como al oro en el fuego, según aquello de David:

Multae tribulationes justorum; et de omnibus his liberavit eos Dominus; esto es: Las tribulaciones de los justos son muchas, mas de to-

das ellas nos librará el Señor.

Pero el alma bien enamorada, que estima a su Amado más que a todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir: «Ni temeré las fieras».

Y pasaré los fuertes y fronteras.

A los demonios, que es el segundo enemigo, llama fuertes, porque ellos, con grande fuerza, procuran tomar el paso de este camino; y también porque sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos, mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra.

Y por tanto, hablando David de ellos, los llama fuertes, diciendo: Fortes quaesierunt animam meam; es a saber: «Los fuertes pretendieron mi alma». De cuya fortaleza también dice el profeta Job:

Non est super terram potestas, quae comparetur ei, qui factus est ut nullum timeret; que no hay poder sobre la tierra que se compare a este del demonio, que fue hecho de suerte que a ninguno temiese; esto es, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo; y así, solo el divino basta para poderle vencer, y sola la luz divina para poderle entender sus ardides; por lo cual, el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin su oración, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificación; que por eso dice el apóstol san Pablo avisando a los fieles, estas palabras:

Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli; quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem; es a saber:

«Vestíos de las armas de Dios, para que podáis resistir a las astucias del enemigo, porque esta lucha no es como contra la carne y sangre; entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la

oración y la cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho.

Dice también el alma que pasará las fronteras, por las cuales se entienden, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu; la cual, como dice el apóstol San Pablo, codicia contra el espíritu:

Caro enim concupiscit adversus spiritum. "Y se pone como en frontera, resistiendo al camino espiritual"; y estas fronteras ha de pasar el alma rompiendo las dificultades y echando por tierra con la fuerza y determinación del espíritu todos los apetitos sensuales y aficiones naturales; porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar a verdadera vida y deleite espiritual; lo cual nos dio bien a entender San Pablo, diciendo:

Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis; esto es: Si mortificáredes las inclinaciones de la carne y apetitos con el espíritu, viviréis.

Éste, pues, es el estilo que dice el alma en la dicha canción que le conviene tener para en este camino buscar a su Amado; el cual, en suma, es tener constancia y valor para no bajarse a coger las flores, y ánimo para no temer las fieras, y fortaleza para los fuertes y fronteras; sólo entendiendo en ir por los montes y riberas de virtudes, de la manera que está declarado.

## Canción cuarta

¡Oh bosques y espesuras

plantadas por la mano del Amado!

¡Oh prado de verduras,

De flores esmaltado!

Decid si por vosotros ha pasado.

Declaración.

Después que el alma ha dado a entender la manera de disponerse para comenzar este camino, para no se andar ya a deleites y gustos, y la fortaleza que ha de tener para vencerlas tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios, ahora en esta canción comienza a caminar, por la consideración y conocimiento de las criaturas, al conocimiento de su Amado, criador de ellas, porque, después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo a Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol, que dice:

Invisibilia enim ipsius, a creatura mundi, per ea, quae jacta sunt, intellecta, conspiciuntur, que es como si dijera: Las cosas invisibles de Dios son del alma conocidas por las cosas criadas visibles e invisibles.

Habla, pues, el alma en esta canción con las criaturas, preguntándoles por su Amado. Y es de notar que, como dice San Agustín, la pregunta que el alma hace a las criaturas es la consideración que en ellas hace del Criador de ellas.

Y así, en esta canción se contiene la consideración de los elementos y de las demás criaturas inferiores, y la consideración de los cielos y de las demás criaturas y cosas materiales que Dios crió en ellos; y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

¡Oh bosques y espesuras!

Llama bosques a los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego; porque, así como los amenísimos bosques están plantados y poblados de espesas plantas y arboledas, así lo están los elementos de espesas criaturas, a las cuales llama aquí espesuras, por el grande número y mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento: en la tierra inumerables variedades de animales y plantas, en el agua inumerables diferencias de peces, en el aire mucha diversidad de aves, y el elemento del fuego concurre con todos para la animación y conservación de ellos; y así cada suerte de animales vive en su elemento, y está puesta y plantada en él como en su bosque y región, donde nace y se cría; y a la verdad, así lo mandó Dios en la creación de ellos, mandando a la tierra que produjese las plantas y los animales, y a la mar y agua los peces, y al aire hizo morada de las aves; y por eso, viendo el alma que él así lo mandó y que así se hizo, dice el verso siguiente:

Plantadas por la mano del Amado.

En el cual es ésta la consideración, es a saber, que estas diferencias y grandezas sola la mano del Amado, Dios, pudo hacerlas y criarlas.

Donde es de notar que advertidamente dice por la mano del Amado; porque, aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, ésta, que es criar, nunca la hizo ni hace por otra que la suya propia; y así, el alma mucho se mueve al amor de su Amado, Dios, por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas; y dice adelante:

¡Oh prado de verduras!

Esta es la consideración del cielo, al cual llama prado de verduras, porque las cosas que hay en él criadas, siempre están con verdura inmarcesible, que ni fenecen ni se marchitan con el tiempo, y en ellas, como en frescas verduras, se recrean los justos; en la cual consideración también se comprehende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otras plantas celestiales.

Este nombre de verduras pone también la Iglesia a las cosas celestiales cuando, rogando a Dios por las ánimas de los fieles difuntos, hablando con ellas, dice: Constituat te Christus Filius Dei vivi intra Paradisi sui semper amoena virentia; que quiere decir:

«Constitúyaos Cristo, Hijo de Dios vivo, entre las verduras siempre deleitables de su Paraíso». También dice el alma que este prado de verduras está.

De flores esmaltado.

Por las cuales flores entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar, y hermoseado como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado

Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: Decid qué excelencias en vosotros ha criado.

## Canción quinta

Mil gracias derramando

Pasó por estos sotos con presura,

Y yéndolos mirando,

Con sola su figura

Vestidos los dejó de su hermosura.

Declaración.

En esta canción responden las criaturas al alma, la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma que por la consideración se lo pregunta; y así, en esta canción lo que se contiene en sustancia es que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad, y en ellas dejó algún rastro de quien él era, no sólo dándoles el ser de nada, más aún, dotándolas de inumerables gracias y virtudes, y hermoseándolas con el admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras, y esto todo haciéndolo con su sabiduría, por quien las crió, que es el Verbo, su unigénito Hijo.

Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

Por estas mil gracias que dice iba derramando se entiende la multitud de criaturas innumerable, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar a entender la multitud de ellas, a las cuales llama gracias por las muchas gracias de que dotó a las criaturas, las cuales derramó, es a saber, todo el mundo poblando.

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los sotos es criar los elementos, que aquí llama sotos, por los cuales dice que pasaba derramando mil gracias, porque los adornaba de todas las criaturas que son graciosas, y allende de eso, en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas, y dice que pasó, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes divinas, y dice que este paso fue con presura, porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró y en que él más reparaba, eran las de la encarnación del Verbo y misterios de la fe cristiana, en cuya comparación todas las más eran hechas como de paso y con apresuramiento.

Y yéndoles mirando,

Con sola su figura

Vestidos los dejó de su hermosura.

Según dice san Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria y figura de su sustancia: Qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae ejus.

Es, pues, de saber que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fue darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: Vidit Deus cuncta, quae fecerat, et erant valde bona;

«Miró Dios todas las cosas que había hecho, y eran mucho buenas».

El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo, su Hijo; y no sólo les comunicó el ser y gracias naturales, como habemos dicho, mirándolas, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural;

lo cual fue cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente a todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre.

Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios: Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum; esto es:

Si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré a mí todas las cosas; y así, en este levantamiento de la encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

Anotación de la canción siguiente.

Pero, demás de esto todo, hablando ahora según el sentido y afecto de contemplación, es de saber que en la viva contemplación y conocimiento de las criaturas echa de ver el alma haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura, de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura y virtud sobrenatural, derivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de alegría y hermosura el mundo y a todos los cielos; así como también con abrir su mano, como dice David, llena todo animal de bendición:

Aperis tu manum tuam: et imples omne animal benedictione. Y por tanto, llagada el alma de amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su Amado, con ansias de ver aquella hermosura, que es causa de estotra hermosura visible, dice la siguiente canción:

## Canción sexta

¡Ay, quién podrá sanarme!

Acaba de entregarte ya de vero,

No quieras enviarme

De hoy más ya mensajero,

Que no saben decirme lo que quiero.

Declaración.

Como las criaturas dieron al alma señas de su Amado, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor, y por el consiguiente le creció el dolor de la ausencia; porque, cuanto más el alma conoce a Dios, tanto más le crece el apetito y pena por verle; y como ve que no hay cosa que pueda curar su dolencia sino la presencia y vista de su Amado, desconfiada de cualquiera otro remedio, pídele en esta canción le entregue la posesión de su presencia, diciendo que no quiera de hoy más entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas y rastros de su excelencia, porque éstas le aumentan las ansias y el dolor de carecer de la presencia, que satisface su voluntad y deseo.

La cual voluntad no se contenta ni satisface con menos que con su vista; y por tanto, u a él servido de entregarse a ella ya de veras en acabado y perfecto amor; y así, dice:

¡Ay, quién podrá sanarme!

Como si dijera: En todos los deleites del mundo y contentamiento de los sentidos y gustos, y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme; y pues así es,

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar que cualquier alma que ama de veras no puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras a Dios.

Porque todas las demás cosas, no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer la hambre y apetito de verlo a él como es; y así, cada vista que el Amado recibe y el conocimiento y sentimiento o otra cualquier comunicación (los cuales son como mensajeros que dan al alma recaudos de noticia de quien él es), le aumentan y despiertan más el apetito, así como hacen las migajas en grande hambre; y haciendósele pesado entretenerse con tan poco, dice:

Acaba de entregarte ya de vero.

Porque todo lo que en esta vida de Dios se puede conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte y muy remoto; mas conocerle esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones; y por tanto, dice luego:

No quieras enviarme

De hoy más ya mensajero.

Como si dijera: No quieras que de aquí adelante conozca tan a la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de ti, tan remotos y ajenos de lo que de ti desea mi alma, porque los mensajeros a quien pena por la presencia bien sabes tú, Esposo mío, que aumentan el dolor: lo uno, por lo que renuevan la llaga con la noticia que dan; lo otro, porque parecen dilaciones de la venida.

Pues luego de hoy más no quieras enviarme estas noticias remotas; porque, si hasta aquí podía pasar con ellas porque no te conocía ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que le tengo no puede con-

tentarse con estos recaudos; por tanto, acaba de entregarte. Como si más claro dijera:

Señor mío esposo, que andas; dando de ti a mi alma por partes, acaba de darlo del todo; y esto, que andas mostrando como por resquicios acaba de mostrarlo a la clara; y esto, que andas comunicando por medios, que es comunicarte como de burlas, acaba de hacerlo de veras, comunicándote por ti mismo, que parece a veces en tus visitas que vas a dar la joya de tu posesión, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella, porque se la escondes, lo cual es como dar de burla.

Entrégate, pues, ya de vero, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga a ti todo; y no quieras enviarme de hoy más ya mensajero.

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera: Yo a ti todo quiero, y ellos no me saben ni pueden decir a ti todo, porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden darle al alma la noticia que ella desea tener de ti; y así, no saben decirme lo que quiero.

En lugar, pues, de estos mensajeros, tú seas el mensajero y los mensajes.

## Canción séptima

Y todos cuantos vagan,

De ti me van mil gracias refiriendo,

Y todos más me llagan,

Y déjame muriendo

Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Declaración.

En la canción pasada ha mostrado el alma estar herida o enferma del amor de su Esposo, a causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales; y en esta presente da a entender estar llagada de amor a causa de otra noticia más alta que del Amado recibe por medio de las criaturas racionales, que son más nobles que las otras, las cuales son ángeles y hombres.

Y también dice que, no sólo esto, sino que también está muriendo de amor a causa de una inmensidad admirable que por medio de estas criaturas se le descubre, sin acabársele de descubrir, lo cual aquí llama no sé qué, porque no se sabe decir, porque ello es tal, que hace estar muriendo al alma.

De donde podemos inferir que en este negocio de amor hay tres maneras de penar por el Amado acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener.

La primera se llama herida, la cual es más remisa y más brevemente pasa, bien así como herida, porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las más bajas obras de Dios; y de

esta herida, que aquí también llamamos enfermedad, habla la Esposa en los Cantares diciendo:

Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum ut nuncietis ei, quia amore langueo; que quiere decir: «Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si halláredes a mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor», entendiendo por las hijas de Jerusalén las criaturas.

La segunda se llama llaga, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor; y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la encarnación del Verbo y misterios de la Fe; los cuales, por ser mayores obras de Dios y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor.

De manera que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura; de la cual, hablando el Esposo en los Cantares con el alma, dice: Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa: vulnerasti cor meum in uno oculorum, et in uno crine colli tui.

Llagásteme mi corazón, hermana mía, llagásteme mi corazón con el uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello; porque el ojo significa aquí la fe de la encarnación del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma encarnación.

La tercera manera de penar en el amor es como morir; lo cual es como tener ya la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada; la cual vive muriendo hasta que, matándola el amor, la haga vivir vida de amor, transformándola en amor; y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suya de la Divinidad, que es el no sé qué que, dice en esta canción que quedan balbuciendo; el cual toque no es continuo ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo; mas pásase en breve; y así, queda muriendo de amor, y más muere viendo que no sea causa de morir de amor: éste se llama amor

impaciente, del cual se trata en el Génesis donde dice la Escritura que era tanto el amor que tenía Raquel de concebir, que dijo a su esposo Jacob:

Da mihi liberos, alioquin moriar; esto es: "Dame hijos; si no, moriré". Y el profeta decía: Quis mihi det, ut qui coepit, ipse me conterat; que es decir: «¿Quién me dará a mí que el que me comenzó ése me acabe?».

Estas dos maneras de penas de amor, es a saber, la llaga y el morir, dice en esta canción que le causan estas criaturas racionales: la llaga, en lo que dice que le van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y sabiduría de Dios que le enseñan de la fe; el morir, en aquello que dice que quedan balbuciendo, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios se le descubre.

Dice, pues:

A todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aquí por los que vagan, que son los ángeles y los hombres; porque solos éstos, de todas las criaturas, vacan a Dios, entendiendo en él, porque eso quiere decir este vocablo vagan, el cual en latín se dice vacant.

Y así, es tanto como decir, todos cuantos vacan a Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los ángeles; los otros amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres.

Y porque por estas criaturas racionales más al vivo conoce a Dios el alma, ahora por la consideración de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios, las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los

ángeles; las otras exteriormente, por las verdades de la Escritura, dice:

De ti me van mil gracias refiriendo.

Esto es: Dándome a entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de la encarnación, y verdades de fe que de ti me declaran y siempre me van más refiriendo; porque, cuanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de ti.

Y todos más me llagan.

Porque cuanto los ángeles me inspiran, y los hombres de ti me enseñan, de ti más me enamoran; y así, todas de amor más me llagan.

Y déjame muriendo

Un no sé qué que quedan balbuciendo.

Como si dijera: Pero allende de lo que me llagan estas criaturas en las mil gracias que me dan a entender de ti, es tal un no sé qué que se siente quedar por decir, y una cosa que no se conoce quedar por decir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios, quedándose por rastrear y un altísimo entender de Dios, que no se sabe decir, que por eso lo llama no sé qué; que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata.

Esto acaece a veces a las almas que están ya aprovechadas, a las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen o ven o entienden, y a veces sin eso y sin esotro, una subida noticia, en que se le da a entender o sentir alteza de Dios y grandeza; y en aquel sentir siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda todo por entender; y en aquel entender y sentir ser tan inmensa la divinidad, que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender.

Y así, una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios a un alma por vía de paso, es darle claramente a entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo.

Porque es en alguna manera al modo de los que lo ven el cielo, donde los que más lo conocen entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender; porque aquéllos que menos lo ven son a los que no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como a los que más ven.

Esto entiendo que no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender de aquello que altamente siente, llámalo un no sé qué; porque, así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir.

Por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar a entender, que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar a decir ni dar a entender lo que hay que decir.

Anotación de la canción siguiente.

También acerca de las demás criaturas acaecen al alma algunas ilustraciones, al modo que habemos dicho, aunque no siempre tan subidas, cuando Dios hace merced de abrirle la noticia y sentido del espíritu de ellas, las cuales parece están dando a entender grandezas de Dios, que no acaban de dar a entender; y es como que van a dar a entender, y se quedan por entender; y así, es un no sé qué que quedan balbuciendo.

Y así, el alma va adelante con su querella y habla con la vida de su alma, diciendo en la canción siguiente:

## Canción octava

Mas ¿cómo perseveras,

¡Oh vida!, no viviendo donde vives,

Y haciendo porque mueras,

Las flechas que recibes,

De lo que del Amado en ti concibes?

Declaración.

Como el alma se ve morir de amor (según acaba de decir), y que no se acaba de morir, para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duración corporal, a cuya causa se le dilata la vida espiritual.

Y así, en esta canción habla con la misma vida de su alma, encareciendo el dolor que le causa. Y el sentido de la canción es el que se sigue:

Vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo más verdaderamente que en el cuerpo vives?

Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte, para vivir y gozar la vida de tu Dios, como todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil; pues, demás de esto, son bastantes solo por sí para acabarte la vida las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte del Amado, que todas ellas vehementemente te dejan herida de amor; y así, cuan-

tas cosas de él sientes, tantos toques y heridas, que de amor matan, recibes.

Mas ¿cómo perseveras,

¡Oh vida! No viviendo donde vives?

Para inteligencia de estos versos es menester saber que el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida antes ella la da al cuerpo, y ella vive por amor en lo que ama.

Pero, demás de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida radical y naturalmente en Dios, como también todas las cosas criadas, según aquello de San Pablo, que dice: In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus;

En él vivimos y nos movemos y somos; que es decir: En Dios tenemos nuestra vida y nuestro movimiento y nuestro ser. Y San Juan dice que todo lo que fue hecho era vida en Dios: Quod factum est, in ipso vita erat.

Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios por el ser que en él tiene, y también su vida espiritual, por el amor con que le ama, quéjase y lastímase que pueda tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impida gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa como vive en Dios por naturaleza y amor.

En lo cual es grande el encarecimiento que el alma hace, porque da aquí a entender que padece en dos contrarios, que son vida natural en cuerpo y vida espiritual en Dios, que son contrarios en sí, por cuanto repugna el una al otro.

Y viviendo ella en entrambos, por fuerza ha de tener gran tormento, pues la una vida penosa le impide la otra sabrosa; tanto, que la vida natural le es a ella como muerte, pues por ella está privada de la

espiritual, en que tiene todo su ser y vida por naturaleza, y todas sus operaciones y aficiones por amor.

Y para dar más a entender el rigor de esta frágil vida dice luego:

Y haciendo porque mueras,

Las flechas que recibes.

Como si dijera: Y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por sí sólo bastan a quitaste la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazón hace el Amado?

Los cuales toques, de tal manera fecunda el alma y el corazón de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, según lo dice en el verso siguiente:

De lo que del Amado en ti concibes.

Es a saber: De la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes que de él entiendes.

Anotación de la canción siguiente.

A manera de ciervo que cuando está herido con yerba no descansa ni sosiega, buscando por acá y por allá remedio, ahora engolfándose en unas aguas, ahora en otras, y siempre le va creciendo más en todas las ocasiones y remedios que toma el toque de la yerba, hasta que se apodera bien del corazón y viene a morir; así el alma que anda tocada de la yerba del amor, cual ésta de que tratamos aquí, nunca cesando de buscar remedios para su dolor; y ella, conociéndolo así, y que no tiene otro remedio sino venirse a poner en las manos del que la hirió, para que, despeñándola, la acabe ya de matar con la fuerza del amor, vuélvese a su Esposo, que es la causa de todo, y dícele la canción siguiente:

## Canción novena

¿Por qué, pues has llagado

Aqueste corazón, no le sanaste?

Y pues me le has robado,

¿Por qué así le dejaste,

Y no tomas el robo que robaste?

Declaración.

Vuelve, pues, el alma en esta canción a hablar con el Amado, todavía con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre ningún ocio ni da descanso a su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio; y como se ve llagada y sola, no teniendo otro ni otra medicina sino a su Amado, que es el que la llagó, dícele que, pues él llagó su corazón con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia.

Y que, pues él también se lo ha robado por el amor con que la ha robado por el amor con que la ha enamorado, sacándosele de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es a saber sacado de su poder (porque el que ama ya no posee su corazón, pues lo ha dado al amado), y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformación de amor, en gloria; dice pues:

¿Por qué, pues has llagado

Aqueste corazón, no le sanaste?

No se querella porque la haya llagado, porque el enamorado, cuanto más herido está, más pagado, sino que, habiendo llagado el

corazón, no le sanó acabándole de matar; porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que, si no llegan a morir, no la pueden satisfacer; pero sonle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta acabarla de matar, y por eso dice:

«¿Por qué, pues has llagado aqueste corazón, no le sanaste?». Como si dijera: ¿Por qué, si le has herido hasta llagarle, no le sanas, acabándole de matar de amor?

Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, sé tú la causa de la salud en muerte de amor; porque de esta manera el corazón, que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y por eso añade:

Y pues me le has robado,

¿Por qué así le dejaste?

Robar no es otra cosa que desaposesionar lo suyo a su dueño y aposesionarse de ello el robador.

Esta querella, pues, propone aquí el alma al Amado, diciendo que, pues él ha robado su corazón por amor, y sacádole de su poder y posesión, ¿por qué lo ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya, tomándole para sí, como hace el robador el robo que robó, que de hecho se lleva consigo?

Por eso el que está enamorado se dice tener el corazón robado, o arrobado, de aquél a quien ama, porque le tiene fuera de sí, puesto en la cosa amada; y así, no tiene corazón para sí, sino para aquello que ama.

De aquí podrá muy bien conocer el alma si ama a Dios puramente o no; porque si le ama no tendrá corazón para sí propia ni para mirar su gusto ni provecho, sino para honra y gloria de Dios y darle a él gusto, porque cuanto más tiene el corazón para sí, menos le tiene para Dios.

Y verse ha si el corazón está bien robado de Dios en una de dos cosas: en si trae ansias de Dios y no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma; la razón es, porque el corazón no puede estar en paz ni sosiego sin alguna posesión, y cuando está bien aficionado ya no tiene posesión de sí ni de alguna otra cosa, como habemos dicho; y así, tampoco posee cumplidamente lo que ama; de donde no le puede faltar tanta fatiga cuanta es la falta, hasta que lo posea y se satisfaga, porque hasta entonces está el alma como vaso vacío que espera el lleno, y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire y no tiene en qué estribar, de esta manera está el corazón bien enamorado; lo cual sintiendo aquí el alma por experiencia dice:

«¿Por qué así lo dejaste?». Es a saber, vacío, hambriento, solo, llagado, doliente de amor y suspenso en el aire.

¿Y no tomas el robo que robaste?

Conviene saber: ¿Por qué no tomas el corazón que robaste por amor, para henchirle y sanarle y hartarle, dándole asiento y reposo cumplido en ti?

No puedo dejar de desear el alma enamorada, por más conformidad que tenga con el Amado, la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado, y de otra manera no sería verdadero Amor, porque el salario y llaga del amor no es otra cosa, ni el alma puede querer otra sino más amor, hasta llegar a perfección de amor; porque el amor no se paga sino de sí mismo, según lo dio a entender el profeta Job cuando, hablando con la misma ansia y deseo que aquí está el alma, dijo:

Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius praestolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam: quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras;

«Así como el ciervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra, así yo tuve vacío los meses y conté las noches trabajosas para mí. Si durmiere diré: ¿Cuándo llegará el día en que me levantaré?

Y luego volveré otra vez a esperar la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche».

Así, pues, el alma, encendida en amor de Dios, desea el cumplimiento y perfección de amor, para tener allí cumplido refrigerio, como el ciervo fatigado del estío desea el refrigerio de la sombra, y como el mercenario espera el fin de su obra, espera ella el fin de la suya.

Donde es de notar que no dijo Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar a entender lo que vamos diciendo, es a saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, porque su obra es amar, y de esta obra, que es amar, espera ella el fin y remate, que es la perfección y cumplimiento del amar a Dios; el cual, hasta que se le cumpla, siempre está de la figura que en la dicha autoridad se pinta Job, teniendo los días y los meses por vacíos, y contando las noches trabajosas y prolijas para sí.

En lo dicho queda dado a entender cómo el alma que ama a Dios no ha de querer ni esperar otro galardón de sus servicios sino la perfección de amar a Dios.

Anotación de la canción siguiente.

Estando, pues, el alma en este término de amor, está como un enfermo muy fatigado que, teniendo perdido el gusto y apetito, todos los manjares fastidia y todas las cosas le molestan y enojan; sólo en todas las que se le ofrecen al pensamiento y al sentido o a la vista

tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que a esto no hace le es molesto y pesado.

De donde esta alma, por haber llegado a esta dolencia de amor de Dios, tiene estas tres propiedades, es a saber, que en todas las cosas que se le ofrecen y trata, siempre tiene presente aquel ay de su salud, que es su amado; y así, aunque por no poder más ande en ellas, en él tiene siempre el corazón.

Y de ahí sale la segunda propiedad, que es tener perdido el gusto a todas las cosas. Y de aquí también se sigue la tercera, que es serle todas ellas molestas, y cualesquier tratos pesados y enojosos.

La razón de todo esto, sacándola de lo dicho, es que, como el paladar de la voluntad del alma anda tocado y saboreado con este manjar de amor de Dios, en cualquiera cosa y trato que se le ofrece, luego in continenti, sin mirar otro gusto y respecto, se inclina la voluntad a buscar y gozar en aquello a su Amado; como hizo María Magdalena cuando con ardiente amor andaba buscándole por el huerto, que, pensando que era hortelano, sin otra razón ni acuerdo, le dijo:

Si tú le tomaste, dímelo y yo le tomaré; Si tu sustulisti eum, dicito mihi ubi posuisti eum, et ego eum tollam.

Trayendo semejante ansia esta alma de hallarle en todas las cosas, y no hallándole luego como desea (antes muy al revés), no sólo no las gusta, más aún, le son tormento, y a veces muy grande, porque semejantes almas padecen mucho en tratar con la gente y otros negocios, porque antes les estorban que les ayudan a su pretensión.

Estas tres propiedades da bien a entender la Esposa que tenía ella cuando buscaba a su Esposo, en los Cantares, diciendo: Quaesivi, et non inveni illum... invenerunt me custodes qui circumeunt civitatem: percusserunt me, et vulneraverunt me: tulerunt pallium meum mihi;

«Busquéle y no le hallé; pero halláronme los que rodean la ciudad, y las guardas de los muros me quitaron mi manto».

Porque los que rodean la ciudad son los tratos del mundo, los cuales, cuando hallan al alma que busca a Dios, le hacen muchas llagas de dolores, penas y disgustos; porque, no solamente no halla en ellos lo que quiere, sino antes se lo impiden.

Y los que defienden el muro de la contemplación para que el alma no entre en ella, que son los demonios y negociaciones del mundo, quitan el manto de la paz y quietud de la amorosa contemplación; de todo lo cual el alma enamorada de Dios recibe mil desabrimientos y enojos, de los cuales, viendo que en tanto que está en esta vida sin ver a su Dios no puede aliviarse en poco o en mucho de ellos, prosigue los ruegos con su Amado, y dice en la canción siguiente:

## Canción décima

Apaga mis enojos,

Pues que ninguno basta a deshacellos,

Y véante mis ojos,

Pues eres lumbre de ellos,

Y sólo para ti quiero tenellos.

Declaración.

Prosigue, pues, en la presente canción pidiendo al Amado quiera ya poner término a sus ansias y penas; pues no hay otro que baste sino sólo él para hacerlo, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su alma, pues sólo él es la luz en que ellos miren, y ella no les quiere emplear tu otra cosa sino sólo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene, pues, esta propiedad la concupiscencia del amor, como queda dicho, que todo lo que no hace o dice y conviene con aquello que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere, y a esto y a las fatigas que tiene por ver a Dios, llama aquí enojos; los cuales ninguna cosa hasta para deshacerlos, sino la posesión del Amado.

Por lo cual dice que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como lo hace el agua fresca al que está fatigado del calor; y por eso usa aquí de este vocablo apaga, para dar a entender que ella está padeciendo con fuego de amos.

Pues que ninguno basta a deshacellos.

Para mover y persuadir más el alma a que cumpla su petición el Amado, dice que, pues otro ninguno sino él basta a satisfacer su necesidad, que sea él quien apague sus enojos.

Donde es de notar que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacerla en sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfacción ni consuelo fuera de él; y así, el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, puede estar mucho sin visitación del Amado.

Y ve ante mis ojos

Esto es, véate yo cara a cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbre de ellos.

Demás de que Dios es lumbre sobrenatural de los ojos del alma, sin la cual está en tinieblas, llámale ella aquí por afición lumbre de sus ojos, al modo que él amante suele llamar al que ama lumbre de sus ojos, para mostrar la afición que le tiene; y así, es como si dijera en los dos versos sobredichos:

Pues los ojos de mi alma no tienen otra lumbre, ni por naturaleza ni por amor, sino a ti, «Ve ante mis ojos», que de todas maneras eres lumbre de ellos. Esta lumbre echaba menos David cuando con lástima decía: la lumbre de mis ojos no está conmigo;

Et lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum. Y Tobías cuando dijo: ¿Qué gozo podrá ser el mío, pues estoy sentado en las tinieblas y no veo la lumbre del cielo? Quale gaudium mihi erit, qui in tenebris sedeo, et lumen Coeli non video?

En lo cual deseaba la clara visión de Dios, porque la lumbre del cielo es el Hijo de Dios, según lo dice San Juan en el Apocalipsis, diciendo:

La ciudad celestial no tiene necesidad de sol ni de luna que luzcan en ella, porque la claridad de Dios la alumbra, y la lucerna de ella es el Cordero; Et civitas non eget sole, neque luna ut luceant ea: nam claritas Dei illuminavit eam, et lucerna ejus est agnus.

Y sólo para ti quiero tenellos.

En lo cual quiere el alma obligar al Esposo a que le deje ver esta lumbre de sus ojos, no sólo porque no teniendo otra estará en tinieblas, sino también porque no los quiere tener para otra ninguna cosa que para él.

Porque así como justamente es privada de aquesta divina luz el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra lumbre de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, porque en ello ocupa la vista para recibir su lumbre; así también congruamente merece que se le dé al alma que a todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos sólo a Dios.

Anotación de la canción siguiente.

Pero es de saber que no puede el amoroso Esposo de las almas verlas penar mucho tiempo a solas, como a ésta de que vamos tratando; porque, como dice por Zacarías, sus penas y quejas le tocan a él en las niñas de sus ojos, mayormente cuando las penas de las tales almas son por su amor como las de ésta; que por eso dice también por Isaías:

Antequam clament, ego exaudiam: adhuc illis loquentibus, ego audiam; «Antes que ellos clamen los oiré».

Y el Sabio dice de él que si le buscare el alma como al dinero lo hallará; y así, a esta alma enamorada, que con más codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas, y a sí misma por él, parece que a estos ruegos tan encendidos le hizo Dios alguna presencia de sí espiritual, en la cual le mostró algunos profundos visos de su

divinidad y hermosura, con que le aumentó mucho más el deseo y fervor de verle; porque, así como suelen echar agua en la fragua para que se encienda y afervore más el fuego, así el Señor suele hacer con algunas de estas almas que andan con estas calmas de amor, dándoles algunas muestras de su excelencia para afervorarlas más, y así irlas más disponiendo para las mercedes que les quiere hacer después; y así como el alma echó de ver y sintió por aquella presencia obscura aquel sumo bien y hermosura allí encubierta, muriendo en deseo por verla, dice la canción que se sigue:

## Canción undécima

Descubre tu presencia,

Y máteme tu vista y hermosura;

Mira que la dolencia,

De amor, que no se cura

Sino con la presencia y la figura.

Declaración.

Deseando, pues, el alma verse poseída de este gran Dios, de cuyo amor se siente robada, y llagado el corazón, no pudiéndole ya sufrir, pide en esta canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su divina esencia, y que la mate con esta vista, desatándola de la carne, pues en ella no puede verle ni gozarle como desea, poniéndole delante la dolencia y ansia de su corazón, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su divina esencia.

Descubre tu presencia.

Para declaración de esto es de saber que tres maneras de presencias puede haber de Dios en el alma.

La primera es esencial, y de esta manera, no sólo está en las buenas y santas almas, pero también en las malas y pecadoras y en todas las demás criaturas, porque con esta presencia les da vida y ser, y si esta presencia esencial les faltase, todas se aniquilarían y dejarían de ser, y ésta nunca falta en el alma.

La segunda presencia es por gracia, en la cual mora Dios en la alma, agradado y satisfecho de ella; y esta presencia no la tienen to-

das, porque las que caen en pecado mortal, la pierden, y ésta no puede el alma saber naturalmente si la tiene.

La tercera es por afición espiritual, porque en muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales de muchas maneras, con que las recrea, deleita y alegra; pero, así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida; y así de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es a saber:

Descubre tu presencia.

Que por cuanto está cierta que Dios está siempre presente en el alma, a lo menos según la primera manera, no dice el alma que se haga presente a ella, sino que esta presencia encubierta que él hace en ella, ahora sea natural, ahora espiritual o afectiva, que se le descubra y manifieste de manera que pueda verle en su divino ser y hermosura; porque, así como con su presente ser da ser natural al alma, y con su presente gracia la perficiona, que también la glorifique con su manifiesta gloria.

Pero, por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, habemos de entender que esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado al alma; la cual fue tan alta, que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunicó Dios ciertos visos entreescuros de su divina hermosura, y hacen tal efecto en el alma, que le hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí en aquella presencia.

Y es conforme a lo que sentía David cuando dijo: Codicia y desfallece mi alma en las entradas del Señor; Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini.

Porque a este tiempo desfallece el alma con deseo de engolfarse en aquel bien sumo que siente presente y encubierto; porque, aunque está encubierto, muy notablemente siente el bien y deleite que allí hay.

Y por esto con más fuerza es atraída el alma y arrebatada de este bien que ninguna cosa natural de su centro, y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo más contenerse el alma, dice:

Descubre tu presencia.

Lo mismo le acaeció a Moisés en el monte Sinaí, que estando allí en la presencia de Dios, tan altos y profundos visos de la alteza y hermosura de la divinidad encubierta de Dios echaba de ver, que, no pudiendo sufrirlo, por dos veces le rogó le descubriese su gloria, diciéndole a Dios:

Cum dixeris: novi te ex nomine, et invenisti gratiam coram me. Si ergo inveni gratiam in conspectu tuo ostende mihi faciem tuam, ut sciam te, et inveniam gratiam ante oculos tuos;

«Tú dices que me conoces por mi propio nombre y que he hallado gracia delante de ti, pues luego, si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro, para que te conozca y halle delante de tus ojos la gracia cumplida que deseo, la cual es llegar al perfecto amor de la gloria de Dios».

Pero respondiole el Señor, diciendo: Non poteris videre faciem meam: non enim videbit homo, et vivet; «No podrás tú ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá». Que es como si dijera:

Dificultosa cosa me pides, Moisés, porque es tanta la hermosura de mi cara y el deleite de la vista de mi ser, que no la podrá sufrir tu alma en esa suerte de vida tan flaca; y así, sabidora el alma de esta verdad, ora por las palabras que aquí respondió Dios a Moisés, ora también por lo que habemos dicho que siente aquí encubierto en la

presencia de Dios, que no le podía ver en su hermosura en este género de vida, porque aun de sólo traslucírsele desfallece, como habemos dicho, previene ella a la respuesta que se le puede dar, como a Moisés, y dice:

Y máteme tu vista y hermosura.

Que es como si dijera: pues tanto es el deleite de la vista de su ser y hermosura, que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo de morir en viéndola, «máteme tú vista y hermosura».

Dos vistas se sabe que matan al hombre por no poder sufrir la fuerza y eficacia de la vista.

La una es la del basilisco, de cuya vista se dice mueren luego; otra es la vista de Dios, pero son muy diferentes las causas, porque la una vista mata con gran ponzoña y la otra con inmensa salud y gloria; por lo cual no hace mucho aquí el alma en querer morir a vista de la hermosura de Dios para gozarle para siempre; pues que si el alma tuviere un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecerá por verla ya para siempre, como aquí desea; pero mil acerbísimas muertes pasaría muy alegre por verla un momento sólo, y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otra vez otro tanto.

Para más declaración de este verso, es de saber que aquí el alma habla condicionalmente, cuando dice que le mate su vista y hermosura, supuesto que no puede verla sin morir, que si sin eso pudiera ser, no pidiera que la matara, porque querer morir es imperfección natural; pero, supuesto que no puede estar esta vida corruptible del hombre con la otra vida inmarcesible de Dios, dice:

Máteme tu vista y hermosura.

Esta doctrina da a entender San Pablo a los de Corinto, diciendo: Nolumus expoliari, sed supervestiri, ut absorbeatur quod mortale est,

a vita; «No queremos ser despojados, mas queremos ser sobrevestidos, porque lo que es mortal sea absorto de la vida». Que es decir:

No deseamos ser despojados de la carne, mas ser sobrevestidos de gloria. Pero, viendo él que no se puede vivir en gloria y en carne mortal juntamente, como decimos, dice a los filipenses que desea ser desatado y verse con Cristo: Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.

Pero hay aquí una duda, y es, ¿por qué los hijos de Israel temían y huían antiguamente de ver a Dios por no morir, como dijo Manué a su mujer: Morte moriemur quia vidimus Deum; «y esta alma a la vista de Dios desea morir?».

A lo cual se responde que por dos causas: la una porque en aquel tiempo, aunque muriesen en gracia de Dios, no le habían de ver hasta que viniese Cristo, y mucho mejor les era vivir en carne, aumentando los merecimientos y gozando la vida natural, que estar en el limbo sin merecer y padeciendo tinieblas y espiritual ausencia de Dios; por lo cual tenían entonces por gran merced de Dios y beneficio suyo vivir muchos años.

La segunda causa es de parte del amor; porque, como aquéllos no estaban fortalecidos en amor ni tan llegados a Dios por amor, temían morir a su vista; pero ahora ya es la ley de gracia, que en muriendo el cuerpo puede ver el alma a Dios; más sano es querer vivir poco y morir por verle.

Y ya que esto no fuera amando el alma a Dios, como ésta lo ama, no temiera morir a su vista, porque el amor verdadero todo lo que le viene de parte del amado, ora sea adverso, ora próspero, y los mismos castigos, como sea cosa que él quiera hacer, los recibe con la misma igualdad y de una manera, y le hace gozo y deleite; porque, como dice San Juan:

Perfecta Charitas foras mittit timoren; «La perfecta caridad echa fuera todo temor».

Y así, no le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los reyes de la tierra desearon los reinos y principados; porque de esta suerte de muerte dice el Sabio:

¡Oh muerte!, bueno es tu juicio para el hombre que se siente necesitado; O mors!, bonum est juditium tuum homini indigenti.

La cual, si para el hombre que se siente necesitado de las cosas de acá es buena, no habiendo de suplirle sus necesidades, sino antes despojarlo de lo que tenía, ¿cuánto mejor será su juicio para el alma que está necesitada de amor, como ésta que está clamando por más amor?

Pues que, no sólo no la despojará de lo que tenía, sino que antes le será causa de cumplimiento de amor que deseaba, y satisfacción de todas sus necesidades; razón tiene pues, el alma en atreverse a decir sin temor:

Y máteme tu vista y hermosura.

Pues que sabe que en aquel mismo punto que la viese sería ella arrebatada a la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura, abastada y enriquecida como la misma hermosura. Que por eso dice David:

La muerte de los santos es preciosa en la presencia de Señor; Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.

Lo cual no sería si no participasen sus mismas grandezas; porque delante de Dios no hay nada precioso sino lo que él es en sí mismo;

por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea; por eso el pecador siempre teme morir, porque barrunta que la muerte le ha de quitar todos los bienes y le ha de dar todos los males; porque, como David dice, la muerte de los pecadores es pésima;

Mors peccatorum pesima. Y por eso, como dice el Sabio, le es amarga su memoria: O mors, quam amara est memoria tua, homini pacem habenti in substantiis suis!

Porque, como aman mucho la vida de este siglo y poco la del otro, temen mucho la muerte; pero el alma que ama a Dios, más vive en la otra vida que en ésta, porque más vive donde ama que donde anima; y así, tiene en poco esta vida corporal, y por eso dice:

«Máteme tu vista, etc.».

Mira que la dolencia

De amor, que no se cura

Sino con la presencia y la figura.

La causa por qué la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es también diferente; porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, cúranse contrarios con contrarios; pero el amor no se cura sino es con cosa conforme al amor.

La razón es porque la salud del alma es el amor de Dios; y así, cuando no tiene cumplido amor, no tiene cumplida la salud, y por eso está enferma, porque la enfermedad no es otra cosa sino falta de salud; de manera que cuando ningún grado de amor tiene el alma está muerta; mas cuando tiene alguno, por mínimo que sea, ya está viva, pero muy debilitada y enferma, por el poco amor de Dios que tiene; pero cuanto más amor se le fuere aumentando más salud tendrá, y cuando tuviere perfecto amor será su salud cumplida.

Donde es de saber que el amor nunca llega a estar perfecto hasta que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno en el otro, y entonces está el amor todo sano.

Y porque aquí el alma se siente con cierto dibujo de amor, que es la dolencia que aquí dice, deseando que se acabe de figurar con la figura cuyo es el dibujo, que es su esposo el Verbo, Hijo de Dios; el cual, como dice San Pablo, es resplandor de su gloria y figura de su substancia:

Splendor gloriae, et figura substantiae ejus. Y porque esta figura es la que aquí entiende el alma, en que se desea transfigurar por amor, dice:

Mira que la dolencia

De amor, que no se cura

Sino con la presencia y la figura.

Bien se llama dolencia el amor no perfecto, porque, así como el enfermo está debilitado para obrar, así el alma que está flaca en amor, lo está también para obrar las virtudes heroicas.

Puédese también aquí entender que el que siente en sí dolencia de amor, esto es, falta de amor, es señal que tiene algún amor, porque por lo que tiene echa de ver lo que le falta; pero el que no la siente, es señal que no tiene ninguno o que está perfecto en él.

Anotación de la canción siguiente.

En esta sazón, sintiéndose el alma con tanta vehemencia de ir a Dios como la piedra cuando se va más llegando a su centro; y sintiéndose también estar como la cera que comenzó a recibir la impresión del sello, y no se acabó de figurar; y demás de esto, conociendo que está como la imagen de la primera mano y dibujo, clamando al que la dibujó para que la acabe de dibujar y formar, teniendo aquella fe tan

ilustrada, que la hace visear unos divinos semblantes muy claros de la alteza de su Dios, no sabe qué se hacer, sino volverse a la misma fe, como la que en sí encierra y encubre la figura y hermosura de su Amado, de la cual ella también recibe los dichos dibujos y prendas de amor, y hablando con ella, dice:

## Canción duodécima

¡Oh cristalina fuente,

Si en esos tus semblantes plateados

Formases de repente

Los ojos deseados,

Que tengo en mis entrañas dibujado

Declaración.

Como con tanto deseo desea el alma la unión del Esposo, y ve que no halla medio ni remedio alguno en todas las criaturas, vuélvese a hablar con la fe, como la que más al vivo le ha de dar de su Amado luz, tomándola por medio para ésta; porque, a la verdad, no hay otro por donde se venga a la verdadera unión y desposorio espiritual con Dios, según que por Oseas la da a entender, diciendo:

Sponsabo te mihi in fide; Yo te desposaré conmigo en fe. Y con el deseo en que arde, le dice lo siguiente, que es el sentido de la canción o fe de mi esposo Cristo.

Si las verdades que has infundido en mi alma, de mi Amado, encubiertas con obscuridad y tinieblas (porque la fe, como dicen los teólogos, es hábito obscuro), las manifestases con claridad, de manera que lo que me comunicas en noticias informes y oscuras lo mostrases y descubrieses en un momento, apartándote de esas verdades (porque ella es velo y cubierta de las verdades de Dios) formada y acabadamente, volviéndolas en manifestación y gloria; dice pues el verso:

Oh cristalina fuente.

Llama cristalina a la fe por dos cosas: la primera, porque es de Cristo, su esposo; y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades, y fuente clara y limpia de error, y formas naturales.

Y llámala fuente porque de ella le manan al alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente a la fe, diciendo que a los que creyesen en él les daría una fuente cuya agua saltaría hasta la vida eterna:

Fiet in eo fons aquae salientis in vitam aeternam. «Y esta agua era el espíritu que hablan de recibir en su fe los creyentes». Hoc autem dixit de Spiritu, quem accepturi erant credentes in eum.

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la fe llama semblantes plateados; para inteligencia de lo cual y de los demás versos es de saber que la fe es comparada a la plata en las proposiciones que nos enseña; y las verdades y sustancias que en sí contiene son comparadas al oro, porque esa misma sustancia, que ahora creemos vestida y cubierta con plata de fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierto, desnudo el oro de la fe.

De donde David, hablando en ella, dice así: «Si durmiéredes entre los dos cleros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de sus espaldas serán del color de oro»; Si dormiatis inter medios cleros, pennae columbae de argentale, et posteriora dorsi ejus in pallore auri.

Quiere decir que si cerráremos los ojos del entendimiento a las cosas de arriba y a las de abajo (a lo cual llama dormir en medio), quedaremos en fe, a la cuál llama paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la fe nos las propone obscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblan-

tes plateados; pero a la postre de esta fe, que será cuando se acabe la fe por clara visión de Dios, quedará la substancia de la fe desnuda del velo de esta plata, de color como de oro; de manera que la fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto en plata de fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad; así como el que da un vaso plateado, y él es de oro, no porque vaya cubierto con plata deja de ser de oro.

De donde, cuando la Esposa en los Cantares deseaba esta posesión de Dios, prometiéndosela él en lo que en esta vida se puede, dijo que le haría unos zarcillos de oro, pero esmaltados con plata; Murenulas aureas faciemus tibi, vermiculatas argento. En lo cual le prometió de dársele en fe encubierto.

Dice, pues, ahora el alma a la fe: «Oh si en esos tus semblantes plateados,» que son los artículos ya dichos, con que tienes cubierto el oro de los divinos rayos, que son los ojos deseados que añade luego, diciendo:

Formases de repente

Los ojos deseados.

Por los ojos entiende, como dijimos, los rayos y verdades divinas; las cuales, como también habemos dicho, la fe nos las propone en sus artículos cubiertas e informes. Y así, es como si dijera:

¡Oh, si estas verdades que informes y obscuramente me enseñas encubiertas en tus artículos de fe acabases ya de dármelas clara y formadamente descubiertas en ellas, como las pide mi deseo!

Y llama aquí ojos a estas verdades, por la grande presencia que del Amado tiene, que le parece que le está ya siempre mirando; por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujados.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es a saber, en su alma según el entendimiento y voluntad; porque, según el entendimiento, tiene estas verdades infundidas por fe en su alma.

Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas; porque, así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la fe no es perfecto conocimiento.

Por tanto, las verdades que se infunden en el alma por fe están como en dibujo; y cuando estén en clara visión, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, según aquello del Apóstol, que dice: Cum autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est; que quiere decir:

Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara visión, acabarase lo que es en parte, que es el conocimiento de la fe.

Pero sobre este dibujo de la fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad; en la cual de tal manera se dibuja la figura del amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él cuando hay unión de amor, que es verdad decir que el amado vive en el amante, y este amante en el amado.

Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro, y que entrambos son uno.

La razón es, porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja y da y trueca por el otro, y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo quiso dar a entender San Pablo cuando dijo:

Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus; que quiere decir:

Vivo yo, mas ya no yo; dio a entender que, aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era

divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él; de manera que, según esta semejanza de transformación, podemos decir que su vida y la de Cristo toda era una por unión de amor; lo cual se hará perfectamente en el cielo, con divina vida, en todos los que mereciesen verse en Dios; porque, transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya.

Y entonces dirán de veras: Vivimos nosotros, y no nosotros, porque vive Dios en nosotros.

Lo cual en esta vida, aunque puede ser, como lo era en San Pablo, pero no perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma a tal transformación de amor, que sea matrimonio espiritual, que es el más alto estado a que se puede llegar en esta vida, porque todo se puede llamar dibujo de amor, en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria; pero, cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado; que por eso, deseando él que le pusiese la Esposa en su alma como dibujo, dícele en los Cantares:

Pónme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo; Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum.

El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de fe, según lo dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte, en que está como señal dibujado de amor, como ahora acabo de decir.

De tal manera anda el alma en este tiempo, que, aunque en breves palabras, no quiero dejar de decir algo de ello, aunque por palabras no se puede explicar; porque la substancia corporal y espiritual le parece al alma que se le seca de sed de esta fuente viva de Dios, porque es su sed semejante a aquélla que tenía David cuando dijo:

Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea a ti, mi Dios. Estuvo mi alma sedienta de Dios fuerte vivo; ¿cuándo vendré y pareceré delante de la cara de Dios? Quemad modum desiderat cervus ad fontes aquarum; ita desiderat anima mea ad te Deus.

Sitivit anima mea ad Deum fortem vivum: quando veniam, et apparebo ante faciem Dei?

Y fatígala tanto esta sed, que no tendría el alma en nada romper por medio de los filisteos, como hicieron los fuertes de David, a llenar su vaso de agua en las cisternas de Betleen, que es Cristo; porque todas las dificultades del mundo y furias de los demonios y penas infernales no tendría en nada pasar por engolfarse en esta fuente de amor.

Porque a este propósito se dice en los Cantares: «Fuerte es la dilección como la muerte, y dura es su porfía como el infierno»; Fortis est ut mors dilectio: dura sicut infernus aemulatio.

Porque no se puede creer cuán vehemente sea la codicia y pena que el alma siente cuando ve que se va llegando cerca de gustar aquel bien, y no se le da, porque, cuanto más al ojo y a la puerta se ve lo que se desea y se niega, tanto más pena y tormento cansa.

De donde a este propósito espiritual dice Job Antequam comedam, suspiro: et tanquam inundantes aquae, sic rugitus meus.

Antes que coma, suspiro; y como las avenidas de las aguas es el rugido y bramido de mi alma; es a saber, por la codicia de la comida entiende allí a Dios por la comida; porque, conforme a la codicia del manjar y conocimiento de él, es la pena por él.

Anotación de la canción siguiente.

La causa de padecer el alma tanto a este tiempo por él, es porque, como se va juntando más a Dios, siente en sí el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma, con fuego espiritual que la seca y purga, para que purificada se pueda unir con Dios; porque en tanto que Dios

no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle Dios intolerables tinieblas cuando según el espíritu está cerca de ella, porque la luz sobrenatural escurece la natural con su exceso; todo lo cual dio a entender David cuando dijo:

Nubes, et caligo in circuitu ejus... ignis ante ipsum praecedet; «Nube y obscuridad está en rededor de él, fuego precede su presencia. Y en otro salmo dice: Et posuit tenebras latibulum suum, in circuitu ejus tabernaculum ejus: tenebrosa aqua in nubibus aeris. Prae fulgore in conspectu ejus nubes transierunt, grando, et carbones ignis;

Puso por su cubierta y escondrijo las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de él es agua tenebrosa en las nubes del aire, por su gran resplandor en su presencia hay nubes y granizo y carbones de fuego; es a saber, pasa el alma que se le va más llegando, porque cuanto más el alma a él se llega, siente en sí todo lo dicho, hasta que Dios entre en sus divinos resplandores para transformación de amor.

Pero, como en Dios, por su inmensa bondad, conforme a las tinieblas y vacíos del alma, son también las consolaciones y regalos que le hace; porque Sicut tenebrae ejus, ita et lumen ejus; y porque con ensalzarlas y glorificarlas las humilla también y fatiga, de esta manera envió el alma entre fatigas ciertos rayos divinos de sí, con tal gloria y fuerza de amor, que la conmovió toda, y así, con gran pavor y temor natural dijo al Amado el principio de la siguiente canción, prosiguiendo el mismo Amado lo restante de ella.

## Canción decimotercera

Apártalos, Amado,

Que voy de vuelo.

Esposo.

Vuélvete, paloma,

Que el ciervo vulnerado

Por el otero asoma

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Declaración.

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar a su esposa alta, delicada y amorosamente y con grande fuerza de amor, porque ordinariamente, según los grandes fervores y ansias de amor que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios hace grandes; y como ahora el alma con tantas ansias había deseado estos divinos ojos, que en la canción pasada acaba de decir, descubriole el Amado algunos rayos de su grandeza y divinidad, según ella deseaba; los cuales fueron con tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que hizo salir por arrobamiento y éxtasis, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural; y así, no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice el verso siguiente:

Apártalos, Amado.

Es a saber, esos tus ojos divinos, porque me hacen volar, saliendo de mí a suma contemplación sobre lo que sufre el natural; lo cual

dice porque le parecía volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase; conviene a saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querría, comunicándoselos en el vuelo que ella hacía fuera de la carne; el cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo:

Vuélvete, paloma, que la comunicación que ahora de mí recibes, aún no es de ese estado de gloria que tú ahora pretendes; pero vuélvete a mí, que soy a quien tú, llagada de amor, buscas; que también yo, como el ciervo, herido de tu amor, comienzo a mostrarme a ti por tu alta contemplación, y tomo recreación y refrigerio en el amor de tu contemplación.

Dice, pues, el alma al Esposo:

Apártalos, Amado.

Según habemos dicho, el alma, conforme a los grandes deseos que tenía de estos divinos ojos, que significan la divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicación y noticia de Dios, que la hizo decir:

«Apártalos, Amado»; porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que al alma le es más vida, y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen a dar, no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida; de suerte que los ojos que con tanta solicitud y ansias y por tantas vías buscaba, venga a decir cuando los recibe:

Apártalos, Amado.

Porque es a veces tan grande el tormento que se siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así desconcierte los huesos y ponga en estrecho al natural; tanto, que si no proveyese Dios, se acabaría la vida; y, a la verdad, así lo parece al

alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes y desamparar el cuerpo.

La causa es porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne, porque el espíritu es levantado a comunicarse con el Espíritu divino, que viene al alma; así, por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne.

Y de aquí es que ha de padecer la carne, y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tiene en un supuesto; y por tanto, el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por vía sobrenatural, le hacen decir:

Apártalos, Amado.

Pero no se ha de entender que porque el alma diga que los aparte querría que los apartase; porque aquél es un dicho del temor natural, como habemos dicho; antes (aunque mucho más le costase) no querría perder estas visitas y mercedes del Amado; porque, aunque padece el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural a gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedía; pero no quisiera ella recibirlo en carne, donde no se puede gozar cumplidamente, sino poco y con pena, sino en el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza; por lo cual dijo:

«Apártalos, Amado»; es a saber, de comunicármelos en carne:

Que voy de vuelo.

Como si dijera: Que voy de vuelo de la carne, para que me los comuniques fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne.

Para que entendamos mejor qué vuelo sea éste, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitación del Espíritu divino es arrebatado con gran fuerza el del alma a comunicarse con el divino, y

destituirse al cuerpo, y dejar de sentir en él y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios; que por eso dijo el Apóstol San Pablo en aquel rapto suyo, no sabía si estaba su alma recibiéndole en el cuerpo o fuera de él; y no por eso se ha de entender que destituye el alma al cuerpo y le desampara de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él; y ésta es la causa porque en estos raptos y vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor no siente, porque no es como otros traspasos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí.

Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que aún no han llegado a estado de perfección, sino que van camino en el estado de aprovechados, porque los que han llegado ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones que disponían para la tal comunicación.

Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sutiles vuelos de espíritu que a los espirituales suelen acaecer.

Mas, porque mi intento no es sino declarar brevemente estas canciones, como en el prólogo prometí, quedarse han para quien mejor lo sepa tratar que yo; y porque también la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas a luz.

Lo que aquí, pues, el alma dice de vuelo se ha de entender por arrobamiento y éxtasis del espíritu a Dios; y dice luego el Amado:

Vuélvete, paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida, y que pudiera gozarse con su Esposo para siempre y quedarse con él al descubierto; mas

atajole el Esposo el paso, diciendo: «Vuélvete, paloma»; como si dijera:

Paloma, en el vuelo alto que llevas, y ligero de contemplación, y en el amor con que ardes y simplicidad con que ves (porque estas tres propiedades tiene la paloma), vuélvete de ese vuelo alto en que pretendes llegar a poseerme más de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate a éste más bajo, que yo ahora te comunico en este tu exceso, y es

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el Esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende a sí mismo; y es de saber que la propiedad del ciervo es subirse a los lugares altos, y cuando está herido vase con gran priesa a buscar refrigerio a las aguas frías, y si oye quejar a la consorte y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia; y así hace ahora el Esposo, porque, viendo a la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella, porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos; y así, es como si dijera:

Vuélvete, esposa mía, a mí, que si llagada vas de amor de mí, yo también, como el ciervo, vengo en esta tu llaga llagado a ti, que soy como el ciervo, y también en asomar por lo alto; que por eso dice:

Por el otero asoma.

Esto es, por el altura de tu contemplación, que tienes en ese vuelo, porque la contemplación es un puesto alto por donde Dios en esta vida se comienza a comunicar al alma y mostrársele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma; porque, por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas; y síguese la ter-

cera propiedad que decíamos del ciervo, y es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplación de aquel éxtasis que habemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplación; y llama aquí a este amor, causado por el vuelo, apropiadamente, porque el Espíritu Santo, que es amor, aire harto también se compara en la divina Escritura al aire, porque es espirado del Padre y del Hijo; y así como allí es aire del vuelo, esto es, que de la contemplación y sabiduría del Padre y del Hijo procede por la voluntad, y es aspirado; así, aquí a este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplación y noticia que a este tiempo tiene, de Dios le procede; y es de notar que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo, porque Dios no se comunica propiamente al alma por el vuelo del alma, que es, como habemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento; porque, así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios; y de aquí es que, aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplación, y conozca todos los misterios, si no tiene amor, no le hace nada al caso, como dice San Pablo, para unirse con Dios.

Como también dice el mismo: Charitatem habete quod est vinculum perfectionis; es a saber: Tened esta caridad, que es vínculo de la perfección.

Esta caridad, pues, y amor del alma, hace venir al Esposo corriendo a beber de esta fuente de amor de su esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado a tomar el refrigerio; y por eso dice:

y fresco toma.

Porque, así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire con que toma fresco y refrigerio es más fuego de amor, porque al amante el amor es llama que arde con apetito de arder más, según hace la llama del fuego natural; por tanto, al cumplimiento de este apetito suyo de arder más el ardor de amor de su esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco; y así, es como si dijera:

Al ardor de tu vuelo ardo más, porque un amor enciende a otro amor.

Donde es de notar que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino según la voluntad de amor del alma; por lo cual, esto ha de procurar el buen enamorado que no falte, pues por este medio, como habemos dicho, moverá más, si así se puede decir, a que Dios le tenga más amor y que se recree más en su alma.

Y para conseguir esta caridad, hase de ejercitar en lo que de ella dice el Apóstol, diciéndola:

La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, y gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas (es a saber, las que se deben creer), todas las cosas espera, todas las cosas sustenta, es a saber, que convienen a la caridad;

Charitas patiens est, benigna est: charitas non aemulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quaerit quae sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet.

Anotación y argumento de las dos canciones siguientes.

Pues como esta paloma del alma andaba volando por los aires de amor, sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor que ha mostrado hasta aquí (no hallando donde descansase su pie), a este último vuelo que habemos dicho extendió el piadoso padre Noé la mano de su misericordia, y recogiola, metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fue al tiempo que en la canción que acabamos de declarar dijo:

«Vuélvete, paloma»; en el cual recogimiento, hallando el alma todo lo que deseaba y más de lo que se puede decir, comienza a cantar alabanzas de su Amado, refiriendo las grandezas que en esta unión en él siente y goza en las dos canciones siguientes, diciendo:

## Canciones decimocuarta y decimoquinta

Mi Amado, las montañas,

Los valles solitarios nemorosos,

Las ínsulas extrañas,

Los ríos sonorosos,

El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada,

En par de los levantes de la aurora,

La música callada,

La soledad sonora,

La cena que recrea y enamora.

Anotación.

Antes que entremos en la declaración de estas canciones es necesario advertir, para más inteligencia de ellas y de las que después de ellas se siguen, que en este vuelo espiritual que acabamos de decir se denota un alto estado y unión de amor, en que, después de mucho ejercicio espiritual, suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo, Hijo de Dios.

Y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y de virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios, bien así como desposada en el día de su desposorio.

Y en este dichoso día, no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor que antes tenía, mas, quedando adornada de lo bienes que digo, comiénzale un estado de paz y deleite y de suavidad de amor, según se da a entender en las presentes canciones, en las cuales no hace otra cosa sino contar y cantar las grandezas de su Amado, las cuales conoce y goza en él por la dicha unión de desposorio; y así, en las demás canciones ya no dice cosas de ansias y penas, como antes hacía, sino comunicación y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenece.

Y es de notar que en estas dos canciones se contiene lo más que Dios suele comunicar en este tiempo a un alma; pero no se ha de entender que a todas las que llegan a este estado se les comunica todo lo que en estas dos canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y de sentimiento, porque a unas almas se les da más y a otras menos, y a unas en una manera y a otras en otra, aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado de desposorio espiritual; pero pónese aquí lo más que puede ser, porque en ello se comprehende todo.

Declaración.

Y es de notar que, así como en el arca de Noé, según dice la divina Escritura, había muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podían comer, así el alma, en este vuelo que hace a esta divina arca del pecho de Dios, no sólo echa de ver en ella las muchas mansiones que su Majestad dijo por San Juan que había en la casa de su Padre, mas ve y conoce allí todos los manjares; esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dichas dos canciones y significadas por aquellos vocablos comunes; las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea, y entiende secretos e inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en Dios un terrible poder y fuerza que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce y siente; se llena de bienes, y ajena y vacía de males; y sobre todo, entiende y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor.

Y ésta es la sustancia de lo que se contiene en las dichas dos canciones.

En las cuales dice la esposa que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella; porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes éxtasis siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el santo Francisco, es a saber: Dios mío y todas las cosas.

De donde, por ser Dios todas las cosas, y el alma y bien de todas ellas, se declara la comunicación de este éxtasis por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas canciones, según en cada verso de ellas se irá declarando; en lo cual se ha de entender que todo lo que aquí se declara está en Dios eminentemente en infinita manera, o por mejor decir, cada una de estas grandezas que se dicen es Dios, y todas ellas juntas son Dios; que, por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios, según lo sintió San Juan cuando dijo:

Quod factum est, in ipso vita erat; es a saber: Lo que fue hecho en él era vida.

Y así, no se ha de entender que en lo que aquí se dice que siente el alma es como ver las cosas en la luz, ver las criaturas en Dios, sino que en aquella posesión siente ser todas las cosas Dios; ni tampoco se

ha de entender que, porque el alma siente tan subidamente de Dios en lo que vamos diciendo, ve a Dios esencialmente y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas que ahora en los versos declararemos; conviene a saber:

Mi Amado, las montañas.

Las montañas tienen altura, son abundantes, anchas y hermosas, y graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las ínsulas extrañas.

Las ínsulas extrañas están ceñidas con la mar, y allende de los mares muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres; y así, en ellas se crían y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras y virtudes nunca vistas de los hombres, que hacen grande novedad y admiración a quien las ve.

Y así, por las grandes y admirables novedades, y noticias extrañas y alejadas del conocimiento común que el alma ve en Dios, le llama ínsulas extrañas; porque extraño llaman a uno por una de dos cosas: o porque se anda retirando de la gente, o porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus obras y hechos: por estas dos cosas llama aquí el alma a Dios extraño, porque, no solamente es toda la extrañeza de las ínsulas nunca vistas, pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres; y no es maravilla que sea Dios extraño a los hombres, que no le

han visto, pues también lo es a los santos ángeles y almas que le ven, pues no le pueden acabar de ver ni acabarán.

Y hasta el último día del juicio van viendo en él tantas novedades, según sus profundos juicios, acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre le hacen novedad y siempre se maravillan más.

De manera que, no solamente los hombres, pero también los ángeles, le pueden llamar ínsulas extrañas; sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo.

Los ríos sonorosos.

Los ríos tienen tres propiedades: la primera, que en todo cuanto entran lo embisten y anegan; la segunda, que hinchen todos los vasos y vacíos que hallan delante; la tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan.

Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo, siente el alma en él estas tres propiedades muy sabrosamente, dice que su Amado es «los ríos sonorosos».

Cuanto a la primera propiedad que el alma siente, es de saber que de tal manera se ve el alma embestir del torrente del Espíritu de Dios en este caso y con tanta fuerza apoderarse de ella, que le parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo, que la embisten y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba; y no porque es cosa de tanta fuerza es cosa de tormento, porque estos ríos son ríos de paz, según por Isaías lo da Dios a entender, diciendo de este embestir en el alma:

Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam; quiere decir: Notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella, es a saber, sobre el alma, como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria.

Y así, este embestir divino que hace Dios en el alma como ríos sonorosos, toda la hinche de paz y de gloria. La segunda propiedad que el alma siente es, que esta divina agua a este tiempo hinche los vasos de su humildad y llena los vacíos de sus apetitos, según lo dice San Lucas:

Exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis; que quiere decir: Ensalzó los humildes y llenó a los hambrientos de bienes.

La tercera propiedad que el alma siente en estos sonorosos ríos de su Amado, es un ruido y voz espiritual que es sobre todo sonido y voz, la cual priva toda otra voz, y su sonido excede a todos los sonidos del mundo; y en el declarar cómo esto sea nos habemos de detener algún tanto.

Esta voz o este sonoroso sonido de los ríos, que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante, que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso, que la posee, que no sólo le parece sonidos de ríos, pero aun poderosísimos truenos; pero esta voz es voz espiritual y no trae esotros sonidos corporales, ni la pena y modestia de ellos, sino grandeza y fuerza, poder, deleite y gloria; y así, es como una voz y sonido inmenso interior que viste al alma de poder y fortaleza.

Esta espiritual voz y sonido hizo en el espíritu de los apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los Actos de los apóstoles) descendió sobre ellos; que para dar a entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente, que fuese oído de todos los que estaban dentro en Jerusalén; por el cual, como decimos, se denotaba el que dentro recibían los apóstoles, que era, como habemos dicho, henchimiento de poder y fortaleza.

Y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el angustia y aprieto que recibió de sus enemigos, según lo dijo San Juan, le vino una voz del cielo interior confortándole según la huma-

nidad; cuyo sonido oyeron los judíos por de fuera tan grave y vehemente, que unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado algún ángel del cielo; y era, que por aquella voz que se oía de fuera se denotaba y daba a entender la fortaleza y poder que, según la humanidad, a Cristo se le daba de dentro; y no por eso se ha de dar a entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu.

Donde es de notar que la voz espiritual es efecto que ella hace en el alma, así como la corporal imprime su sonido en el oído, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar a entender David cuando dijo: Ecce dabit voci suae vocem virtutis; que quiere decir:

Mirad que Dios dará su voz de virtud. La cual virtud es la voz interior; porque decir David: Dará a su voz, voz de virtud; es decir: A la voz exterior que se siente de fuera dará voz de virtud que se sienta de dentro.

De donde es de saber que Dios es voz infinita, y comunicándose al alma en la manera dicha, hace el efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó San Juan en el Apocalipsis, y dice que la oyó del cielo, y que era Tamquam vocem aquarum multarum, et tamquam vocem tonitrui magni; que quiere decir que era esta voz que oyó como voz de muchas aguas y como voz de un grande trueno.

Y porque no se entienda que esta voz, por ser tan grande, era penosa y áspera, añade luego diciendo que esta misma voz era tan suave, que erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis; que quiere decir que era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras.

Y Ecequiel dice que este sonido como de muchas aguas era quasi sonus sublimis Dei; es a saber, como sonido del altísimo Dios; esto es, que altísima y suavísimamente se comunicaba en él.

Esta voz es infinita, porque, como decíamos, es el mismo Dios que se comunica, haciendo voz en el alma; mas cíñese a cada alma, dándole voz de virtud, según le cuadra, limitadamente, y hace gran deleite y grandeza al alma. Que por eso dijo a la Esposa en los Cantares:

Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis; que quiere decir: «Suene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz».

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es a saber, aires y silbo. Por los aires amorosos se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales, mediante la dicha unión del Esposo, embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican y tocan en la sustancia de ellas.

Y al silbo de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia del Dios y de sus virtudes; la cual redunda en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y éste es el más subido deleite que hay en todos los demás que aquí gusta el alma.

Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que, así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite e inteligencia; y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto y el silbo del mismo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se sienten y gozan en el tacto de esta alma, que es en la sustancia de ella, mediante la voluntad y la inteligencia de las tales virtudes de Dios, se sienten en el oído del alma, que es en el entendimiento.

Y es también de saber que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces regala y recrea el sentido del tacto;

y con este regalo del tacto siente el oído gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire; porque el sentido del oído es más espiritual, o por mejor decir, allégase más a lo espiritual que el tacto; y así, el deleite que causa es más espiritual que el que causa el tacto.

Ni más ni menos, porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en tal unión, llama a la dicha unión o toques aires amorosos; porque como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él; de lo cual se deriva en entendimiento el silbo de la inteligencia.

Y llámale silbo porque, así como el silbo causado del aire se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta subtilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás.

La causa es porque se le da sustancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas; porque se da al entendimiento que llaman los filósofos pasivo o pasible, porque pasivamente, sin hacer él a su modo natural nada de su parte, la recibe; lo cual es el principal deleite del alma, porque es en entendimiento en que consiste la fruición, como dicen los teólogos, que es ver a Dios; que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial piensan algunos teólogos que vio nuestro padre Elías a Dios en aquel silbo delgado de aire que sintió en el monte a la boca de su cueva.

Allí le llama la Escritura silbo de aire delgado, porque de la súbtil y delicada comunicación del espíritu le nacía la inteligencia en el entendimiento; y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos, porque de la amorosa comunicación de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este divino silbo que entra por el oído del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también es descubrimiento de verdades de la Divinidad y revelación de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente todas las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicación de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestación de estas verdades desnudas en el entendimiento o revelación de secretos de Dios; las cuales son revelaciones o visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos; y así, es muy alto y cierto esto que dicen y comunica Dios por el oído.

Que por eso, para dar a entender San Pablo la alteza de su revelación, no dijo: Vidi arcana verba, ni menos: Gustavi arcana verba; sino: Audivi arcana verba, quae non licet homini loqui. Y es como si dijera: Oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar.

En lo cual se piensa que vio a Dios tan bien como nuestro padre Elías en el silbo; porque, así como la fe (como también dice San Pablo) es por el oído corporal, así lo que nos dice la fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual.

Lo cual dio bien a entender el profeta Job, hablando con Dios cuando se le reveló, diciendo: Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te; quiere decir: Con el oído de la oreja te oí, y ahora te ve mi ojo.

En lo cual se da claro a entender que el oírlo con el oído del alma es verlo con el ojo del entendimiento pasivo que dijimos; que por eso no dice oiré con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos, sino con mi ojo del entendimiento; luego este oír del alma es ver con el entendimiento.

Y no se ha de entender que esto que el alma entiende, porque sea sustancia desnuda, como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo; porque, aunque es desnuda de accidentes, no

es clara, sino obscura, porque es contemplación; la cual en esta vida, como dice San Dionisio, es rayo de tinieblas; y así, podemos decir que es un rayo e imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento en que consiste la fruición.

Esta sustancia entendida que aquí llama el alma silbo es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo, porque no los podía sufrir el sentido:

Apártalos, Amado.

Y porque me parece bien a propósito una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referirla he aquí (aunque nos detengamos un poco más), y declararé las partes de ella que son a nuestro propósito, y primero la pondré toda en latín y luego en romance, y luego declararé brevemente lo que de ella conviene a nuestro propósito; y acabado esto, proseguiré la declaración de los versos de la otra canción.

Dice, pues, Elifaz Temanites, en Job, de esta manera: Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtive suscepit auris mea venas susurrii ejus. In horrore visionis nocturnae, quando solet sopor occupare homines. Pavor tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perlerrita sunt, et cum spiritus, me presente transiret, inhorruerunt pili carnis meae.

Stetit quidam, cujus non agnosceban vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi aurea lenis audivi; y en romance quiere decir:

De verdad a mí se me dijo una palabra escondida, y como a hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro en el horror de la visión nocturna; cuando el sueño suele ocupar a los hombres ocupome el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encogiéronseme los pelos de mi carne,

púsoseme delante uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado.

En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto, de este rapto, desde la canción doce, donde dice:

«Apártalos, Amado»; porque en lo que aquí dice Elifaz, que se le dijo una palabra escondida, se significa aquello escondido que se le dio al alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo:

Apártalos, Amado.

Y en decir que recibió su oreja las venas de su susurro como a hurtadillas, es decir la sustancia desnuda que habemos dicho que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan sustancia interior. El susurro significa aquella comunicación y toque de virtudes de donde se comunica al entendimiento la dicha sustancia entendida.

Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicación, así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica.

Y dice que le recibía como a hurtadillas, porque, así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era lícito recibirlo, como tampoco a San Pablo le era lícito poder decir el suyo; por lo cual dijo el otro profeta dos veces:

Mi secreto para mí; Secretum meum mihi, secretum meum mihi. Y cuando dijo:

En el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar los hombres, me ocupó el pavor y temblor; da a entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento que decíamos no podía sufrir el natural en la comunicación del Espíritu de Dios; porque da aquí a entender este profeta

que, así como al tiempo que se van a dormir los hombres les suele oprimir y atemorizar una visión que llaman pesadilla, lo cual les acaece entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que se comunica el sueño, así, al tiempo de este traspaso espiritual, entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento o éxtasis, les hace temblor y temor la visión espiritual que entonces se les comunica.

Y añade más, diciendo que todos sus huesos se asombraron o alborotaron; que quiere tanto decir como si dijera, se conmovieron o desencasaron de sus lugares; en lo cual se da a entender el gran descoyuntamiento de huesos que habemos dicho padecerse a este tiempo; lo cual dio bien a entender Daniel cuando vio al ángel, diciendo:

Domine mi, in visione tua dissolutae sunt compages meae; esto es: Señor mío, en tu visión las junturas de mis huesos se han abierto. Y en lo que dice luego:

Y como el espíritu pasase en mi presencia, es a saber, haciendo pasar al mío de sus límites y vías naturales por el arrobamiento que habemos dicho, encogiéronseme los pelos de mis carnes; da a entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto.

Luego se sigue: Estuvo uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos. Éste que dice que estuvo, era Dios, que se comunicaba en la manera dicha.

Y dice que no conocía su rostro, para dar a entender que en la tal comunicación o visión, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios; pero dice que era imagen delante de sus ojos, porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima, como imagen y rostro de Dios; mas no se entiende que es ver esencialmente a Dios.

Luego concluye diciendo: Y oí una voz de aire delicado, en que se entiende «el silbo de los aires amorosos», que dice aquí el alma que es su Amado.

Y no se ha de entender que siempre acaecen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales; que, como queda dicho, es a los que comienzan a entrar en estado de iluminación y perfección y en este género de comunicación, porque en otros antes acaecen con gran suavidad.

La noche sosegada.

En este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abismal escura inteligencia divina, y por eso dice que su Amado es para ella «la noche sosegada».

En par de los levantes del aurora.

Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como noche obscura, sino como la noche junto ya a los levantes de la mañana; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo obscuro como la obscura noche, sino sosiego y quietud en la luz divina y en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a la luz divina.

Y llama aquí propiamente y bien a esta luz divina levantes del aurora, que quiere decir la mañana; porque, así como los levantes de la mañana despiden la obscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, como dicho es, sino obscuro, como noche en par de los levantes del aurora; porque, así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día, sino, como

dicen, entre dos luces; así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz; bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos a la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo, quiso dar a entender David cuando dijo:

Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto; que quiere decir: Recordé y fui hecho como el pájaro solitario en el techo. Como si dijera: Abrí los ojos de mi entendimiento, y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado; que es sobre todas las cosas de abajo.

Y dice aquí que fue hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto; y así, el espíritu en este paso en altísima contemplación.

La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde viene el aire; y así, el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde viene el Espíritu de amor, que es Dios.

La tercera es que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto a sí, sino que en parándose alguna junto, luego se va; y así, el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas del mundo y huye de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios.

La cuarta propiedad es que canta muy suavemente, y lo mismo hace a Dios el espíritu a este tiempo; porque las alabanzas que hace a Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios.

La quinta es, que no es de algún determinado color; y así, es el espíritu perfecto, que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada.

En aquel silencio y sosiego de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; porque todas ellas y cada una tienen una correspondencia con Dios, con que cada una en su manera de voz muestra lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo; y llama a esta música callada porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta, sin voces de mundo; y así, se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio; y así, dice que su Amado es esta música callada, porque en él se conoce y gusta ésta armonía de música espiritual; y no sólo eso, sino que también es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada; porque, aunque aquella música es callada cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sentido espiritual sonorísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba haber visto San Juan en espíritu en el Apocalipsis; conviene a saber, voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras; lo cual fue en espíritu, y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados, que cada uno en su manera de gloria hace a Dios continuamente; lo cual

es como música; porque, así como cada uno posee de diferente manera sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente, y todas en una concordancia de amor, bien así como música.

A este mismo modo echa de ver el alma en aquélla sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios.

Y ve que cada una en su manera engrandece a Dios, teniendo en sí a Dios según su capacidad; y así, todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios y sabiduría y ciencia admirable; y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría cuando dijo:

Spiritus Domini replevit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis; que quiere decir: El Espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra; y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz.

Que es la soledad sonora que decimos aquí conocer el alma, que es el testimonio que de Dios dan en sí todas ellas.

Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas las llama «la música callada y la soledad sonora»; la cual dice que es su Amado, y más:

La cena, que recrea y enamora.

La cena a los enamorados hace recreación, hartura y amor; y porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí «la cena que recrea y enamora».

Es de saber que en la divina Escritura este nombre cena se entiende por la visión divina; porque, así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho, sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de ma-

les y principio de posesión de bienes, en que se enamora de Dios más de lo que antes estaba; y por eso le es a ella la cena, que recrea en serle el fin de los males, y la enamora en serle principio de posesión de todos los bienes.

Pero, para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo Esposo amado dice en el Apocalipsis es a saber:

Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno me abriere, entraré y cenaré con él, y él conmigo: Ecce sto ad ostium, et pulso, si quis audierit vocem meam, et aperuerit Mihi januam, intrabo ad illum, et coenabo cum illo, et ipse mecum.

En lo cual da a entender que él se trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que él mismo goza; los cuales, uniéndose él con el alma, se los comunica y goza ella también; que eso quiere decir: yo cenaré con él, y él conmigo; y así, en estas palabras se da a entender el efecto de la divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma esposa, comunicándoselos él, como habemos dicho, graciosa y largamente; y así, él mismo es para ella la cena que recrea y enamora; porque, en serle largo la recrea, y en serle gracioso la enamora.

Pero antes que entremos en la declaración de las demás canciones, conviene aquí advertir que no porque habemos dicho que en aqueste estado de desposorio en que habemos dicho que goza el alma de toda tranquilidad, y que se le comunica todo lo demás que se le puede comunicar en esta vida, se ha de entender que es en toda ella, sino que esta tranquilidad es según la parte superior; porque la sensitiva, hasta el estado de matrimonio espiritual, nunca acaba de perder sus resabios ni sujetar del todo sus fuerzas, como después se dirá; y que lo que se le comunica es lo más que se puede en razón de desposorio;

porque en el matrimonio espiritual hay grandes ventajas; porque aunque en el desposorio en las visitas goza tanto bien el alma esposa, como se ha dicho, todavía padece ausencia y perturbaciones y molestias de parte de la porción inferior y del demonio; todo lo cual cesa en el estado del matrimonio.

Anotación de la canción siguiente.

Pues como la esposa tiene ya las virtudes puestas en el alma en el punto de su perfección, en que está gozando de ordinaria paz en las visitas que el Amado le hace, goza algunas veces subidísimamente la suavidad y fragancia de las dichas virtudes, por el toque que el Amado hace en ellas; bien así como se gusta la suavidad y hermosura de las azucenas y flores cuando están abiertas y las tratan; porque en muchas de estas visitas ve el alma en su espíritu todas sus virtudes que Dios le ha dado, obrando él en ellas esta luz; y ella entonces, con admirable deleite y sabor de amor, las junta todas y las ofrece al Amado como una piña de hermosas flores, y recibiéndolas el Amado (porque entonces las recibe de veras), recibe en ello gran servicio; todo lo cual pasa dentro del alma, en que siente ella estar el Amado como en su propio lecho; porque el alma se ofrece juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer; y así, es uno de los mayores deleites que en el trato interior con Dios ella suele recibir en esta manera de don que hace el Amado; y conociendo el demonio esta prosperidad del alma, el cual, por su gran malicia, envidia todo el bien que en ella ve, usa a este tiempo de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder perturbar en el alma siquiera una mínima parte de este bien; porque más precia él impedir a esta alma un quilate de ésta su riqueza, gloria y deleite, que hacer caer a otras en muchos y muy graves pecados; porque las otras tienen poco o nada que perder, y ésta mucho, porque tiene mucho ganado y

muy precioso; así como, perder un poco de oro muy primo es más que perder mucho de otros bajos metales.

Aprovéchase aquí el demonio de los apetitos sensitivos, aunque con éstos, en este estado, puede muy poco las más veces, o nada, por estar ya ellos amortiguados, y de que con esto no puede representar a la imaginación muchas variedades; y a veces levanta en la parte sensitiva muchos movimientos (como después se dirá) y otras molestias que causa, así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en mano del alma poderse librar hasta que el Señor envía su ángel, como se dice en el salmo, alrededor de los que le temen y los libra:

Immittet Angelus Domini in circuitu timentium eum, et eripiet eos.

Y hace paz y tranquilidad, así en la parte sensitiva como en la espiritual del alma; la cual, para denotar todo esto y pedir este favor, recelosa de la experiencia que tiene de las astucias que usa el demonio para hacerle el dicho daño, en este tiempo, hablando con los ángeles, cuyo oficio es favorecer a este tiempo, ahuyentando los demonios, dice la canción siguiente:

## Canción decimosexta

Cazadnos las raposas,

Que está ya florida nuestra viña,

En tanto que de rosas

Hacemos una piña,

Y no parezca nadie en la montiña.

Declaración.

Deseando, pues, el alma que no le impidan la continuación de este deleite interior de amor, que es la flor de la viña de su alma, ni los envidiosos y maliciosos demonios, ni los furiosos apetitos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de la imaginación, ni otras cualesquier noticias y presencias de cosas, invoca a los ángeles, diciendo que cacen todas estas cosas y las impidan, de manera que no impidan el ejercicio de amor interior, en cuyo deleite y sabor se están comunicando y gozando las virtudes y gracias entre el alma y el Hijo de Dios.

Y así, dice:

Cazadnos las raposas,

Que está ya florida nuestra viña.

La viña que aquí dice, es el plantel que está en esta santa alma de todas las virtudes, las cuales le dan a ella vino de dulce sabor; esta viña del alma está florida cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose según todas estas virtudes juntas; y algunas veces, como habemos dicho, suelen acudir a la memoria y fantasía muchas y varias formas e imaginaciones, y en la parte sensitiva se levantan muchos y varios movimientos y apetitos;

los cuales, por ser de tantas maneras y tan varios, cuando David estaba bebiendo este sabroso vino de espíritu con grande sed en Dios, sintiendo el impedimento y molestia que le hacían, dijo:

Mi alma tuvo sed en ti, cuan de muchas maneras sea mi carne a ti; Sitivit in te anima mea, quam multipliciter tibi caro mea.

Llama el alma toda esta armonía de apetitos y movimientos sensitivos raposas, por la gran propiedad que tienen a este tiempo con ellas; porque así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando sale la caza, así todos estos apetitos y fuerzas sensitivas estaban sosegadas hasta que en el alma se levantan y se abren y salen a ejercicio estas flores de las virtudes; y entonces también parece que despiertan y se levantan en la sensualidad sus flores de apetitos y fuerzas sensuales a querer contradecir al espíritu y reinar; hasta esto llega la codicia que dice San Pablo que tiene la carne contra el espíritu; que, por ser su inclinación grande a lo sensitivo, gustando el espíritu, se desaborea y disgusta al dulce espíritu, y por eso dice:

Cazadnos las raposas.

Pero los maliciosos demonios hacen aquí de su parte molestia al alma de dos maneras; porque ellos incitan a levantar estos apetitos con vehemencia, y con ellos y otras imaginaciones hacen guerra a este reino pacífico y florido del alma.

Lo segundo, y lo que peor es, que cuando de esta manera no pueden, embisten en ella con tormentos y ruidos corporales para hacerla divertir.

Y lo que es más malo, que la combaten con temores y horrores espirituales a veces de terribles tormentos; lo cual a este tiempo, si se les da licencia, pueden ellos muy bien hacer; porque, como el alma se pone en muy desnudo espíritu pasa este ejercicio espiritual, puede con facilidad él hacerse presente a ella, pues también él es espíritu.

Otras veces la hace otros embestimientos de horrores, antes que ella comience a gustar estas dulces flores, a tiempo que Dios la comienza a sacar algo de la casa de sus sentidos, para que entre en el dicho ejercicio interior al huerto del Esposo; porque sabe que si una vez se entra en aquel recogimiento está tan amparada, que, por más que haga, no puede hacerla daño.

Y muchas veces, cuando aquí el demonio sale a tomarle el paso, suele el alma con gran presteza recogerse en el fondo escondrijo de su interior, donde halla gran deleite y amparo, y entonces padece aquellos terrores tan de fuera y tan a lo lejos, que, no sólo no le hacen temor, mas le causan alegría y gozo.

De estos terrores hace mención la Esposa en los Cantares diciendo: Anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab; «Mi alma me conturbó por causa de los carros de Aminabad». Entendiendo allí por Aminadab al demonio, llamando carros a sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruidos que con ellos trae.

Y lo mismo que aquí dice el alma: «Cazadnos las raposas», dice también la Esposa en los Cantares, al mismo propósito, pero diciendo: Cazadnos las raposas pequeñas que desmenuzan las viñas, porque nuestra viña ha florecido Capite nobis vulpes parvulas, quae demoliuntur vineas. Nam vinea nostra floruit.

Y no dice cazadme, sino cazadnos; porque habla de sí y del Amado, porque están en uno y gozando la flor de la viña.

La causa por que aquí dice que la viña está con flor, y no dice con fruto, es porque las virtudes en esta vida, aunque se gocen en el alma con tanta perfección como ésta de que hablamos, es como gozarla en flor; porque sólo en la otra se gozarán como en fruto.

Y dice luego: En tanto que de rosas

Hacemos una piña.

Porque a esta sazón que el alma está gozando la flor de esta viña y deleitándose en el pecho de su Amado, acaece así, que las virtudes del alma se ponen todas en pronto y claro, como habemos dicho, mostrándose al alma y dándole de sí gran suavidad y deleite; las cuales siente el alma estar sí misma y en Dios, de manera que le parecen ser una viña muy florida y agradable de ella y de él, en que ambos se apacientan y deleitan; y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas; y así, juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad, a lo cual le ayuda el mismo Amado; porque sin su favor y ayuda no podría ella hacer esta junta y ofrenda de virtudes a su Amado, que por eso dice:

Hacemos una piña.

Es a saber, el Amado y yo.

Llama piña a esta junta de virtudes, porque así como la piña es una pieza fuerte, y en sí contiene muchas piezas fuertes y en sí abrazadas fuertemente, que son los piñones; así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado es una sola pieza de perfección del alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes muy fuertes, y dones muy ricos, porque todas las perfecciones y virtudes se ordenan y contienen una sólida perfección del alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha, se está ofreciendo de parte del alma al Amado en espíritu de amor, que vamos diciendo, conviene que se cacen las dichas raposas, para que no impidan la tal comunicación interior de los dos.

Y no sólo pide esto sólo la esposa en esta canción, para poder bien hacer la piña, mas también lo que se sigue en el verso siguiente, es a saber:

Y no parezca nadie en la montiña.

Porque para este divino ejercicio interior es también necesaria soledad y ajenación de todas las cosas que se podrían ofrecer al alma, ahora de parte de la porción inferior, que es la sensitiva del hombre, ahora de parte de la porción superior, que es la racional; las cuales dos porciones son en quien se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre, a la cual armonía llama aquí montiña; porque, morando en ella y situándose en ella todas las noticias y apetitos de la naturaleza, como la caza en el monte, en ella suele el demonio hacer caza y presa en esos apetitos y noticias para mal del alma.

Dice que en esta montiña no parezca nadie; es a saber representación y figura de cualquier objeto perteneciente a cualquiera de estas potencias o sentidos que habemos dicho, no parezca delante el alma y el Esposo. Y así, es como si dijera:

En todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no haya noticias ni afectos particulares ni otras cualesquier advertencias.

Y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativa, fantasía, ver, oír, etc., no haya otras digresiones y formas e imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales.

Esto dice aquí el alma por cuanto, para gozar perfectamente de esta comunicación con Dios, conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos de sus propias operaciones y objetos, porque en tal caso, cuando ellos de suyo más se ponen en ejercicio, tanto más estorban; porque, llegando el alma a alguna manera de unión interior de amor, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales, por cuanto está ya hecha y obrada la unión de amor actuada en el alma

en amor; y así, acabaron de obrar las potencias, porque llegando al término, cesan todas las operaciones de los medios.

Y así, lo que el alma hace entonces es asistencia de amor en Dios, la cual es amor en continuación de amor unitivo. No parezca, pues, nadie en la montiña; sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes, en la manera que está dicha.

Anotación de la canción siguiente.

Para más noticia de la canción que se sigue, conviene aquí advertir que las ausencias que padece el alma de su Amado en este estado de desposorio espiritual son muy aflictivas, y algunas son de manera que no hay pena que se le compare.

La causa de esto es que, como el amor que tiene a Dios en este estado es grande y fuerte, atorméntale fuerte y grandemente en la ausencia.

Y añádese a esta pena la molestia que a este tiempo recibe en cualquiera manera de trato o comunicación de criaturas, que es muy grande; porque, como ella está en aquella gran fuerza de deseo, avivado por la unión con Dios, cualquiera entretenimiento le es gravísimo y molesto; bien así como a la piedra, cuando con grande ímpetu y velocidad va llegando hacia su centro, cualquier cosa en que topase y la entretuviese en aquel vacío le sería muy violenta.

Y como está ya el alma saboreada con estas dulces visitas, sonle más deseables sobre el oro y toda hermosura. Y por eso, temiendo el alma mucho carecer, aun por momento, de tan preciosa presencia, hablando con la sequedad y con el espíritu de su Esposo, dice las palabras de la canción siguiente:

## Canción decimoséptima

Detente, cierzo muerto,

Ven, austro, que recuerdas los amores,

Aspira por mi huerto,

Y corran sus olores,

Y pacerá el Amado entre las flores.

Declaración.

Demás de lo dicho en la canción pasada, la sequedad de espíritu es también causa de impedir al alma el jugo de suavidad interior, de que arriba ha tratado, y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta canción. La primera, impedir la sequedad, cerrando la puerta por medio de la continua oración y devoción.

La segunda, invocar el Espíritu Santo, que es el que ha de ahuyentar esta sequedad del alma y el que sustenta y aumenta en ella el amor del Esposo; y también ponga al alma el ejercicio interior de las virtudes, todo a fin de que el Hijo de Dios, su Esposo, se goce y deleite más en ella; porque toda su pretensión es dar contento al Amado.

Detente, cierzo muerto.

El cierzo es un viento muy frío, que seca y marchita, las flores y plantas, y a lo menos las hace encoger y cerrar cuando en ellas hiere.

Y porque la sequedad espiritual y la ausencia afectiva del Amado hacen este mismo efecto en el alma que la tiene, agotándole el jugo y sabor y fragrancia que gustaba de las virtudes, la llama cierzo muerto, porque todas las virtudes y ejercicio afectivo que tenía el alma, tiene amortiguado; y por eso dice aquí el alma:

«Detente, cierzo muerto». El cual dicho del alma se ha de entender que es hecho y obrado de ejercicios espirituales, para que se detenga la sequedad.

Pero, porque en este estado las cosas que Dios comunica al alma son tan interiores, que con ningún ejercicio de sus potencias puede de suyo el alma ponerlas en ejercicio y gustarlas si el espíritu del Esposo no hace en ella esta moción de amor, le invoca ella luego, diciendo:

Ven, austro, que recuerdas los amores.

El austro es otro viento que vulgarmente se llama ábrego; el cual es apacible, causa pluvias y hace germinar las yerbas y plantas, y abrir las flores y derramar su olor; y en efecto, tiene este aire los efectos contrarios del cierzo.

Y así, por este aire entiende el alma el Espíritu Santo, el cual dice que recuerda los amores; porque cuando este divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda, y regala y aviva, y recuerda la voluntad y levanta los apetitos, que antes estaban caídos y dormidos al amor de Dios, que se puede bien decir que recuerda los amores de él y de ella, y lo que pide al Espíritu Santo es lo que dice en el verso siguiente:

Aspira por mi huerto.

El cual huerto es la misma alma; porque, así como arriba ha llamado a la misma alma viña florida, porque la flor de las virtudes que hay en ellas le dan vino de dulce sabor, así aquí la llama también huerto, porque en ellas están plantadas y nacen y crecen las flores de perfección y virtudes que habemos dicho.

Y es aquí de notar que no dice la esposa: Aspira en mi huerto; sino «Aspira por mi huerto»; porque es grande la diferencia que hay entre aspirar Dios en el alma o por el alma; porque aspirar en el alma es

infundir en ella gracia, dones y virtudes; y aspirar por ella es hacer Dios toque y moción en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas, renovándolas y moviéndolas de suerte, que den de sí admirable fragrancia y suavidad; bien así como cuando menean las especies aromáticas, que al tiempo que se hace aquella moción derraman el abundancia de su olor, el cual antes ni era tal ni se sentía en tanto grado; porque las virtudes que el alma tiene adquiridas e infusas no siempre las está sintiendo y gozando actualmente; porque, como después diremos, en esta vida están en el alma como flores en cogollo o en capullo cerradas, o como especies aromáticas encubiertas, cuyo olor no se siente hasta ser abiertas y movidas, como habemos dicho.

Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma esposa, que, aspirando con su Espíritu divino por este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes y descubre estas especies aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma; y manifestando el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella.

Y entonces es cosa amirable de ver y suave de sentir la riqueza que se descubre al alma de sus dones, y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas en alma; y la suavidad de olor que cada una le da de sí, según su propiedad, es inestimable.

Y esto llama aquí correr los olores del huerto, cuando en el verso siguiente dice:

Y corran sus olores.

Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto, que no sólo ella lo siente de dentro, pero aun suele redundarle tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir y les parece estar tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios.

Y no sólo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto a los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de la próxima y familiar comunicación con Dios, cual se escribe en el Éxodo de Moisés, que no podían mirarle su rostro, por la honra y gloria que quedaba en su persona por haber tratado cara a cara con Dios.

En este aspirar del Espíritu Santo por el alma, que es visitación suya, enamorado de ella, se comunica en alta manera el Esposo, Hijo de Dios; que por eso envía su Espíritu primero (como a los apóstoles), que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto a gusto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias y riquezas.

Y así, con grande deseo desea el alma esposa todo esto; es a saber, que se vaya el cierzo y venga el austro, que aspire por el huerto; porque en esto gana el alma muchas cosas juntas; porque gana el gozar las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas, pues mediante ellas, como acabamos de decir, se le comunica a ella con más estrecho amor, y haciéndole más particular merced que antes; y gana que el Amado mucho más se deleita en ella por este ejercicio actual de virtudes, que es de lo que ella más gusta, es a saber, que guste su Amado; y gana también la continuación y duración del tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Esposo asiste en ella en la tal manera, estándole dando la esposa suavidad en las virtudes que tiene, según en los Cánticos ella lo dice en esta manera:

En tanto que estaba el Rey en su reclinatorio, es a saber, en el alma, mi arbolico florido y oloroso dio olor de suavidad; Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum.

Dando aquí a entender por este arbolico oloroso la misma alma que de las flores de virtudes que en sí tiene da olor de suavidad al Amado, que en ella mora en esta manera de unión.

Por tanto, mucho es de desear este divino aire del Espíritu Santo, que pida cada alma aspire por su huerto, para que corran divinos olores de Dios.

Que por ser esto tan necesario y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió por los mismos términos que aquí, en los Cantares, diciendo: Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius;

Levántate de aquí, cierzo, y ven, ábrego, y aspira mi huerto, y correrán sus olores y preciosas especies.

Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo, y porque es todo disposición y prenuncio para que el Hijo de Dios venga a deleitarse en ella, que por eso dice luego:

Y pacerá el Amado entre las flores.

Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazón por nombre de pasto, que muy más al propio le da a entender, por ser el pasto o comida cosa que, no sólo da gusto, pero aun sustenta; y así, el Hijo de Dios se deleita en el alma en estos deleites de ella y se sustenta en ella; esto es, persevera en ella como lugar donde grandemente se deleita, porque el lugar se deleita de veras en él.

Y eso entiendo que es lo que él mismo quiso decir por la boca de Salomón en los Proverbios, diciendo: «Mis deleites son con los hijos de los hombres»; Delitiae meae esse cum filiis hominum; es a saber, con sus deleites, que son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios.

Y conviene aquí notar que no dice el alma aquí que pacerá el Amado las flores, sino entre las flores; porque, como quiera que la comunicación suya, es a saber, del Esposo, sea en la misma alma mediante el arreo ya dicho de las virtudes, síguese que lo que pace es la misma alma, transformándola en sí, estando ya ella guisada, salada y sazonada con las dichas flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con que y entre que la pace; las cuales, por medio del aposentador ya dicho, están dando al Hijo de Dios sabor y suavidad en el alma para que por este medio se apaciente más en el amor de ella; porque éste es el amor del Esposo, unirse con el alma entre la fragrancia de estas flores.

La cual condición nota la Esposa en los Cantares, como quien tan bien la sabe, en estas palabras: Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum ut pascatur in hortis, et lilia colligat;

«Mi Amado descendió a su huerto, a la era y aire de las especies odoríferas para apacentarse en el huerto y coger lirios». Y otra vez dice: Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia;

«Yo para mi Amado, y él para mí, que se apacienta entre los lirios»: es a saber, que se apacienta y deleita en mi alma, que es el huerto suyo, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

Anotación para la canción siguiente.

En este estado, pues, de desposorio espiritual, como el alma echa de ver sus excelencias y grandes riquezas, y que no las posee y goza como querría, causa de la morada que hace en carne, muchas veces padece mucho, mayormente cuando más se le aviva la noticia de esto; porque echa de ver que ella está en el cuerpo como un gran señor en la cárcel, sujeto a mil miserias, confiscados sus reinos e impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda, sino muy por tasa la comida; en lo cual lo que podrá sentir cada uno lo echará bien de ver, mayormente aún los domésticos de su casa, no le estando muy

sujetos; sino que, a cada ocasión, sus siervos y esclavos, sin algún respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado del plato.

Así, pues, se ha el alma en el cuerpo, pues cuando Dios le hace alguna merced de darle a gustas de algún bocado de los bienes y riquezas que le tiene aparejadas, luego se levanta en la parte sensitiva algún mal siervo de apetito, ahora un esclavo de desordenado movimiento, ahora otras rebeliones de esta parte inferior, a impedirle este bien.

En lo cual se siente el alma estar como en tierra de enemigos, y tiranizada entre extraños, y como muerta entre los muertos, y sintiendo bien lo que da a entender el profeta Baruch cuando encarece esta miseria en la cautividad de Jacob, diciendo:

¿Qué es la causa, oh Israel, para que estés en la tierra de los enemigos? Envejecístete en la tierra ajena, contaminástete con los muertos, y estimáronte con los que descienden al infierno. Quid est Israel quod in terra inimicorum es? Inveterasti in terra aliena, coinquinatus es cum mortuis: deputatus es cum descendentibus in infernum.

Y hiere más sintiendo este mísero trato que el alma padece de parte del cautiverio del cuerpo, cuando, hablando Jeremías con Israel, según el sentido espiritual, dice: Numquid servus est Israel, aut vernaculus? Quare ergo factus est praedam? Super eum rugierunt leones, et dederunt vocem suam;

¿por ventura Israel es siervo o esclavo, porque así esté preso? Sobre él rugieron los leones, etc. Entendiendo aquí por los leones los apetitos y rebeliones que decimos de este tirano rey de la sensualidad.

De lo cual, para mostrar el alma la molestia que recibe, y el deseo que tiene de que este reino de la sensualidad con todos sus ejércitos y

molestias se acabe ya o se le sujete del todo, levantando los ojos al Esposo, como quien lo ha de hacer todo, hablando contra los dichos movimientos y rebeliones, dice la canción siguiente:

## Canción decimoctava

¡Oh ninfas de Judea!

En tanto que en las flores y rosales

El ámbar perfumea,

Morá en los arrabales,

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Declaración.

En esta canción la esposa es la que habla, la cual, viéndose puesta según la porción superior espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en la seguridad y continua posesión de ellos, en la cual el Esposo la ha puesto en las dos canciones precedentes; viendo que de parte de la porción inferior, que es la sensualidad, se le podría impedir, y que de hecho impide y perturba tanto bien, pide a las operaciones y movimientos de esta porción inferior que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pase los límites de su región la sensual a molestar e inquietar la porción superior y espiritual del alma, porque no la impida, aun por algún mínimo movimiento, el bien y suavidad de que goza; porque los movimientos de la parte sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto más le molestan e inquietan, cuanto ellos tienen de más obra y viveza.

Dice, pues, así:

¡Oh ninfas de Judea!

Judea llama a la parte inferior del alma, que es la sensitiva. Y llámala Judea porque es flaca y carnal y de suyo ciega, como lo es la

gente judaica; y llama ninfas a todas las imaginaciones, fantasías y movimientos y aficiones de esta porción inferior.

A todas estas llama, ninfas, porque como las ninfas, con su afición y gracia atraen para sí a los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosa y porfiadamente procuran atraer a sí la voluntad de la parte racional, para sacarla de lo interior, a que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo también al entendimiento, y atrayéndole a que se case y junte con ellas en su bajo modo de sentido, procurando conformar y atraer la parte racional con la sensual.

Vosotras, pues, dice, oh sensuales operaciones y movimientos:

En tanto que en las flores y rosales.

Las flores, como habemos dicho, son las virtudes del alma, y los rosales son sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad; las cuales llevan en sí y crían flores de conceptos divinos y actos de amor y las dichas virtudes. En tanto, pues, que en estas virtudes y potencias del alma dichas

El ámbar perfumea.

Por el ámbar entiende aquí el divino Espíritu del Esposo que mora en el alma. Y perfumear este divino ámbar en las flores y rosales es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de divina suavidad.

En tanto, pues, que este divino Espíritu está dando suavidad espiritual a mi alma,

Morá en los arrabales.

En los arrabales de Judea, que decimos ser la porción inferior o sensitiva del alma.

Y los arrabales de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la memoria, fantasía e imaginativa, en las cuales se colocan y recogen las formas de imágenes y fantasmas de los objetos, por medio de las cuales la sensualidad mueve sus apetitos y codicias.

Y estas formas son las que aquí llama ninfas; las cuales, quietas y sosegadas, duermen también los apetitos. Éstas entran a éstos sus arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son ver, oír, oler, etc.

De manera que todas las potencias y sentidos, interiores o exteriores, de esta parte sensitiva las podemos llamar arrabales, porque son los barrios que están fuera de los muros de la ciudad; porque lo que se llama ciudad en el alma es allá lo de más adentro, conviene a saber, la parte racional, que tiene capacidad para comunicar con Dios, cuyas operaciones son contrarias a las de la sensualidad.

Pero, porque hay natural comunicación de la gente que mora en estos arrabales de la parte sensitiva (la cual gente es las ninfas que decimos) con la parte superior, que es la ciudad, de tal manera, que lo que se obra en esta parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior, y por consiguiente la hace advertir y desquietar de la obra y asistencia espiritual que tiene en Dios; por eso les dice que moren en sus arrabales, esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos interiores y exteriores.

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Esto es, ni aun por primeros movimientos toquéis a la parte superior; porque los primeros movimientos del alma son las entradas y umbrales para entrar en el alma, y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar a los umbrales o llamar a la puerta; lo cual se hace cuando hay acometimientos a la razón de parte de la sensualidad para algún acto desordenado, pues no sola-

mente dice el alma aquí que éstos no le toquen, pero aun las advertencias que no hacen a la quietud y bien de que goza no ha de haber.

Declaración.

Anotación de la canción siguiente.

Está el alma tan hecha enemiga en este estado de la parte inferior y de sus operaciones, que no querría que le comunicase Dios nada de lo espiritual, cuando lo comunica a la parte superior; porque ha de ser muy poco, o no lo ha poder sufrir, por la flaqueza de su condición, sin que desfallezca el natural, y por consiguiente padezca y se aflija el espíritu; y así, no lo pueda gozar en paz.

Porque, como dice el Sabio, el cuerpo agrava el alma, porque se corrompe; Corpus enim quod corrumpitur aggravat animam. Y como el alma desea las más altas y excelentes comunicaciones de Dios, y éstas no las puede recibir en compañía de la parte sensitiva, desea que Dios se las haga sin ella.

Porque aquella alta visión que vio San Pablo, del tercer cielo, en que dice que vio a Dios, dice él mismo que no sabe si la recibió en el cuerpo o fuera de él; pero, de cualquiera manera que fuese, fue sin el cuerpo, porque si él participara no lo pudiera dejar de saber, ni la visión pudiera ser tan alta como él dice, diciendo que oyó tan secretas palabras, que no es lícito al hombre hablarlas.

Por eso, sabiendo también el alma que mercedes tan grandes se pueden recibir en vaso tan estrecho, deseando que se las haga el Esposo fuera de él, o a lo menos sin él hablando con él mismo, se lo pide en esta canción.

## Canción decimonovena

Escóndete, Carillo,

Y mira con tu haz a las montañas,

Y no quieras decillo;

Mas mira las compañas

De la que va por ínsulas extrañas.

Declaración.

Cuatro cosas pide el alma esposa en esta canción al Esposo: la primera, que sea servido de comunicársele muy adentro en lo escondido de su alma; la segunda, que embista e informe sus potencias con la gloria y excelencia de su divinidad; la tercera, que sea esto tan alta y profundamente, que no se sepa ni quiera decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva; la cuarta, que se enamore de las muchas virtudes y gracias que él ha puesto en ella, con que va ella acompañada y sube a Dios con muy altas y levantadas noticias de la divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener; y así, dice:

Escóndete, Carillo.

Como si dijera: Querido Esposo mío, escóndete en lo más interior de mi alma, comunicándole a ella escondidamente y manifestándole tus escondidas maravillas, ajenas de todos los ojos mortales.

Y mira con tu haz a las montañas.

La haz de Dios es su divinidad, y las montañas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; y así, es como si dijera: embiste con tu divinidad en mi entendimiento dándole inteligencias

divinas, y en mi voluntad dándole y comunicándole el divino amor, pide el alma todo lo que se puede pedir; porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés, que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios que es comunicación esencial de la divinidad, sin otro algún medio en el alma, por cierto conocimiento de ella en la divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes, por cuanto es toque de sustancias desnudas; es a saber, del alma y divinidad.

Y por eso dice luego: Y no quieras decillo.

Es a saber, que «no quieras decillo» como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacías eran de manera que las decías a los sentidos exteriores, por ser cosas de que ellos eran capaces, porque no eran tan altas y profundas que no pudiesen ellos alcanzarlas; mas ahora sean tan subidas y sustanciales estas comunicaciones, y tan de adentro, que no se les diga a ellos nada, esto es, que no las puedan ellos alcanzar a saber; porque la sustancia del espíritu no se puede comunicar al sentido, y todo lo que se comunica al sentido, mayormente en esta vida, no puede ser puro espíritu, por no ser él capaz de ello.

Deseando, pues, el alma aquí esta comunicación de Dios tan sustancial y esencial que no cae en sentido, pide al Esposo, que «no quiera decillo», que es como decir:

Sea de manera la profundidad de este escondrijo de unión espiritual, que el sentido ni lo acierte a decir ni a sentir, siendo como los secretos que oyó San Pablo, que no era lícito al hombre decirlos.

Mas mira las compañas.

El mirar de Dios es amar y hacer mercedes, y las compañas que aquí dice el alma que mire Dios son la multitud de virtudes y dones y

perfecciones y otras riquezas espirituales que él ha puesto ya en ella como arras y prendas y joyas de desposado; y así, es como si dijera:

Mas antes conviértete, Amado, a lo interior de mi alma, enamorándote del acompañamiento de riquezas que has puesto en ella, para que, enamorado de ellas, en ella te escondas y en ella te detengas; pues que es verdad que, aunque son tuyas, ya por habérselas tú dado también son

De la que va por ínsulas extrañas.

Es a saber, de mi alma, que va a ti por extrañas noticias de ti, y por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos y del común conocimiento natural; y así, es como si dijera, queriéndole obligar:

Pues va mi alma a ti por noticias espirituales, extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate tú a ella también en tan interior y subido grado que sea ajena de todos ellos.

Anotación para las canciones siguientes.

Para llegar a tan alto estado de perfección como aquí el alma pretende, que es el matrimonio espiritual, no sólo no le basta estar limpia y purificada de todas las imperfecciones y rebeliones y hábitos imperfectos de la parte inferior, en que, desnudado el viejo hombre, está ya sujeta y rendida a la superior, sino que también ha menester grande fortaleza y muy subido amor para tan fuerte y estrecho abrazo de Dios; porque, no solamente en este estado consigne el alma muy alta pureza y hermosura, sino también terrible fortaleza por razón del estrecho y fuerte nudo que por medio de esta unión entre Dios y el alma se da.

Por lo cual, para venir a él, ha menester ella estar en el punto de pureza, fortaleza y amor competente; que por eso, deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el

alma llegase a tener estas partes para merecello, hablando con el Padre y con el Hijo en los Cantares, dijo:

¿Qué haremos a nuestra hermana en el día que ha de salir a vistas y hablar? Porque es pequeñuela y no tiene crecidos los pechos. Si ella es muro, edifiquemos sobre él fuerzas y defensas plateadas, y si es puerta, guarnezcámosla con tablas cedrinas: Soror nostra parva et ubera non habet.

Quid faciemus sorori nostrae in die quando alloquenda est? Si murus est, aedificemus super eum propugnacula argentea: si ostium est, compingamus illud tabulis cedrinis.

Entendiendo aquí por las fuerzas y defensas plateadas las virtudes fuertes heroicas envueltas en fe, que por la plata es significada; las cuales virtudes heroicas son ya las del matrimonio espiritual, que asientan sobre el alma fuerte, que es aquí significada por el muro, en cuya fortaleza ha de reposar el pacífico Esposo, sin que le perturbe alguna flaqueza; y entendiendo por las tablas cedrinas las aficiones y accidentes del alto amor, el cual es significado por el cedro, y éste es el amor del matrimonio espiritual; y para guarnecer con él a la esposa, es menester que ella sea puerta, es a saber, para que entre el Esposo, y teniendo ella abierta la puerta de la voluntad para él por entero y verdadero sí de amor, que es el sí del desposorio, que está dado antes del matrimonio espiritual.

Entendiendo también por los pechos de la esposa ese mismo amor perfecto que le conviene tener, para parecer delante del Esposo, Cristo, para consumación del tal estado.

Pero dice allí el texto que respondió luego la esposa, con el deseo que tenía de salir a estas vistas, diciendo Yo soy muro, y mis pechos son como una torre; Ego murus; et ubera mea sicut turris. Que es como decir:

Mi alma es fuerte y mi amor muy alto, para que no quede por eso; lo cual también aquí el alma esposa, en el deseo que tiene de esta perfecta unión y transformación, ha ido dando a entender en las canciones precedentes, y especialmente en la que acabamos de declarar, en que pone al Esposo delante las virtudes, riquezas y disposiciones que de él tiene recibidas, para más le obligar.

Y por eso el Esposo, queriendo concluir con este negocio, dice las dos siguientes canciones, en que acaba de purificar al alma hacera fuerte y disponerla, así según la parte sensitiva como según la espiritual, para este estado; diciéndolas contra todas las contrariedades y rebeliones, así de la parte sensitiva como de parte del demonio.

## Canciones vigésima y vigésima primera

A las aves ligeras,

Leones, ciervos, gamos saltadores,

Montes, valles, riberas,

Aguas, aires, ardores,

Y miedos, de las noches veladores

Por las amenas liras

Y cantos de sirenas os conjuro

Que cesen vuestras iras,

Y no toquéis al muro,

Porque la esposa duerma más seguro.

Declaración.

En estas dos canciones pone el Esposo, Hijo de Dios, al alma esposa en posesión de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones, poniendo en razón las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos, según se contiene en las sobredichas dos canciones, cuyo sentido es el siguiente: primeramente, conjura el Esposo y manda a las inútiles digresiones de la fantasía e imaginativa que de aquí adelante cesen, y también pone en razón a las dos potencias naturales irascible y concupiscible, que antes algún tanto afligían al alma; y pone en perfección de sus objetos las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad, según se puede en esta vida.

Demás de esto, conjura y manda a las cuatro pasiones del alma, que son gozo, esperanza, dolor y temor, que ya de aquí adelante estén mitigadas y puestas en razón; todas las cuales dichas cosas son significadas por todos aquellos nombres que se ponen en la canción primera, cuyas molestas operaciones y movimientos hace el Esposo que ya cesen en el alma, por medio de la gran suavidad y deleite y fortaleza que ella posee en la comunicación y entrega espiritual que Dios le hace de sí en este tiempo; en la cual, porque Dios transforma vívamente al alma en sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfección natural y se mudan en divinos.

Y dice así: A las aves ligeras.

Llama aves ligeras a las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sutiles en volar a una parte y a otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor y apagarle el gusto con sus vuelos sutiles; a las cuales dice el Esposo que las conjura por las amenas liras, etc.

Esto es, que, pues ya la suavidad de deleite del alma es tan abundante y frecuente, que ellas no le podrán impedir, como antes solían, por no haber llegado a tanto que cesen sus inquietos bullicios, ímpetus y excesos; lo cual se ha de entender así en las demás partes que habemos declarado, como son:

Leones, ciervos, gamos saltadores.

Por los leones entiende las acrimonías e ímpetus de la potencia irascible, por ser como osada y atrevida en sus actos, como los leones; y por los ciervos y gamos saltadores entiende la concupiscible, que es la potencia de apetecer, la cual tiene dos afectos: el uno de cobardía y el otro de osadía; el de cobardía ejercita cuando no halla las cosas para sí convenientes, que entonces se encoge, retira y acobarda, en lo cual es compasada a los ciervos; porque, así como tienen esta poten-

cia más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos.

El afecto de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí, porque entonces no se encoge ni acobarda, sino atrévese a apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos; y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia a los gamos, los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que, no sólo van a ello corriendo, mas aun saltando, y por eso los llama aquí saltadores.

De manera que en conjurar aquí los leones, pone rienda a los ímpetus y excesos de la ira, y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían, y en conjurar los gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro, para satisfacer a la concupiscencia, la cual está ya satisfecha por las amenas liras, de cuya suavidad goza, y por el canto de sirenas, en cuyo deleite se apacienta.

Y es de notar que no conjura el Esposo aquí a la ira y concupiscencia, porque estas potencias nunca faltan en el alma, sino a los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos y gamos saltadores; porque éstos, en este estado, es necesario que salten.

Montes, valles, riberas.

Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad; los cuales actos son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos o en extremo bajos y remisos, o cuando no lo sean en extremo, declinan hacia uno de los dos extremos.

Y así, por los montes, que son muy altos, son significados los actos extremados que son en demasía; y por los valles que son muy bajos,

se significan los actos de estas tres potencias, extremados en menos de lo que conviene.

Y por las riberas, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que, por no ser muy llanas, participan algo del un extremo y del otro, son significados los actos de las potencias cuando exceden o faltan algo del medio y llano de lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados, como lo serían en llegando a pecado mortal, todavía lo son en parte, tocando a venial o imperfección, por mínima que sea, en el entendimiento, memoria y voluntad.

A todos estos actos excesivos de lo justo conjura también que cesen por las amenas liras y cantos dichos; los cuales tienen puestas a las tres potencias del alma tan en su punto de efecto, que están tan empleadas en la justa operación que les pertenece, que, no sólo no es lo extremo, pero ni aun parte de él participan en ninguna cosa.

Aguas, aires, ardores,

Y miedos, de las noches veladores.

También por estas cuatro cosas significa las aficiones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor. Por las aguas se entienden las aficiones del dolor que afligen al alma, porque así como agua se entran en ella; de donde David, hablando con Dios de ellas, dice:

Salvum me fac Deus quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam; «Sálvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma». Por los aires entienden las afecciones de la esperanza, porque así como aire vuelan a desear lo ausente; que se espera como el mismo David lo dijo:

Os meum aperui, et attraxi Spiritum: quid mandata tua desiderabam; como si dijera: Abrí la boca de mi esperanza y atraje el aire de mi deseo, porque esperaba y deseaba tus mandamientos.

Por los ardores se entienden las afecciones de la pasión del gozo, las cuales inflaman el corazón a manera del fuego; por lo cual el mismo David dice: Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis: que quiere decir:

Dentro de mí se calentó mi corazón, y en mi meditación se encenderá fuego. Que es tanto como decir: En mi meditación se encenderá el gozo.

Por los miedos, de las noches veladores, se entienden las afecciones de la otra pasión, que es el temor, las cuales en los espirituales que aún no han llegado a este estado del matrimonio espiritual de que vamos hablando, suelen ser muy grandes a veces de parte de Dios al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como habemos dicho arriba, que le suele hacer temor en el espíritu y pavor, y encogimiento de la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perficionado el natural, y habituado a aquellas mercedes, a veces también de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirle aquel bien, y a veces como amenazándole allá en el espíritu; y cuando ve que no puede llegar al interior del alma, por estar muy recogida y unida con Dios, a lo menos procura por de fuera en la parte sensitiva poner distración y variedad, y aprietos y dolores y horror al sentido, a ver si por este medio puede inquietar a la esposa de su tálamo.

Y llamolos miedos de las noches por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma, por escurecerle la divina luz de que goza.

Y llama veladores a estos temores porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior, y también porque los demonios, que los causan, están siempre velando por ponellos.

Estos temores que pasivamente de parte de Dios hay, o del demonio, como he bicho, se inhieren al alma, digo en el espíritu, de los que son ya espirituales. Y no trato aquí de otros temores temporales o naturales, porque tenerlos no es de gente espiritual, como lo es tener los otros temores ya dichos.

Pues a todas estas cuatro maneras de afecciones de las cuatro pasiones del alma conjura también el Amado, haciéndolas cesar y sosegar, por cuanto él da ya en este estado a su esposa caudal y fuerza y satisfacción en las amenas liras de su suavidad y canto de sirenas de su deleite, para que, no sólo no reinen en ella, pero ni en algún tanto le puedan dar sinsabor; porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos o ajenos, que es lo que más suelen sentir los espirituales, aunque los estiman, no les hacen dolor ni sentimiento congojoso, y aun la compasión, que es el sentimiento de ellos, no le tienen, aunque tienen las obras y la perfección de ella.

Porque aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas.

Porque, a modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia sin sentimiento de compasión, le acaece al alma en esta transformación de amor.

Aunque algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole a sentir cosas y a padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, o por otros respectos, como hizo con su madre Virgen y con San Pablo y otros; pero el estado de suyo no lo lleva.

En los deseos de la esperanza tampoco se aflige; porque, estando ya satisfecha con esta unión de Dios, cuanto en esta vida puede, ni cerca del mundo tiene qué esperar, ni acerca de lo espiritual qué

desear, pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios, aunque puede crecer en caridad; y así, en el morir y en vivir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios, diciendo, según la parte sensitiva y espiritual:

Fiat voluntas tua, sin ímpetu de otra gana y apetito; y así, el deseo que tiene de ver a Dios es sin pena.

También las afecciones del gozo, que en el alma solían hacer sentimiento de más o menos, no echa de ver mengua en ellas, ni le hace novedad la abundancia, porque es tanta la abundancia que ella ordinariamente goza, que es a manera de la mar, que ni mengua por los ríos que de ella salen, ni crece por los que en ella entran; porque esta alma es en la que está hecha esta fuente de que dice Cristo, por San Juan, que su agua salta hasta la vida eterna.

Y porque he dicho que esta tal alma no recibe novedad en este estado de transformación, en lo cual parece que le quitó los gozos accidentarios, que aun en los glorificados no faltan; es a saber, que aunque a esta alma no le faltan estos gozos y suavidades accidentarias, porque antes las que ordinariamente tiene son sin cuento, no por eso en lo que es sustancial comunicación de espíritu se le aumenta nada de este gozo; porque, todo lo que de nuevo le puede venir, ya ella se lo tenía; y así, es más lo que en sí tiene que lo que de nuevo le viene; de donde, todas las veces que a esta alma se le ofrecen cosas de gozo y de alegría exteriores o espirituales interiores, luego se convierte a gozar las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas que en las que de nuevo le vienen, porque tiene en alguna manera la propiedad de Dios en esto; el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en sí mismo, porque tiene él en sí eminente bien sobre todas ellas.

Y así, todas las novedades que a esta alma acaecen de gozos y gustos, más le sirven de recuerdos para que se deleite en lo que ya tienen

y siente en sí, que en las mismas novedades; porque, como digo, es más que ellas.

Y cosa natural es que cuando una cosa da gozo y contento al alma, si tiene otra que más estime y más gusto le dé, luego se acuerda de aquélla, y asienta su gusto y gozo en ella.

Y así, es tan poco lo accidentario de estas novedades espirituales, y lo que ponen de nuevo en el alma en comparación de lo sustancial que ella ya en sí tiene, que no podemos decir nada; porque el alma que ha llegado a este cumplimiento de transformación en que está toda crecida, no va creciendo en cuanto al estado con las novedades espirituales, como las que no han llegado a él; pero es cosa admirable de ver que, con no recibir esta alma novedad de deleite, siempre le parece que las recibe de nuevo, y también que se las tenía.

La razón es, porque siempre las gusta de nuevo, por ser su bien siempre nuevo; y así, le parece que recibe siempre novedades sin haber menester recibirlas.

Pero, si quisiésemos hablar de la iluminación de gloria que en este ordinario abrazo que tiene dado al alma algunas veces hace Dios en ella, que es cierta conversación espiritual, en que le hace ver y gozar en junto este abismo de deleites y riquezas que ha puesto en ella, nada se podría decir que declarase algo de ello; porque, a manera del sol, cuando de lleno embiste la mar, esclarece hasta los profundos senos y cavernas, y parecen las perlas y venas riquísimas de oro y otros minerales preciosos; así este divino sol del Esposo, convirtiéndose a la esposa, saca de manera a luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella, y dicen aquello de los Cantares:

¿Quién es ésta que procede como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible y ordenada como las haces de los ejércitos? Quae est ista, quae progeditur quasi aurora

consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

En la cual iluminación, aunque es de tanta excelencia, no se le acrecienta nada a la tal alma, sino sólo sacarla a luz a que goce lo que antes tenía.

Finalmente, ni los miedos, de las noches veladores, llegan a ella, estando ya tan clara y tan fuerte, y reposando tan de asiento en Dios, que ni la pueden obscurecer los demonios con sus tinieblas ni atemorizar con sus terrores ni recordar con sus ímpetus; y así, ninguna cosa le puede llegar ni molestar, habiéndose ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde goza de toda paz, y de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida; porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio:

Secura mens quasi juge convivium; es a saber: «El alma tranquila y sosegada es como un convite continuo».

Porque, así como en un convite hay sabor de todos manjares y suavidad de todas las músicas, así el alma, en este convite que ya tiene en el pecho de su Esposo, goza de todo deleite y gusta de toda suavidad.

Y es tan poco lo que habemos dicho de lo que aquí pasa, y lo que se puede decir con palabras, que siempre se diría lo menos que pasa por el alma que llega a este dichoso estado; porque, si el alma atina a dar en la paz de Dios, que, como dice San Pablo, sobrepuja todo sentido, quedara todo sentido corto y mudo para hablar en ella.

Por las amenas liras

Y canto de sirenas os conjuro.

Ya habemos dado a entender que por las amenas liras entiende aquí el Esposo la suavidad que de sí da al alma en este estado, por la cual hace cesar todas las molestias que habemos dicho en ella; porque, así como la música de las liras llena el alma de suavidad y re-

creación, y la embebe y suspende de manera que la tiene ajenada de sinsabores y penas, así esta suavidad tiene al alma tan en sí, que ninguna cosa penosa le llega.

Y así, es como si dijera: Por la suavidad que yo pongo en el alma cesen todas las cosas no suaves al alma. También se ha dicho que el canto de sirenas significa el deleite ordinario que el alma posee.

Y llama a este deleite canto de sirenas porque, así como, según dicen, el canto de las sirenas es tan sabroso y deleitoso, que al que lo oye, de tal manera lo arroba y enamora, que le hace, como trasportado, olvidar de todas las cosas, así el deleite de esta unión de tal manera absorbe el alma en sí y la recrea, que la pone como encantada a todas las molestias y turbaciones de las cosas ya dichas, las cuales son entendidas en este verso:

Y cesen vuestras iras.

Llamando iras a las dichas turbaciones y molestias de las afecciones y operaciones desordenadas que habemos dicho; porque, así como la ira es cierto ímpetu que turba la paz saliendo de los límites de ella, así todas las afecciones ya dichas, con sus movimientos, exceden el límite de la paz y tranquilidad del alma, desquietándola cuando la tocan, y por eso dice:

Y no toquéis al muro.

Entendiendo por el muro el cerco de paz y vallado de virtudes y perfecciones con que la misma alma está cercada y guardada; siendo ella el huerto que arriba ha dicho, donde su Amado pace las flores, cercado y guardado solamente para él; por lo cual la llama en los Cantares huerto cercado, diciendo:

Mi hermana es huerto cercado; Hortus conclusus soror mea sponsa. Y así, dice aquí que ni aun a la cerca y muro de éste su huerto le toquen,

Porque la Esposa duerma más seguro.

Es a saber, porque más a sabor se deleite de la quietud y suavidad que goza en el Amado.

Donde es de saber que ya aquí para el alma no hay puerta cerrada, sino que en su mano está gozar cada y cuando que quiere de este suave sueño de amor; según lo da a entender el Esposo en los Cantares, diciendo:

Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no recordéis ni hagáis velar a la amada hasta que ella quiera; Adjuro vos filiae Jerusalem por capreas, cervosque camporum, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit.

Anotación de la canción siguiente.

Tanto era el deseo que el esposo tenía de acabar de rescatar y libertar ésa su esposa de las manos de la sensualidad y del demonio, que ya que hasta aquí lo ha hecho, como se ha visto ahora también, de la manera que el buen pastor se goza con la oveja sobre sus hombros, que había perdido y buscado por muchos rodeos.

Y como la mujer se alegra con la dracma en las manos, que para hallarla había encendido la candela y trastornado toda la casa, llamando a sus amigas y vecinas y regraciándose con ellas, diciendo:

Alegraos conmigo, etc.; así a este amoroso pastor y Esposo del alma es admirable cosa de ver el placer que tiene y gozo de ver al alma ya así ganada, perficionada, puesta en sus hombros y asida con sus manos en esta deseada junta y unión.

Y no sólo en sí se goza, sino que también hace participantes a los ángeles y almas santas de su gloria, diciendo, como en los Cantares:

Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría

de su corazón;

Egredemini, et videte filiae Sion Regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die letitiae cordis ejus. Llamando al alma en estas dichas palabras su corona, su esposa y la alegría de su corazón, trayéndola en sus brazos y procediendo con ella como esposo en su tálamo.

Todo lo cual da a entender en la siguiente canción.

## Canción vigésima segunda

Entrádose ha la esposa

En el ameno huerto deseado,

Y a su sabor reposa,

El cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del Amado.

Declaración.

Habiendo ya la esposa puesto diligencia en que las raposas se cazasen y el cierzo se fuese y las ninfas se sosegasen, que eran estorbos e inconvenientes que impedían el deseado deleite del estado del matrimonio espiritual, y también habiendo invocado y alcanzado el aire del Espíritu Santo, como ha dicho en las precedentes canciones, el cual es la propia disposición e instrumento para la perfección del tal estado, resta ahora tratar de él en esta canción, en que habla el Esposo, llamando ya esposa al alma, y dice dos cosas.

La una es decir cómo, después de haber salido victoriosa, ha llegado a este estado deleitoso del matrimonio espiritual, que él y ella tanto habían deseado.

Y la segunda es contar las propiedades de dicho estado, de las cuales ya el alma goza en él; como son reposar su sabor y tener el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado, según ahora iremos declarando.

Entrádose ha la esposa.

Para declarar el orden de estas canciones más distintamente, y dar a entender el que ordinariamente lleva el alma, hasta llegar a este es-

tado de matrimonio espiritual, que es el más alto de que ahora, con el favor divino, se ejercita en los trabajos y amarguras de la mortificación y en la meditación de las cosas espirituales, que al principio dijo el alma desde la primera canción hasta aquélla que dice:

Mil gracias derramando.

Y después entra en la vida contemplativa, en que pasa por las vías y estrechos de amor que en el progreso de las canciones ha ido contando, hasta la que dice:

Apártalos, Amado.

En que se hizo el desposorio espiritual. Y demás de esto, va por la vía unitiva, en la que recibe muchas y muy grandes comunicaciones, vistas, joyas y dones del Esposo, bien así como a desposada, y se va enterando y perficionando en el amor, como ha contado desde la dicha canción, que comienza:

«Apártalos, amado»; donde se hizo el desposorio, hasta ésta de ahora, que comienza:

Entrádose ha la esposa.

Donde restaba ya hacerse el matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios; el cual es mucho más, sin comparación, que el desposorio espiritual, porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina, y Dios por participación cuanto se puede en esta vida.

Y así, pienso que este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia; porque se confirma la fe de ambas partes, confirmándose aquí la de Dios en el alma; de donde éste es el más alto estado a que en esta vida se puede llegar; porque, así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne, como dice

la divina Escritura, así también, consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor, según lo dice San Pablo, trayendo esta misma comparación, diciendo:

El que se junta al Señor, un espíritu se hace con él; Qui autem adhaeret Domino, unus spiritus est.

Bien así como cuando la luz de una estrella o de una candela se junta y une con la del sol, que ya quien luce no es la estrella ni la candela, sino el sol, teniendo en sí difundidas las otras luces. Y de este estado habla el Esposo en el presente verso, diciendo:

«Entrádose ha la Esposa»; es a saber, de todo lo temporal, y de la natural, y de las afecciones, modos y maneras espirituales; dejadas aparte y olvidadas todas las tentaciones, turbaciones, penas, solicitud y cuidados, transformada en este alto abrazo; por lo cual se sigue el verso siguiente:

En el ameno huerto deseado.

Y es como si dijera: Transformádose ha en su Dios, que es el que aquí llama huerto ameno, por el deleitoso y suave asiento que halla el alma en él; a este huerto de llena transformación, el cual es ya gozo, deleite y gloria de matrimonio espiritual, no se viene sin pasar primero por el desposorio espiritual, y por el amor ideal y común de desposados; porque, después de haber sido el alma algún tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto suyo florido a consumar este estado felicísimo del matrimonio consigo; en el cual se hace tal junta de las dos naturalezas y tal comunicación de la divina a la humana, que, no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios; aunque en esta vida no puede ser perfectamente, aunque es sobre todo lo que se puede decir ni pensar.

Esto da muy bien a entender el mismo Esposo en los Cantares, donde convida al alma, hecha ya esposa, a este estado, diciendo: Veni in hortum meum soror mea sponsa, mesui myrram meam cum aromatibus meis; que quiere decir:

Ven y entra en mi huerto, hermana mía, esposa, que ya he segado mi mirra con mis especies aromáticas olorosas.

Llámala hermana y esposa porque ya lo era en el amor y entrega que le había hecho de sí antes que la llamase a este estado de matrimonio espiritual donde dice que tiene ya segada su olorosa mirra y especies aromáticas, que son los frutos de las flores ya maduros y aparejados para el alma; los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí le comunica, esto es, en sí mismo a ella, y por eso es el ameno y deseado huerto para ella; porque todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella es la consumación y perfección de este estado; por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar a él, porque halla en él mucha más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad, sin comparación, que en el desposorio espiritual.

Bien así como ya colocada en los brazos de tal esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual, que verdaderamente es abrazo, por medio del cual vive el alma vida de Dios; porque en ella se verifica lo que dice san Pablo:

Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus;

«Vivo yo, mas ya no yo, porque vive Christo en mí»; por tanto, viviendo el alma aquí vida tan feliz y gloriosa como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida será ésta tan sabrosa que vive en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, así ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma transformada en él; y por eso se sigue el verso siguiente:

Y a su sabor reposa,

El cuello reclinado.

El cuello significa aquí la fortaleza del alma, mediante la cual, como habemos dicho, se hace esta junta y unión entre ella y el Esposo; porque no podría el alma sufrir tan estrecho si no estuviese ya muy fuerte; y porque en esta fortaleza trabajó el alma y obró las virtudes y venció los vicios, justo es que en aquello que venció y trabajó repose el cuello reclinado.

Sobre los dulces brazos del Amado.

Reclinar el cuello en los brazos de Dios es tener ya unida su fortaleza, o por mejor decir, su flaqueza, en la fortaleza de Dios, en que, reclinada y transformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios; de donde muy cómodamente se denota este estado de matrimonio espiritual por esta reclinación del cuello en los dulces brazos del Amado; porque ya Dios es la fortaleza y dulzura del alma, en que está guarecida y amparada de todos los males, y saboreada en todos los bienes.

Por tanto, la Esposa en los Cantares, deseando este estado dijo al Esposo: Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?

«¿Quién te me diese, hermano mío, que mamases en los pechos de mi madre de manera que te hallase yo solo afuera y te besase, y ya no me despreciase nadie?».

En llamarle hermano de amor entre los dos antes de llegar a este estado; en lo que dice, que mamases los pechos de mi madre, quiere decir, que enjugases y acabases en mí los apetitos y pasiones, que son los pechos de la leche de nuestra madre Eva en nuestra carne; los cuales son impedimento para este estado; y así, esto hecho, te hallase yo solo afuera; esto es, fuera yo de todas las cosas y de mí misma, en

soledad y desnudez de espíritu, la cual viene a ser enjugados los apetitos ya dichos; y allí te besase sola a ti solo; es a saber, se uniese mi naturaleza, ya sola y desnuda de toda impureza natural, temporal y espiritual, contigo solo; esto es, con tu sola naturaleza, sin otro algún medio fuera del amor; lo cual sólo es en el matrimonio espiritual, que es el beso del alma a Dios, donde no la desprecia ni se le atreve ninguno; porque en este estado, ni demonio ni carne ni mundo ni apetitos molestan; porque aquí se cumple lo que también se dice en los Cantares:

«Ya pasó el invierno y se fue la lluvia y parecieron las flores en nuestra tierra»; Jam enim hiems transit, imber abiit, et recesit. Flores apparuerunt in terra nostra.

Anotación de la canción siguiente.

En este alto estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos, como a su fiel consorte; porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama; y así, le comunica principalmente dulces misterios de su encarnación y los modos y maneras de la redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así es más sabrosa para el alma; por lo cual, aunque le comunica otros muchos misterios, sólo hace mención el Esposo en la canción siguiente de la encarnación, como el más principal de todos; y así, hablando con ella, le dice estas palabras:

## Canción vigésima tercera

Debajo del manzano

Allí conmigo fuiste desposada

Allí te di la mano,

Y fuiste reparada

Donde tu madre fuera violada.

Declaración.

Declara el Esposo al alma en esta canción la admirable manera y traza que tuvo en redimirla y desposarla consigo, con aquellos mismos términos que la naturaleza humana fue estragada y perdida, diciendo que, así como por medio del árbol vedado en el paraíso fue perdida y estragada en la naturaleza humana por Adán, así en el árbol de la cruz fue redimida y reparada por él, dándole allí la mano de su favor y misericordia por medio de su muerte y pasión, alzando las treguas que por el pecado original había entre el hombre y Dios.

Y así, dice:

Debajo del manzano.

Esto es, debajo del favor del árbol de la cruz, que aquí es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios consiguió victoria, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguientemente a cada alma, dándole él gracia y prendas en la cruz; y así, dice:

Allí conmigo fuiste desposado,

Allí te di la mano.

Conviene a saber, de mi favor y ayuda, levantándote de miserable y bajo estado en mi compañía y desposorio.

Y fuiste reparada

Donde tu madre fuera violada.

Porque tu madre, la naturaleza humana, fue violada en sus primeros padres debajo del árbol, y tú allí también debajo del árbol de la cruz fuiste reparada; de manera que si tu madre debajo del árbol te dio muerte, yo debajo del árbol de la cruz te dí la vida; y a este modo le va Dios descubriendo las órdenes y disposiciones de su sabiduría, como sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fue causado de mal ordenallo a mayor bien.

Lo que en esta canción se contiene a la letra dice el mismo Esposo a la Esposa en los Cantares, diciendo: Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua; que quiere decir:

Debajo del manzano te levanté; allí fue tu madre estragada, allí la que te engendró fue violada.

Este desposorio que se hizo en la cruz no es del que ahora vamos hablando; porque aquel hízose de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en el bautismo con cada alma; mas éste es por vía de perfección, que no se hace sino muy poco a poco por sus términos; que, aunque es todo uno, la diferencia es, que éste se hace al paso del alma, y así va poco a poco; y el otro se hace al paso de Dios, y así se hace de una vez; y éste de que vamos hablando es el que dio Dios a entender por Ecequiel, hablando con el alma en esta manera:

Estabas arrojada sobre la tierra, en desprecio de tu ánima, el día que naciste; y pasando por ti, te vi pisada en tu sangre, y te dije: como estuvieses en tu sangre, vive; y te puse tan multiplicada como la yerba del campo; y te multiplicaste y hicístete grande, y entraste y llegaste hasta la grandeza de mujer; y crecieron tus pechos y multiplicáronse tus cabellos, y estabas desnuda y llena de confusión; y pasé por ti y

miréte, y vi que tu tiempo era tiempo de amantes; y tendí sobre ti mi mano y cubrí tu ignominia, o hícete juramento y entré contigo en pacto, e hícete mía; y lavéte con agua, y limpié la sangre que tenías; y te ungí con óleo, y te vestí de colores, y te calcé de jacinto, y ceñite de holanda y te vestí de subtilezas; y adornéte con ornato, puse manillas en tus manos y collar en tu cuello; y sobre tu boca un zarcillo, y en tus orejas cerquillo, y corona de hermosura sobre tu cabeza; y fuiste adornada con oro y plata, y vestida de holanda y sedas labradas de muchos colores; pan muy esmerado y miel y óleo comiste, y te hiciste de vehemente hermosura, y llegaste hasta reinar y ser reina; y divulgose tu nombre entre las gentes por tu hermosura;

Projecta est super faciem terrae in abjectiono animae tuae, in die qua nata est. Transiens autem por te, vidi te conculcari in sanguine tuo. Et dixi tibi cum esses in sanguino tuo: vive. Dixi, inquam, tibi: in sanguine tuo vive.

Multiplicatam quasi germen agri dedi te: et multiplicata es, et grandis effecta, et ingressa es, et pervenisti ad mundum muliebrem: ubera tua intumuerunt, et pilus tuus germinavit: et eras nuda et confusione plena.

Et transivi per te, et vidi te: et ecce tempus tuum, tempus amantium: et expandi amictum meum super te, et operui ignominiam tuam. Et juravi tibi, et ingressus sum pactum tecum: ait Dominus Deus: et facta es mihi. Et lavi te aqua, et emundavi sanguinem tuum ex te: et unxi te oleo.

Et vestivi te discoloribus, et calceavi te janthino, et cinxi te byso, et indui te subtilibus. Et ornavi te ornamento, et dedi armillas in manibus tuis, et torquem circa collum tuum. Et dedi in aurem super os tuum, et circulos auribus tuis, et coronam decoris in capite tuo.

Et ornata es auro, et argento, et vestita es bysso, et polymito, et multi coloribus: similam, et mel, et oleum comedisti, et decora facta es

vehementer nimis: et profecisti in regnum. Et egressum est nomen tuum in gentes propter speciem tuam. Hasta aquí son palabras de Ecequiel.

Y de este talle está el alma de que aquí vamos hablando.

Anotación de la canción siguiente.

Mas, después de esta sabrosa entrega de la esposa y el Amado, lo que luego inmediatamente se sigue es el lecho de entrambos; en el cual muy más de asiento gusta ella de los dichos deleites del Esposo; y así, en la siguiente canción trata del lecho de él y de ella; el cual es divino, puro y casto, en que el alma está pura, divina y casta; porque el lecho no es otra cosa que su mismo Esposo, el Verbo, Hijo de Dios, como luego se dirá, en el cual ella, por medio de la dicha unión de amor, se recuesta, al cual lecho ella llama florido, porque su Esposo, no sólo es florido, sino, como él mismo dice de sí en los Cantares, es la misma flor del campo y el lirio de los valles:

Ego flos campi, et lilium convalium. Y así, el alma, no sólo se acuesta en el lecho florido, sino en la misma flor, que es el Hijo de Dios, la cual en sí tiene divino olor y fragancia y gracia y hermosura; como él también lo dice por David, diciendo: Pulchritudo agri mecum est;

«La hermosura del campo está conmigo». Por lo cual canta el alma las propiedades y gracias de su lecho, y dice:

## Canción vigésima cuarta

Nuestro lecho florido,

De cuevas de leones enlazado,

En púrpura tendido,

De paz edificado,

De mil escudos de oro coronado.

Declaración.

En las dos canciones pasadas, conviene saber, catorce y quince, ha cantado el alma esposa las gracias y grandezas de su Amado, el Hijo de Dios. Y en ésta, no sólo las va prosiguiendo, mas también canta el felice y alto estado en que se ve puesta, y la seguridad de él.

Y lo tercero, las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de su Esposo. Porque dice estar ya ella en unión con Dios, teniendo las virtudes en fortaleza. Lo cuarto, porque tiene ya perfección de amor.

Lo quinto, porque tiene paz espiritual cumplida, y que toda ella está hermoseada y enriquecida con dones y virtudes, como se pueden en esta vida poseer y gozar, según se irá diciendo en los versos. Lo primero, pues, que canta es el deleite que goza en la unión del Amado, diciendo:

Nuestro lecho florido.

Ya habemos dicho que este lecho del alma es el pecho y amor del Esposo, Hijo de Dios, el cual está florido para el alma; porque, estando ella unida ya y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado; lo cual es comunicársele la sabiduría y secretos

y gracias y virtudes y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermoseada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de pariedad de suaves flores divinas, que con su toque la deleitan y con su olor la recrean.

Por lo cual llama ella muy propiamente a esta junta de amor con Dios lecho florido; porque así le llama la Esposa hablando con el Esposo en los Cantares: Lectulus noster floridus.

Llámale nuestro porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene a saber, del Amado, son ya de entrambos, y de entrambos un mismo deleite, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es a saber: Delitiae meae esse cum filiis hominum; «Mis deleites son con los hijos de los hombres».

Llámale también florido porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y heroicas; lo cual aún no había podido ser hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios. Y así, canta luego lo segundo en el verso siguiente:

De cuevas de leones enlazado.

Entendiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en este estado de unión con Dios.

La razón es porque las cuevas de los leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque, temiendo ellos la osadía y fortaleza del león que está dentro, no sólo no se atreven a entrar, mas ni aun junto a ella osan pararse; y así, cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de leones para ella, en la cual mora y asiste el Esposo, Cristo, unido con el alma en aquella virtud y en cada una de las demás, como fuerte león.

Y la misma alma, unida con él en esas mismas virtudes, está también como fuerte león, porque allí recibe las propiedades de Dios; y

así, en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada virtud, y con todas juntas recostada en este florido lecho de la unión con su Dios, que no sólo no se atreven los demonios a acometer a la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella, por el gran temor que le tienen, viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque, estando ella unida en transformación de amor, tanto le temen como a él mismo, y ni la osan mirar, porque teme mucho el demonio al alma que tiene perfección.

Dice también que está enlazado el lecho de estas cuevas de las virtudes; porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí las virtudes, y unidas y fortalecidas unas con otras, y ajustadas en una acabada perfección del alma, sustentándose unas con otras, que no queda abierta ni flaca, no sólo para que el demonio pueda entrar, pero ni aun para que ninguna cosa del mundo, alta ni baja, la pueda inquietar ni molestar ni aun mover; porque, estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de los cuidados temporales, como aquí lo está, goza en seguridad y quietud la participación de Dios.

Esto mismo es lo que deseaba la Esposa en los Cantares diciendo: Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meae, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat? Quiere decir:

¿Quién te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo afuera y te besase yo a ti, y no me desprecie ya nadie?

Este beso es la unión de que vamos hablando, en la cual en cierta manera se iguala el alma con Dios por amor, que es lo que ella desea, diciendo que quién le dará al Amado, que sea su hermano; lo cual significa y hace igualdad.

Y que mame él los pechos de su madre, que es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre

Eva, y le halle sólo afuera, esto es, se una con él sólo, afuera de todas las cosas, desnuda según la voluntad y apetito de todas ellas.

Y así, no la despreciará nadie; es a saber, no se le atreverán mundo, demonio ni carne; porque, estando libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas le puede enojar.

De aquí es que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad, que nunca se le pierde ni le falta.

Pero, allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma y dar olor de sí las flores de las virtudes de este huerto que decimos, que le parece al alma, y así es, estar llena de deleites de Dios.

Y digo que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma, porque, aunque el alma está llena de virtudes en perfección, no siempre las está en acto gozando el alma, aunque, como he dicho, de la paz y tranquilidad que le causan, se goza ordinariamente.

Porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto; las cuales, algunas veces es cosa admirable verlas abrir todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad; porque acaecerá que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son la abundancia, grandeza y hermosura de Dios; y en estas entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las ínsulas extrañas, que decimos ser las extrañas noticias de Dios; y también embestirla el olor de las azucenas de los ríos sonorosos, que decíamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma; y allí entretejido y enlazado el delicado olor del jazmín, del silbo de los aires amorosos, de que también dijimos gozaba el alma en este estado; y ni más ni menos todas las otras virtudes y dones que decíamos del conocimiento sosegado, y callada música y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa

cena; y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir:

«Nuestro lecho florido, de cuevas de leones enlazado». Dichosa el alma que en esta vida mereciere gozar alguna vez el olor de estas flores divinas. Dice también que este lecho está

En púrpura tendido.

Por la púrpura se denota la caridad en la divina Escritura, y de ella se visten y sirven los reyes; y por eso dice el alma que este lecho florido está tendido en púrpura, porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores; y así, todas estas virtudes están en el alma como tendidas en el amor de Dios, como sujeto en que bien se conservan y están como bañadas en amor, porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor a más amor de Dios; y esto es estar en púrpura tendido.

Lo cual se da bien a entender en los Cantares divinos: porque allí se dice que el asiento o lecho que hizo para sí Salomón le hizo de maderos de Líbano, y las columnas de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura, y todo dice que lo ordenó mediante la caridad:

Ferculum fecit sibi rex Salomon de lignis Libani; columnas ejus fecit argenteas, reclinatorium aureum, ascensum purpursum: media charitate constravit.

Porque las virtudes y dones que Dios pone en el lecho del alma, que son significadas por los maderos del Líbano y las columnas de plata, tienen su reclinatorio y recuesto de oro, que es el amor; porque, como habemos dicho, en el amor se asientan y conservan las virtudes,

y todas ellas, mediante la caridad de Dios y del alma, se ordenan entre sí y ejercitan como acabamos de decir.

También dice que está este lecho

De paz edificado.

Que es la cuarta excelencia de este lecho, que depende en orden de la tercera que acabamos de decir; porque la tercera era perfecto amor, cuya propiedad es echar fuera todo temor, como dice San Juan, y de la perfecta paz de alma, que es la cuarta propiedad del lecho, como está dicho.

Para mayor inteligencia de esto es de saber que cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte, y por consiguiente, con el alma que las posee hacen estos tres efectos: paz, mansedumbre y fortaleza; y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna de mundo, demonio ni carne; y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda edificada de paz.

La quinta propiedad de este florido lecho, demás de lo dicho, se declara en el verso siguiente, que dice es

De mil escudos de oro coronado.

Los cuales escudos son aquí las virtudes y dones del alma, que, aunque, como habemos dicho, son las flores, etc., de este lecho, también le sirven de corona y premio de su trabajo en haberlas ganado; y no sólo eso, sino también defensa, como fuertes escudos contra los vicios que venció con el ejercicio de ellas, y por eso este lecho florido de la esposa, que son las virtudes, la corona y la defensa, está coronado de ellas en premio de la Esposa, amparado con ellas como con

escudo; y dice que son de oro para denotar el valor grande de las virtudes.

Esto mismo dijo en los Cantares la Esposa por otras palabras, diciendo: En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel... uniuscujusque ensis super femur propter timores nocturnos; esto es:

Mirad el lecho de Salomón, que le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, cada uno la espada sobre su muslo para la defensa de los temores nocturnos.

Y dice aquí en este verso la Esposa que son mil escudos para denotar la multitud de las virtudes, gracias y dones de que Dios la dotó en este estado; porque para significar también el innumerable número de las virtudes que tiene, usó del mismo término en los Cantares diciendo:

Sicut turris David collum, tuum, quae aedificata est cum propugnaculis: mille clypei pendent ex ea, esto es: Como la torre de David es tu cuello, la cual está edificada con defensa, mil escudos cuelgan de ella, y todas las armas de los fuertes.

Anotación de la canción siguiente.

No se contenta el alma que llega a este tiempo de perfección de engrandecer y loar las excelencias de su Amado, el Hijo de Dios, ni de contar y agradecer las mercedes que de él recibe y deleites que en él goza, sino también refiere las que hace a las demás almas, porque lo uno y lo otro echa de ver el alma en esta bienaventurada unión de amor; por lo cual, alabándole ella y engrandeciéndole las muchas mercedes que hace a las demás almas, dice esta canción:

## Canción vigésima quinta

A zaga de tu huella

Los jóvenes discurren al camino,

Al toque de centella,

Al adobado vino,

Emisiones de bálsamo divino.

Declaración.

En esta canción alaba la esposa a su Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan más y levantan al amor de Dios; las cuales, por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mención.

La primera dice que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que les hace caminar muy apriesa al camino de la perfección. La segunda es una visita de amor con que súbitamente las inflama en amor.

La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez como la visita de amor, a enviar alabanzas a Dios y afectos sabrosos de amor; y así, dice:

A zaga de tu huella.

La huella es rastro de aquél cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando quién la hizo; la suavidad y noticia que da Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando Dios; por eso dice aquí el alma al Verbo, su esposo:

«A zaga de tu huella»; esto es, tras el rastro de suavidad que de ti les imprimes e infundes, y olor que de ti derramas.

Los jóvenes discurren al camino.

Es a saber, las almas devotas con fuerzas de juventud recibidas de la suavidad de tu huella discurren; esto es, corren por muchas partes y de muchas maneras, que eso quiere decir discurrir cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales al camino de la vida eterna, que es la perfección evangélica, con la cual encuentran con el Amado en unión de amor después de la desnudez de espíritu de todas las cosas.

Esta suavidad y rastro que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras él; porque entonces es muy poco o nada lo que el alma trabaja de su parte para andar este camino; antes es movida y atraída de esta divina huella de Dios, no sólo a que salga, sino a que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino.

Que por eso la Esposa en los Cantares pidió al Esposo esta divina atraición; diciendo: Trahe me post te curremus in odorem unguentorum tuorum; esto es: «Atráeme tras de ti, y correremos al olor de tus ungüentos». Y David dice: Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum;

«El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón».

Al toque de centella,

Al adobado vino,

Emisiones de bálsamo divino.

En los dos versillos primeros habemos declarado que las almas, a zaga de la huella, discurren al camino con ejercicios y obras exteriores.

Y ahora en estos tres versos da a entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, a las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino, y al ejercicio interior de la voluntad que resulta y se causa de las dos visitas, llama emisiones de bálsamo divino.

Cuanto a lo primero, es de saber que este toque de centella que aquí dice, es un toque subtilísimo que el Amado hace al alma a veces, aun cuando ella está más descuidada, de manera que le enciende el corazón en fuego de amor, y no parece sino una centella de fuego que saltó y la abrasó y entonces con grande presteza, como quien de súbito recuerda, se enciende la voluntad en amor, y desear y alabar, y agradecer y reverenciar, y estimar y rogar a Dios con sabor de amor; a las cuales cosas llama emisiones de bálsamo divino, que responden al toque de centellas salidas del divino amor abrasador que pegó la centella, que es bálsamo divino que conforta y sana al alma con su olor y sustancia.

De este divino toque dice la Esposa en los Cantares: Dilectus meus missit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum ejus; que quiere decir: «Mi Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció a su tocamiento».

El tocamiento del Amado es el toque de amor que aquí decimos que hace al alma, la mano es la merced que en ello hace, la manera por donde entró esta mano es la manera y modo y perfección, a lo menos el grado de ella, que tiene el alma; porque al modo de él suele ser el toque en más o menos, y en una manera o en otra de calidad espiritual del alma.

El vientre suyo que dice se estremeció, es la voluntad, en que se hace el dicho toque, y el estremecerse es levantarse en ella los apetitos y afectos a Dios de desear amar, alabar, y los demás que habemos

dicho, que son las emisiones de bálsamo que de este toque redunda, según decimos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace a las almas aprovechadas, en que las embriaga el Espíritu Santo con vino de amor suave, sabroso y esforzoso; por lo cual le llama vino adobado; porque, así como el tal vino está cocido con muchas y diversas especies olorosas y esforzosas, así este amor, que es el que Dios da a los perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas y adobado con las virtudes que el alma tiene ganadas; el cual, con estas preciosas especies adobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios le hace, que con grande eficacia y fuerza le hace enviar a Dios aquellas emisiones o embriagamientos de alabar, amar o reverenciar, etc., que aquí decimos; y esto con admirables deseos de hacer y padecer por él.

Y es de saber que esta suave embriaguez y merced que en ella le hace no pasa tan presto como la centella, porque es más de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto, y algunas veces el vino adobado suele algo más durar ello y su efecto harto tiempo; lo cual es, como digo, suave amor en el alma, y algunas veces un día o dos, y otras hartos días, aunque no siempre en un grado de intensión; porque afloja y crece sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustancia irse embriagando suavemente su espíritu e inflamando de este divino amor; según aquello que dice David:

Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis; que quiere decir: «Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá fuego».

Las emisiones de esta embriaguez duran todo el tiempo que ella dura, algunas veces; porque otras, aunque la haya en el alma, es sin

dichas emisiones, y son más y menos intensas cuando las hay, cuanto es más o menos intensa la embriaguez; mas las emisiones o fectos de la centella ordinariamente duran más que ella, antes ella los deja en el alma y son más encendidos que los de la embriaguez; porque a veces esta divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque habemos hablado de vino cocido, será bien notar aquí brevemente la diferencia del vino cocido, que llaman aniejo, y del nuevo; que será la misma que hay entre los vinos nuevos y aniejos, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales.

El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada; y así, hierve por de fuera y no se puede saber la bondad y valor de él hasta que haya digerido bien la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero, y estraga el sujeto beber mucho de ello.

Pero el vino aniejo tiene ya la hez asentada y digerida; y así, no tiene aquellos hervores del nuevo por defuera; échase ya de ver la bondad del vino y está ya muy seguro de malearse, porque se le acabaron ya aquellos hervores y furias que le podían estragar; y así, el vino bien cocido, por maravilla se malea ni se pierde; tiene el sabor suave y la fuerza en la sustancia del vino, no ya en el gusto; y así, la bebida de él hace buena disposición y da fuerza al sujeto.

Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo: éstos son los que comienzan a servir a Dios, porque traen los fervores del amor muy por defuera en el sentido, porque aún no han digerido la hez del sentido flaco e imperfecto, y tienen la fuerza del amor en el sabor de él; porque a éstos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven; y así, no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos del sentido; porque, así como estos fervores y calor del sentido los pueden inclinar a

bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él, digeriéndose bien la hez de su imperfección; así también es muy fácil en estos principios y novedad de gustos, faltar el vino del amor y perderse el fervor y sabor de nuevo.

Y éstos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas; a los cuales conviene templar la tal vida, porque si obra mucho según la fuerza del vino, estragarse ha el natural con estas ansias y fatigas del mosto, es a saber, del vino nuevo que decíamos era áspero y grueso, y no suavizado aún en la acabada cocción, cuando se acaban esas ansias de amor, como luego diremos.

Esta misma comparación pone el Sabio en el Eclesiástico, diciendo: Vinum novum, amicus novus; veterascet, et cum suavitate bibes illud; que quiere decir: «El amigo nuevo es como el vino nuevo, añejarse ha, y beberaslo con suavidad».

Por tanto, los viejos amadores, que son ya los ejercitados y probados en el servicio del Esposo, son como el vino aniejo, que tiene ya cocida la hez y no tiene aquellos hervores sensitivos ni aquellas furias ni fuegos fervorosos de fuera, mas gusta la suavidad del vino de amor ya bien cocido en sustancia, estando ya, no en aquel sabor del sentido, como el amor de los nuevos, sino asentado allá dentro en el alma en sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no se quieren los tales asir a esos sabores y hervores sensitivos ni los quieren gustar por no tener sinsabores y fatigas, porque el que da rienda al apetito para algún gusto del sentido, también de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido y en el espíritu; de donde, por cuanto estos amantes viejos carecen ya de la suavidad espiritual que tiene su raíz en el sentido, no traen ya ansias ni penas de amor en el sentido ni espíritu; y así, por maravilla faltan a Dios, porque están sobre lo que les había de hacer falta, esto es sobre la sensualidad; y tienen el vino de amor no sólo ya cocido y purgado de hez, más aún,

adobado, como se dice en el verso, con las especies que decíamos de virtudes perfectas, que no lo dejan malear como el nuevo.

Por eso el amigo viejo delante de Dios es de grande estimación y así, dice de él el Eclesiástico: Ne derelinquas amicum antiquum; novus enim non erit similis illit; que quiere decir: No desampares al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante a él.

En este vino, pues, de amor, ya probado y adobado en el alma, hace el divino Amado la embriaguez divina que habemos dicho, con cuya fuerza envía el alma a Dios las dulce y sabrosas emisiones. Y así, el sentido de los dichos tres versillos es el siguiente:

Al toque de centella, con que recuerdas mi alma, y al adobado vino, con que amorosamente la embriagas, ella te envía las emisiones de movimientos y actos de amor que en ella causas.

Anotación de la canción siguiente.

¿Cuál pues, entenderemos que está el alma dichosa en este florido lecho, donde todas estas dichosas cosas y muchas más pasan, en el cual por reclinatorio tiene al Esposo, Hijo de Dios, y por cubierta y tendido la caridad y amor del mismo Esposo?

De manera que de cierto puede decirse las palabras de la Esposa, que dice: Leva ejus sub capite meo; esto es: Su siniestra debajo de mi cabeza.

Por lo cual, con verdad se podrá decir que esta alma está aquí vestida de Dios y bañada en divinidad, y no por cima, sino que en los interiores de su espíritu, estando revestida con deleites divinos con hartura de aguas espirituales de vida, experimenta lo que David dice de los que así están allegados a Dios; es a saber:

Inebribuntur ab ubertate domus tuae, et torrente voluptatis tuae potabis eos, quoniam apud te est fons vitae; esto es: «Embriagarse

han de la grosura de tu casa, y con el torrente de tu deleite darles has a beber, porque cerca de ti está la fuente de la vida».

¿Qué hartura será, pues, ésta del alma en su ser, pues la bebida que le dan no es menos que un torrente de deleites, el cual torrente es el Espíritu Santo, que, como dice San Juan, es el río resplandeciente que nace de la silla de Dios y del Cordero?

Et ostendit mihi fluvium aquaee vitae, splendidum tanquam cristallum, procedentem de sede Dei, et Agni.

Cuyas aguas, por ser ella amor íntimo de Dios, íntimamente infunden al alma y le dan a beber el torrente de amor, que, como decimos, es el espíritu del Esposo, que se le infunde en esta unión; y por eso ella con grande abundancia de amor canta esta canción:

## Canción vigésima sexta

En la interior bodega

De mi Amado bebí, y cuando salía,

Por toda aquesta vega

Ya cosa no sabía

Y el ganado perdí que antes seguía.

Declaración.

Cuenta el alma en esta canción la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo interior de su amor, que es la unión o transformación de amor en Dios; y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenación de todas las cosas del mundo, y mortificación de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere decir o dar a entender el alma, era menester que el Espíritu Santo tomase la mano y moviese la pluma.

Esta bodega que aquí dice el alma, es el último y más estrecho grado de amor en que el alma puede situarse en esta vida; que por eso la llama interior bodega, es a saber, la más interior; de donde se sigue que hay otras no tan interiores, que son los grados de amor por do se sube a este último.

Y podemos decir que estos grados o bodegas de amor son siete, los cuales se vienen a tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma; y así, cuando el alma llega a tener en perfección el espíritu

de temor, tiene ya en perfección el espíritu del amor; por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial, y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre; y así cuando la Escritura Divina quiere llamar a uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios; de donde, profetizando Isaías la perfección de Cristo, dijo:

Replebit eum spiritus timoris Domini; que quiere decir: Henchirle ha el espíritu del temor del Señor, y también San Lucas al santo Simeón le llamó timorato, diciendo: Homo iste justus, et timoratus. Y así de otros muchos.

Es de saber que muchas almas llegan y entran en la primera bodega, cada una según la perfección de amor que tiene; mas a esta última y más interior pocas llegan en esta vida, porque en ella es ya hecha la unión perfecta con Dios, que llaman matrimonio espiritual, del cual habla ya el alma en este lugar.

Y lo que Dios comunica a un alma en esta estrecha junta, totalmente es indecible y no se puede decir nada; así como del mismo Dios no se puede decir algo que sea como él, porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformación de ella.

Y en este estado están ambos en uno, como si dijéramos ahora la vidriera con el rayo del sol, o el carbón con el fuego, o la luz de las estrellas con la del sol; pero no tan esencial y acabadamente como en la otra vida:

Y así, para dar a entender el alma lo que en aquella bodega de vino recibe de Dios, no dice otra cosa, ni entiendo se podrá decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi amado bebí.

Porque, así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo, así se difunde esta comunicación de

Dios sustancialmente en toda el alma, o por mejor decir, por el alma se transforma en Dios; según la cual transformación bebe el alma de su Dios, según la sustancia de ella y según sus potencias espirituales; porque según el entendimiento bebe Sabiduría y ciencia, y según la voluntad bebe amor suavísimo y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria; cuanto a lo primero, que el alma reciba y beba deleite sustancialmente, dícelo ella en los Cantares en esta manera:

Anima mea lique facta est, ut locutus est; que quiere decir: «mi alma se regaló luego que le habló el Esposo». El cual hablar aquí es comunicarse al alma.

Y que el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, donde, deseando ella llegar a este beso de Unión y pidiéndole al Esposo, dijo: Ibe me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito; esto es:

Allí me enseñarás, es a saber, sabiduría y ciencia en amor, y yo te daré a ti una bebida de vino adobado, conviene a saber, mi amor adobado con el tuyo. Cuanto a lo tercero, que es que la voluntad bebe allí amor, dícela también la Esposa en los dichos Cantares, diciendo:

Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem; que quiere decir: Metiome dentro de la bodega secreta y ordenó en mí caridad; que es tanto como decir: Diome a beber amor, metida dentro de su amor, o más claramente, hablando con propiedad:

Ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando a mí su misma caridad. Lo cual es beber el alma de su Amado su mesmo amor, infundiéndole su Amado.

Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen, que no puede amar la voluntad sino lo que primero entiende el entendimiento, lo cual se ha de entender naturalmente; porque por vía natural es impo-

sible amar, si no se entiende primero lo que se ama; mas por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor y augmentarle, sin infundir ni augmentar distinta inteligencia como se da a entender en la autoridad dicha, y está así experimentados de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios, sin tener distinta más inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento cerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad, y bástales la fe infusa por ciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios, caridad y se le augmenta, y el acto de ella que es amar más, aunque no se le augmente la noticia, como habemos dicho; y así, puede la voluntad beber amor sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia; aunque en el caso de que vamos hablando, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es unión en la interior bodega, la cual es según todas las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente.

Cuanto a lo cuarto, que según la memoria, beba el alma allí de su Amado, está claro, porque está ilustrada con la luz del entendimiento en recordación de los bienes que está poseyendo y gozando en la unión de su Amado.

Y cuando salía.

Esta divina bebida tanto endiosa y levanta el alma y la embebe con Dios, que cuando salía, es a saber, cuando acababa esta merced de pasar; porque, aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio, después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las dichas potencias, aunque según la sustancia del alma sí.

Pero en esta unión sustancial del alma muy frecuentemente se unen también las potencias y beben en esta bodega, el entendimiento

entendiendo y la voluntad amando, etc.; pues cuando ahora dice el alma cuando salía, no se entiende de la unión esencial o sustancial que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino la unión de las potencias, la cual no es continua en esta vida, ni lo puede ser.

De ésta, pues, «cuando salía por toda aquesta vega», es a saber, por toda aquesta anchura del mundo.

Ya cosa no sabía

La razón es, porque aquella bebida de altísima sabiduría de Dios que allí bebió le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece al alma que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, es pura ignorancia en comparación de aquel saber.

Para mejor entender esto, es de saber que la causa más formal de éste no saber del alma cosa del mundo, cuando está en este puesto, es quedar ella informada de la ciencia sobrenatural delante de la cual todo el saber natural y político del mundo antes es no saber que saber.

De donde, puesto el alma en este altísimo saber, conoce por él que todo estotro saber que no sabe a aquello no es saber, sino no saber, y que no hay qué saber en ello; y declara la verdad del dicho del Apóstol, que dice que lo que es sabiduría delante de los hombres es estulticia delante de Dios:

Sapientia enim hujus mundi stultitia est apud Deum.

Y por eso dice el alma que ya no sabía cosa después que bebió de aquélla sabiduría divina; y no se puede conocer esta verdad, como es pura ignorancia en la sabiduría de los hombres y de todo el mundo, y cuán digno es de no ser sabido sino con esta verdad de estar Dios en el alma, comunicándole su sabiduría y confortándola con esta bebida de amor para que lo vea claro; según lo da a entender Salomón, diciendo:

Visio, quam locutus est vivir, cum quo est Deus, et qui Deo secum morante confortatus ait: stultissimus sum virorum, et sapientia hominum non est mecum; esto es: «Ésta es la visión que vio y habló el varón con quien está Dios, y confortado por la morada que Dios hace en él, dijo:

Insipientísimo son sobre todos los hombres y varones, y la sabiduría de ellos no está conmigo».

Lo cual es porque, estando en aquel exceso de sabiduría alta de Dios, esle ignorancia la baja de los hombres; porque las mismas ciencias naturales y las mismas obras que Dios hace, delante de lo que es no saber a Dios es como no saber, porque donde no se sabe Dios no se sabe nada.

De donde lo alto de Dios es insipiencia y locura para los hombres, como también dice San Pablo.

Por lo cual los sabios de Dios y los del mundo son insipientes los unos para los otros; porque ni los unos pueden percibir la sabiduría de Dios y su ciencia, ni los otros la del mundo; por cuanto la del mundo, como habemos dicho, es no saber acerca de la de Dios, y la de Dios acerca de la del mundo.

Pero, demás de esto, aquel endiosamiento y levantamiento de mente en Dios, en que queda el alma como robada y embebida en amor, toda hecha un Dios, no la deja advertir a cosa alguna del mundo; porque, no sólo de todas las cosas, mas aun de sí queda enajenada y aniquilada, y como resumida y resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado.

Y así, la Esposa en los Cantares, después que había tratado de esta transformación de amor suya en el Amado, da a entender éste no saber con qué quedó por esta palabra nescivi, que quiere decir no supe.

Está el alma en este puesto, en cierta manera, como Adán en la inocencia, que no sabía qué cosa era mal; porque está tan inocente, que no entiende el mal ni juzga cosa a mal, y oirá cosas muy malas y las verá con sus ojos, y no podrá entender lo que son; porque no tiene en sí hábito de mal por donde lo juzgue, habiéndolo Dios raído los hábitos imperfectos y la ignorancia en que cae el mal del pecado con el hábito perfecto de la verdadera sabiduría; y así, también acerca de esto ya cosa no sabía.

Esta tal alma poco se entremeterá en las cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; porque esta propiedad tiene el Espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina a ignorar y no querer saber las cosa ajenas, mayormente las que no son para su provecho; porque el Espíritu de Dios es recogido y convertido a la misma alma, antes para sacarla de las cosas extrañas que para ponerla en ellas; y así, se queda el alma en un no saber cosa en la manera que solía.

Y no se ha de entender que, aunque el alma queda en éste no saber, que pierde allí los hábitos de las ciencias adquisitos que tenía; porque antes se le perficionan con el más perfecto hábito, que es el de la ciencia sobrenatural que se le ha infundido, aunque ya estos hábitos no reinan en el alma, de manera que tenga necesidad de saber por ellos, aunque no impide que algunas veces sea.

Porque en esta unión de sabiduría divina se juntan estos hábitos con la sabiduría superior de las otras ciencias, así como, juntándose una luz pequeña con otra grande, que la grande es la que priva y luce, y la pequeña no se pierde, antes se perficiona, aunque no es la que principalmente luce; así entiendo que será en el cielo, que no se romperán los hábitos que los justos llevaren de ciencia adquisita, y que no les harán mucho al caso, sabiendo ellos más que eso en la sabiduría divina.

Pero las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarios, y cualquiera otra aprehensión que tenga forma y figura, todo los pierde e ignora en aquel absorbimiento de amor; y esto por dos causas: la primera porque como actualmente queda absorta y embebida el alma en aquella bebida de amor, no puede estar en otra cosa actualmente ni advertir a ella; la segunda y principal, porque aquella transformación en Dios, de tal manera la conforma con la sencillez y pureza de Dios (en la eua no cae forma ni figura imaginaria), que la deja limpia y pura, y vacía de todas formas y figuras que antes tenía, purgada e ilustrada con sencilla contemplación; así como hace el sol en la vidriera, que infundiéndose en ella la hace clara, y se pierden de vista todas las máculas y motas que antes en ella parecían; pero vuelto a quitar el sol, luego vuelven a parecer en ella las nieblas y máculas de antes; mas el alma, como le queda y dura algún tanto el efecto de aquel acto de amor, dura también el no saber.

De manera que no puede advertir en particular cosa ninguna hasta que pase el efecto de aquel acto de amor, el cual, como la inflamó y mudó en amor, aniquilola y deshízola en todo lo que no era amor, según se entiende por aquello que dijimos arriba de David:

Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutatis sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi; es a saber: Porque fue inflamado mi corazón, también mis renes se mudaron juntamente, y yo fui resuelto en nada y no supe.

Porque mudarse las renes por causa de esta inflamación del corazón es mudarse el alma, según todos sus apetitos y operaciones en Dios, en una nueva manera de vida deshecha ya y aniquilada de todo lo viejo que antes usaba; por lo cual dice el Profeta que fue resuelto en nada y que no supo; que son los dos efectos que decíamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque no sólo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole todo nada, mas también toda su

vida vieja e imperfecciones se aniquilan y se renueva en nuevo hombre; que es este segundo efecto, contenido en este verso:

Y el ganado perdí, que antes seguía.

Es de saber que hasta que el alma llegue a este estado de perfección, de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos y otras imperfecciones suyas, ora naturales y ora espirituales, tras de que se anda, procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos.

Porque acerca del entendimiento suelen quedarle algunas imperfecciones de apetitos de saber.

Acerca de la voluntad se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, ora en lo temporal, como poseer algunas cosillas y asirse más a unas que a otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas que todavía güelen y saben a mundo; ora cerca de lo natural, como en la comida, bebida, gustar de esto más que de aquello, escoger y querer lo mejor, ora también cerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios, y otras impertinencias que nunca se acabarían de decir, que suelen tener los espirituales no perfectos.

Y acerca de la memoria, muchas variedades y cuidados y advertencias impertinentes, las cuales llevan al alma tras sí.

Tiene también acerca de las cuatro pasiones del alma muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se va el alma; y de este ganado ya dicho, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía, siguiéndolo hasta que, entrándose a beber en esta interior bodega, lo pierden todo, quedando, como habemos dicho, deshechos todos en amor; en la cual fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones del alma, de la manera que el orín y moho de los metales en el fuego.

Y así, se siente libre el alma de todas niñerías de gustillos e impertinencias tras de que se andaba, de manera que pueda bien decir «El ganado perdí que antes seguía».

Anotación de la canción siguiente.

Comunícase Dios en esta interior unión la alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie a su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare; porque llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma, ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración!, que se sujeta a ella verdaderamente para la engrandecer, como si él fuese su siervo y ella fuese su Señor.

Y está tan solícito en la regalar como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: tan profunda es la humildad y la dulzura de Dios. Porque en esta comunicación de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice en el Evangelio que hará a sus escogidos en el cielo:

Amen dico vobis, quod precinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis; es a saber, que ciñéndose, pasándose de uno a otro, los servirá.

Y así, aquí está empleado en regalar y acariciar al alma, como la madre a su niño, criándole a sus mismos pechos; en lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice: Ad ubera portabimini, et super genua blandientur vobis; esto es:

A los pechos de Dios seréis llevados, y sobre las rodillas os halagará. ¿Qué sentirá, pues, el alma, aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo se derretirá en amor! ¡Cómo agradecerá viendo estos pechos de Dios abiertos para sí con tan soberano y largo amor!

Sintiéndose puesta en tantos deleites, entrégase toda a sí misma a él, y dale también sus pechos de su voluntad y amor; y sintiendo y pa-

sando así por ella, dice a su Amado lo que la Esposa sentía en los Cantares hablando con su Esposo en esta manera:

Ego dilecto meo, et ed me conversio ejus. Veni dilecti mi, egrediamur en agrum commoremur in villis. Mane surgamus ad vineas, videamus si floruit vinea, si flores fructus parturiunt, si floruerunt mala punica: ibi dabo tibi ubera mea; esto es: Yo para mi amado, y la conversión de él para mí.

Ven, Amado mío, y salgamos al campo, moremos juntos en granjas, levantémonos por la mañana a las viñas, y veamos si ha florecido la viña y si las flores paren frutos, si florecieron las granadas. Allí te daré mis pechos; esto es, los deleites y fuerza de mi voluntad emplearé en servicio de tu amor.

Y por pasar así estas dos entregas del alma y Dios en esta unión, las refiere ella, diciendo:

## Canción vigésima séptima

Allí me dio su pecho,

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,

Y yo le di de hecho

A mí, sin dejar cosa;

Allí le prometí de ser su esposa.

Declaración.

En esta canción cuenta la esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio; conviene a saber, de ella y de Dios, diciendo que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicación él y ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que le enseñó sabiduría y secretos; y ella a él, entregándosele ya toda de hecho, sin reservar nada para sí ni para otro, afirmando ser suya para siempre.

Allí me dio su pecho

Dar el pecho uno a otro es darle su amor y amistad y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dio allí su pecho, es decir que allí le comunicó su amor y sus secretos; lo cual hace Dios con el alma en este estado.

Y más, lo que también dice en el verso siguiente:

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.

Esta ciencia sabrosa es la teología mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación; la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor, el cual es maestro de ella y el que todo lo hace sabroso.

Y por cuanto Dios le comunica esta ciencia e inteligencia en el amor con que se comunica al alma, es sabrosa para el entendimiento, por ser ciencia que pertenece a él, y sabrosa para la voluntad; por ser en amor que le pertenece a la voluntad. Y dice luego:

Y yo le di de hecho

A mí, sin dejar cosa.

En aquella bebida de Dios suave, en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma toda a Dios, queriendo ser toda suya y no tener cosa en sí ajena de él para siempre; causando Dios en ella la dicha unión, la pureza y perfección que para esto es menester; que, por cuanto la transformación en sí la hace toda suya, evacua en ella todo lo que tenía ajeno de Dios.

De aquí es que, no solamente según la voluntad, sino también según la obra, queda ella de hecho sin dejar cosa, toda dada a Dios, así como Dios se ha dado todo libremente a ella; de manera que quedan pagadas ambas voluntades, entregadas y satisfechas entre sí; de suerte que en nada haya de faltar ya la una a la otra, con fe y firmeza de desposorio; que por eso añade ella, diciendo:

Allí te prometí de ser su esposa.

Porque así como la desposada no pone en otro su amor ni su cuidado ni su obra fuera de su esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna que todo no sea incliando a Dios, junto con sus apetitos, porque está como embebida en Dios; y así, anda de manera que hasta los primeros movimientos aún no tiene contra lo que es la voluntad de Dios, en todo lo que ella pueda entender.

Porque, así como un alma imperfecta tiene muy ordinariamente, a lo menos, primeros movimientos inclinados a mal, según el entendi-

miento y según la voluntad, y memoria y apetitos e imperfecciones, así el alma de este estado, según el entendimiento, memoria y voluntad y apetitos, en los primeros movimientos de ordinario se mueve e inclina a Dios, por la grande ayuda y firmeza que tiene ya en Dios y perfecta conversión al bien.

Todo lo cual da bien a entender David cuando dijo, hablando de su alma en este estado: Nonne Deo subjecta erit anima mea? Ab ipso enim salutare meum. Nam, et ipse Deus meus, et salutaris meus, susceptor meus non movebor amplius; ¿por ventura, dice, no estará mi alma sujeta a Dios?

Sí, porque de él tengo yo mi salud, y porque él es mi Dios y mi salvador, recibidor mío, no tendré más movimiento. En lo que dice, recibidor mío, da a entender que por estar su alma recibida en Dios y unida, como aquí decíamos, no había de tener ya más movimiento contra Dios.

De lo dicho queda entendido claro que el alma que ha llegado a este estado de desposorio espiritual no sabe otra cosa sino amar y andar siempre en deleites de amor con el Esposo; porque, como en esto ha llegado a la perfección, cuya forma y ser, como dice San Pablo es el amor, pues cuanto un alma más ama, tanto es más perfecta en aquello que ama; de aquí es que esta alma, que ya está perfecta, todo es amor, si así se puede decir, y todas sus acciones son amor, y todas sus potencias y caudal emplea en amor, dando todas sus cosas, como el sabio mercader, por este tesoro de amor que halla escondido en Dios, el cual es tan precioso delante de él, que, como el alma ve que su Amado nada precia ni de nada se sirve fuera del amor, de aquí es que, deseando ella servirle perfectamente todo lo emplea en amor puro de Dios; y no sólo porque ella lo emplea así, sino también porque el amor en que está unida en todas las cosas y por todas ellas, la mueve en amor de Dios.

Porque, así como la abeja saca de todas las yerbas la miel que allí hay, y no se sirve de ellas más que para esto, así también de todas las cosas que pasan por el alma, con grande facilidad saca ella la dulzura de amor, que es lo que hay que amar a Dios en ella, ora sea sabroso o desabrido; que, estando ella informada y amparada con el amor, como lo está, ni lo siente, ni lo gusta, ni lo sabe; porque, como habemos dicho, no sabe sino amar, y su gusto en todas las cosas y tratos siempre, como habemos dicho, es deleite de amor de Dios; y para declararlo dice ella la canción siguiente.

Anotación de la canción siguiente.

Pero porque dijimos que Dios no se sirve de otra cosa sino de amor, antes que la declaremos, será bueno decir aquí la razón, y es, porque todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los más que pueden ser, no son nada delante de Dios, porque en ellos no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, el cual sólo es de engrandecer al alma, porque para sí nada de esto desea, pues no lo ha menester; y así, si de algo se sirve, es de que el alma se engrandezca; y como no hay otra cosa en que más la pueda engrandecer que igualándola en cierta manera consigo, por eso solamente se sirve de que le ame; porque la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada.

De donde porque el alma tiene aquí perfecto amor, por eso se llama esposa del Hijo de Dios, que significa igualdad con él, en la cual igualdad y amistad todas las cosas son comunes a entrambos; como el mismo Esposo lo dijo a sus discípulos, diciendo:

Vos auteo, dixi amicos: quia omnia quaecumque audivi a Patre mem nota feci vobis; esto es: Ya os he dicho mis amigos, porque todo lo que oí a mi Padre os lo he manifestado. Dice, pues, la canción:

## Canción vigésima octava

Mi alma se ha empleado,

Y todo mi caudal, en su servicio;

Ya no guardo ganado,

Ni ya tengo otro oficio,

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Declaración.

Por cuanto en la canción pasada ha dicho el alma, o por mejor decir la esposa, que se dio toda al Esposo, sin dejar nada para sí, dice ahora en ésta al Amado la manera que tiene en cumplillo, diciendo que ya está su alma y cuerpo y potencias y toda su habilidad empleada ya, no en todas las cosas, sino en las que son del servicio de su Esposo, y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas ni tratos extraños y ajenos de Dios, y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni otra manera de trato sino ejercicio de amor; porque ya ha trocado y mudado todo su primero trato en amas, según ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

El decir que el alma se ha empleado da a entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor; donde quedó ya su alma con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada al servicio de él; empleado el entendimiento en atender las cosas que son malas de su servicio para hacerlas, y la voluntad en amar todo lo que a Dios agrada y aficionarla en todo a él, y la memoria en el cuidado de lo que es de su servicio y que más le ha de agradar.

Y más dice: Y todo mi caudal, en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí lo que pertenece a la parte sensitiva del alma; en la cual parte se incluye el cuerpo con todas sus potencias interiores y exteriores, y toda la habilidad natural, conviene a saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y el demás caudal del alma, todo lo cual dice que se ha tornado en servicio de su Amado tan bien como la parte racional y espiritual del alma, como acabamos de decir en el verso pasado.

Porque el cuerpo ya le trata, según Dios, en los sentidos interiores y exteriores, enderezando a él las operaciones de ellos; y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también a Dios, porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme sino sólo a Dios, ni se duele sino según Dios, y también todos sus apetitos y cuidados van sólo a Dios; y todo este caudal de esta manera está ya empleado y enderezado a Dios, que aun sin advertencia del alma todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan a obrar en Dios y por Dios; porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego a Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina a Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios.

De donde ésta tal alma muy frecuentemente obra por Dios y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él, porque el uso y hábito que en tal manera de proceder ya tiene, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que a los principios del obrar solía tener.

Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice el verso siguiente:

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: Ya no me ando tras mis gustos y apetitos. Porque, habiéndolos puesto en Dios y dándolos a él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma; y no solo dice que no lo guarda ya, pero que ni tiene otro oficio.

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios suele tener el alma no provechosos antes que llegue a hacer esta donación y entrega de sí y de su caudal al Amado, con los cuales procuraba servir a su propio apetito y al ajeno, porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía.

Los cuales hábitos pueden ser como propiedad y oficio que tiene de hablar cosas inútiles y pensarlas y obrarlas. Y también no usando de esto conforme a la perfección del alma.

Suele tener otros apetitos con que sirve al apetito ajeno, así como ostentaciones y cumplimientos, adulaciones, respetos, procurar parecer bien, y dar gusto con sus cosas a las gentes, y otras cosas muchas inútiles, con que procura agradarlas, empleando en ellas el cuidado del apetito y la obra, y finalmente el caudal del alma.

Todos estos oficios dice que ya no los tiene, porque ya todas sus palabras, pensamientos y obras son de Dios y enderezadas a Dios, no llevando en ellas las imperfecciones que solía; y así, es como si dijera:

Ya no ando a dar gusto a mi apetito ni al ajeno, ni me ocupo ni entretengo en otros pasatiempos inútiles ni cosas del mundo.

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios, es a saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos exteriores e interiores y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en amor, haciendo todo lo que hago con amor y padeciendo

todo lo que padezco con sabor de amor; que es lo que quiso dar a entender David cuando dijo:

Fortitudinem meam ad te custodiam; «Mi fortaleza guardaré para ti».

Aquí es de notar que cuando el alma llega a este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la sensitiva ora sea en hacer, ora en padecer, de cualquiera manera que sea, siempre la causa más amor y regalo en Dios, como habemos dicho, y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor; de manera que, ora sea su trato cerca de lo temporal, ora sea su ejercicio cerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma «que ya sólo en amar es su ejercicio».

Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que a él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo de deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los Cantares, diciendo:

Omnia poma nova, et vetera, dilecte mi, servavi tibi; esto es: Todas las manzanas viejas y nuevas guardé para ti; que es como si dijera: Amado mío, todo lo áspero y trabajoso quiero por ti y todo lo suave y sabroso quiero para ti.

Pero el acomodado sentido de este verso, es decir, que el alma en este estado de desposorio espiritual, ordinariamente anda en unión de amor, que es común y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

Anotación de la canción siguiente.

Verdaderamente esta alma está perdida en todas las cosas, y sólo está ganada en amor, no empleando ya el espíritu en otra cosa.

Por lo cual, aun a lo que es vida activa y otros ejercicios exteriores, desfallece, por cumplir de veras con la una cosa sola que dijo el Esposo era necesario, que es la asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios; lo cual él precia y estima en tanto, que, así como reprendió a Marta porque quería apartar a María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo y que María no hacía nada, pues se estaba holgando con el Señor, siendo ella muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor; así también en los Cantares defiende a la Esposa, conjurando a todas las criaturas del mundo, que se entienden allí por las hijas de Jerusalem, que no impidan a la Esposa el sueño espiritual de amor, ni hagan velar ni abrir los ojos a otra cosa hasta que ella quiera:

Adjuro vos filiae Jerusalem ne suscitetis, neque evigilari facialis dilectam, donec ipsa velit.

Donde es de notar que, en tanto que el alma no llega a este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor, así en la vida activa como en la contemplativa; pero cuando ya llegase a él, no le es conveniente ocuparse en otras obras y ejercicios exteriores, no siendo de obligación, que le pueden impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio suyo, porque es más precioso delante de él y del alma un poquito de este puro amor, y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esotras obras juntas.

Que por eso María Magdalena, aunque con su predicación hacía gran provecho, y le hiciera muy grande después, por el gran deseo que tenía de agradar a su Esposo y aprovechar a la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años, para entregarse de veras a este amor, pareciéndole que en todas maneras ganaría mucho más de esta ma-

nera, por lo mucho que aprovecha e importa a la Iglesia un poquito de este amor.

De donde, cuando un alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia, si aunque fuese por poco espacio, la quisiesen ocupar en cosas exteriores o activas, aunque fuesen de mucho caudal; porque, pues Dios conjura que no la recuerden de este amor, ¿quién se atreverá y quedará sin reprehensión?

Al fin, para este fin de amor fuimos criados.

Y adviertan aquí los que son muy activos que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría) si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como ésta.

Cierto.

Entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y aun a veces nada, y aun a veces daño; porque, Dios os libre que se comience a envanecer la tal alma, que aunque más parezca que hace algo por defuera, en sustancia no será nada; porque, cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios.

¡Oh cuánto se pudiera escribir aquí de esto! Mas no es de este lugar.

Esto he dicho para dar a entender esta canción; porque en ella el alma responde por sí a los que impugnan este santo ocio de ella, y quieren que todo sea obrar, que luzca y hincha el ojo por fuera, no

entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo fruto,

## Canción vigésima novena

Pues ya si en el ejido

De hoy más no fuere vista ni hallada,

Diréis que me he perdido,

Que, andando enamorada,

Me hice perdidiza y fui ganada.

Declaración.

Responde el alma en esta canción a una tácita reprehensión de parte de los del mundo, los cuales han de costumbre notar a los que de veras se dan a Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retraimiento y en su manera de proceder, diciendo también que son inútiles para las cosas importantes, y perdidos en lo que el mundo precia y estima; a la cual reprehensión de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osado y atrevido a esto y a todo lo demás que el mundo le puede imponer; porque, habiendo ella llegado a lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco; y no sólo eso, sino que ella misma lo confiesa en esta canción, y se precia y gloría de haber dado en tales cosas, y perdídose al mundo y a sí misma por su Amado.

Y así, lo que ahora quiere decir, hablando con los del mundo, es, que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solía tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajenado de ellos, y que ella misma se quiso perder andando a buscar a su Amado, enamorada mucho de él.

Y porque vean la ganancia de su pérdida y no la tengan por insipiencia y engaño, dice que esta pérdida fue su ganancia, y que por

eso de industria se hizo perdidiza.

Pues ya si el ejido

De hoy más no fuere vista ni hallada,

Ejido comúnmente se llama un lugar común, donde la gente se suele juntar a tomar solaz y recreación, y donde también los pastores apacientan sus ganados y así, por el ejido entiende aquí el alma al mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos y apacientan los ganados de sus apetitos; en lo cual dice el alma a los del mundo que si no fuere vista ni hallada, como solía antes que fuera toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan; porque de ello se goza ella, queriendo que lo digan, y por eso dice:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta delante del mundo el que ama de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar; porque, el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras, él mismo, como él dice por San Mateo, tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre:

Qui autem negaverit me coram hominibus, negabo et ego eum coram Patre meo. Y por tanto, el alma con ánimo de amor, antes se precia de que se vea, para gloria de su Amado, haber hecho una tal obra por él, que se haya perdido a todas las cosas del mundo.

Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque, aunque algunos tratan y usan este trato, y aunque se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, o del mundo o de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando al qué dirán ni qué parecerá; los cuales no podrán decir:

«Diréis que me he perdido», pues no están así mismos perdidos en el obrar, y todavía tienen vergüenza de confesar a Cristo por la obra delante de los hombres, teniendo respeto a cosas; por lo cual no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene a saber, andando obrando las virtudes, enamorada de Dios.

Me hice perdidiza y fui ganada.

Sabiendo el alma el dicho del Esposo en el Evangelio, que ninguno puede servir a dos señores, sino que por fuerza ha de faltar al uno;

Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum odio habebit, et alterum diliget; dice ella aquí que por no faltar a Dios faltó a todo lo que no es Dios, que es a todas las demás cosas y a sí misma, perdiéndose a todo ello por su amor.

El que anda de veras enamorado luego se deja perder a todo lo demás por ganarse más en aquello que ama, y por eso dice aquí que se hizo perdidiza ella misma, que es dejarse perder de industria.

Y es en dos maneras; conviene a saber, a sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa, sino del Amado, entregándose a él de gracia, sin ningún interés, haciéndose perdidiza, no queriendo ganar en nada para sí; lo segundo, haciéndose perdidiza a todas las cosas, no haciendo caso de ningunas, sino de las que tocan al Amado; y esto es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen.

Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y a sí mismo en su voluntad por Dios, y ésa tiene por su ganancia. Y así lo es, según dice San Pablo: Mori lucrum; esto es: Mi morir es granjería espiritualmente y ganancia por Cristo.

Por eso dice el alma fui ganada, porque el que así no sabe perder no se gana, antes se pierde, según dice nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: Qui enim voluerit animam suam salvam, facere, perdet eam; qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam;

«El que quisiere ganar para sí su alma, ése la perderá; y el que la perdiere para consigo por mí, ése la ganará».

Y si queremos entender el dicho verso más espiritualmente y más a propósito de lo que aquí se trata, es de saber, que cuando un alma en el camino espiritual ha llegado a tanto, que se ha perdido a todos los caminos y vías naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas ni sentimientos ni otros modos algunos de criaturas ni sentidos, sino que solamente, pasando sobre todo eso y sobre todo modo suyo y sobre toda manera, trata y goza a Dios en fe y amor, entonces se dice haberse de veras ganado a Dios, porque de veras se ha perdido a todo lo que no es Dios y a lo que ella es en sí.

Anotación de la canción siguiente.

Estando, pues, el alma ganada de esta manera, todo la obra es ganancia, porque toda la fuerza de sus potencias está convertida en trato espiritual con el Amado, de muy sabroso amor interior; en el cual las comunicaciones interiores que pasan entre Dios y el alma son de tan delicado y subido deleite, que no hay lengua mortal que lo pueda decir ni entendimiento humano que lo pueda entender; porque así como la desposada, en el día de su desposorio no entiende en otra cosa sino en lo que es fiesta y deleite de amor, y en sacar todas sus joyas y gracias a la luz, para con ella deleitar y agradar al esposo, y el esposo, ni más ni menos, todas sus riquezas y excelencias le muestra para hacerle a ella fiesta y solaz; así, aquí en este espiritual desposorio, donde el alma siente de veras lo que la Esposa dice en los Cantares, es a saber:

Ego dilecto meo, et dilcetus meus mihi;

«Yo para mi amado, y mi amado para mí»; las virtudes y gracias de la esposa alma, y las magnificencias y grandezas del Esposo, Hijo de Dios, salen a luz y se ponen en plato para que se celebren las bodas de este desposorio, comunicándose los bienes y deleites el uno al otro con vino de sabroso amor en el Espíritu Santo; para muestra de lo cual, hablando con el Esposo, dice el alma esta canción:

## Canción trigésima

De flores y esmeraldas,

En las frescas mañanas escogidas,

Haremos las guirnaldas,

En tu amor floridas,

Y en un cabello mío entretejidas.

Declaración.

En esta canción vuelve el alma esposa a hablar con el Esposo en comunicación y recreación de amor, y lo que en ella hace es tratar del solaz y deleite que el alma esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesión de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicación de amor; y por eso dice ella, hablando con él, que harán guirnaldas ricas de dones y virtudes adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermoseadas y graciosas en el amor que tiene él a ella, y sustentadas y conservadas en el amor que ella le tiene a él; por eso llama a este gozar las virtudes hacer guirnaldas de ellas, porque todas juntas, como flores en guirnaldas, las gozan entrambos en el amor común que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes del alma, y las esmeraldas son los dones que tiene en Dios, pues de estas flores y esmeraldas,

En las frescas mañanas escogidas.

Es a saber, ganadas y adquiridas en las juventudes son las frescas mañanas de las edades; y dice escogidas, porque las virtudes que se

adquieren en este tiempo de juventud son escogidas y muy aceptas a Dios, por ser el tiempo que hay más contradicción de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural más inclinación y prontitud para perderlas; y también porque comenzándolas a coger desde este tiempo de juventud, se adquieren más perfectas; y llama a estas juventudes frescas mañanas, porque así como es agradable la frescura de la mañana en la primavera más que las otras partes del día, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios; y aun puédense entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son más agradables a Dios que las frescas mañanas a los hijos de los hombres.

También se entiende aquí por las frescas mañanas las otras hechas en sequedad y dificultad de espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno; y estas obras hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy preciadas de Dios, porque en ella grandemente se adquieren las virtudes y dones; las que se adquieren de esta suerte y con trabajo, por la mayor parte son más escogidas y esmeradas y más firmes que si se adquiriesen con el sabor y regalo del espíritu; porque la virtud en la sequedad y dificultad y trabajo echa raíces, según lo dijo San Pablo diciendo:

Virtus in infirmitate perficitur; esto es: «La virtud en la flaqueza se hace perfecta». Y por tanto, para encarecer la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnaldas para el Amado, bien está dicho:

En las frescas mañanas escogidas.

Porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidas y perfectas, y no de las imperfectas, goza bien el Amado; y por eso dice aquí el alma esposa que de ellas para él

Haremos las guirnaldas.

Para cuya inteligencia es de saber que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella son como una guirnalda de varias flores, con que está admirablemente hermoseada, así como de una vestidura de preciosa variedad.

Y para mejor entenderlo, es de saber que, así como las flores materiales se van cogiendo y componiendo con ellas la guirnalda que de ellas se hace, de la misma manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van asentando en el alma, y acabadas de adquirir, está ya la guirnalda de perfección acabada de hacer en el alma, donde ella y el Esposo se deleitan hermoseados y adornados con esta guirnalda, bien así como en estado de perfección.

Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parecer dignamente en este precioso y hermoso adorno delante de la cara del Rey, y merezca la iguale consigo, poniéndola como reina a su lado, pues ella lo merece con la hermosura de su variedad.

De donde hablando David con Cristo en este casa, dice: Astitit Regina a dextris tuis in vestitus deaurato; circumdata varietate; que quiere decir: «Estuvo la Reina a tu diestra, en vestidura de oro, cercada de variedad»; que es tanto como decir:

Estuvo la Reina a tu diestra vestida de perfecto amor y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas.

Y no dice haré yo ni harás tú a solas las guirnaldas, sino ambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma ni alcanzarlas a solas sin ayuda de Dios, ni tampoco la obra Dios a solas en el alma sin ella; porque, aunque es verdad que todo dado bueno y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres, como dice Santiago:

Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est; descendens a Patre luminum; todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda del alma que la recibe. De donde, hablando la Esposa en los Cantares con el Esposo, dijo: Trahe me post te curremus; «Tráeme después de ti, correremos».

De manera que el movimiento para el bien, de Dios ha de venir solamente, según aquí da a entender mas el correr, que es el obrar, Dios y el alma juntamente; y por eso no dice que él solo ni ella correrían, sino ambos correremos.

Este versillo se entiende harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia, esposa suya, habla con él, diciendo: «Haremos las guirnaldas».

Entendiendo por ellas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores, de virtudes y de dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo, Cristo.

También se puede entender por las hermosas guirnaldas las que por otro nombre se llaman laureolas, hechas también en Cristo y la Iglesia, las cuales son en tres maneras: la primera, de hermosura y blancas flores de todas las vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo, Cristo; la segunda laureola, de las resplandecientes flores de los santos doctores, cada uno con su laureola de doctor, y todas juntas serán una laureola para sobreponer en la de las vírgenes en la cabeza de Cristo; la tercera, de los encarnados claveles de los mártires, cada uno también con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la del Esposo, Cristo.

Con las cuales tres guirnaldas estará él tan hermoseado y tan gracioso de ver, que se dirá en el cielo aquello que dice al Esposo en los Cantares y es: Egredimini, et videte filiae Sion regem Salomonem in

diademate, quo coronavit illum Mater sua in die desponsationis illius, et in die laetitiae cordis ejus;

«Salid, hijas de Sión, y mirad al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio y en el día de la alegría de su corazón». Haremos, pues, dice, estas guirnaldas:

En tu amor floridas.

La flor que tienen las obras y virtudes es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual, no solamente no estarán floridas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero, porque él da su gracia y amor, son las obras floridas en su amor.

Y en un cabello mío entretejidas.

Este cabello suyo es la voluntad de ella y el amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda; porque, así como en ella enlaza y ase las flores, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en ella, y allí las sustenta; porque, como dice San Pablo, es la caridad el vínculo y atadura de la perfección.

De manera que en este amor del alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si se quebrase, faltando a Dios, luego se desatarían todas las virtudes y faltarían del alma, así como quebrando el hilo de la guirnalda se caerían las flores.

De manera que no basta que Dios nos tenga amor para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos a él para recibirlas y conservarlas.

Dice un cabello solo, y no muchos, para dar a entender que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores; en lo cual encarece bien el valor y precio de estas guirnaldas de virtudes, porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, también las virtudes están

perfectas y acabadas y floridas mucho en el amor de Dios, porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, según el alma también lo siente.

Pero si yo quisiese, para entender la hermosura del entretejimiento que tienen estas flores de virtudes y esmeraldas entre sí, o decir algo de la fortaleza y majestad que el orden y compostura de ellas ponen en el alma, y del primor y gracia con que la atavía esta vestidura de variedad, no hallaría palabras ni términos con que darlo a entender.

Porque si del demonio dice Dios en el «Libro de Job»: Corpus illius quasi scuta fusilia, compactum squamis se praementibus, una uni conjungitur, et nec spiraculum quidem incendit per eas; esto es:

Su cuerpo es como escudos de metal colado, guarnecido con escamas tan apretadas entre sí, que de tal manera se junta una a otra, que no puede entrar el aire por ellas.

Pues si el demonio tiene tanta fortaleza entre sí, por estar vestido de malicias asidas y ordenadas unas de otras, las cuales son de notar por las escamas de su cuerpo, que se dice ser como escudos de metal colado, siendo todas las malicias en sí flaqueza, ¿cuánta será la fortaleza de esta alma vestida toda de fuertes virtudes, tan asidas y entretejidas entre sí, que no puede caber entre ellas fealdad ninguna ni imperfección, añadiendo cada una con su fortaleza, fortaleza al alma, y con su hermosura al alma, y con su valor y precio haciéndola rica, y con su majestad añadiéndole señoría grandeza?

¡Cuán maravillosa, pues, será a la vista espiritual esta alma esposa en la apostura de estos dones a la diestra del Rey, su esposo! Hermosos son tus pasos en los calzados, hija del Príncipe, dice el Esposo de ella en los Cantares: Quam pulchri sunt gressus tui in calceamentis, filia Principis!

Dícele hija del Príncipe, para denotar el principado que aquí tiene; y cuando la llama hermosa en el calzado, ¡cuál será en el vestido!

Y porque no sólo admira la hermosura que ella tiene con la vestidura de estas flores, sino que también espanta la fortaleza y poder que con la compostura y orden de ellas juntó con la interposición de las esmeraldas que de inumerables dones tiene, dice también de ella el Esposo en los Cantares:

Terribilis ut castrorum acies ordinata; esto es: Terrible eres, ordenada como las huestes de los reales. Porque estas virtudes y dones de Dios, así como con su olor espiritual recrean, así también, cuando están unidas en el alma con su sustancia, dan fuerza.

Que por eso, cuando la Esposa estaba flaca y enferma de amor en los Cantares, por no haber llegado a unir y entretejer estas flores y esmeraldas en el cabello de su amor, deseando ella fortalecerse con la dicha unión y junta de ellas, la pedía con estas palabras, diciendo:

Fulcite me floribus, stipate me malis: quia amore langueo; esto es: Fortalecedme con flores y apretadme con manzanas, porque estoy desflaquecida de amor. Entendiendo por las flores las virtudes, y por las manzanas los demás dones.

Anotación de la canción siguiente.

Creo que está dando a entender cómo, por el entretejimiento de estas guirnaldas y asiento de ellas en el alma, quiere dar a entender en esta canción pasada la Esposa la divina unión de amor que hay entre Dios y ella en este estado, pues el Esposo, en las flores, es la flor del campo y el lirio de los valles, como él dice:

Ego flos campi, et lillium convallium.

Y el cabello del amor del alma es, como habemos dicho, el que ase y une con ella esta flor de las flores; pues, como dice el Apóstol, el amor se ha de tener sobre todas las cosas, porque es la atadura de la

perfección, la cual es la unión con Dios, y el alma el hacecico donde se asientan estas guirnaldas; pues ella es el sujeto de esta gloria, no pareciendo el alma ya lo que antes era, sino la misma flor perfecta con la perfección y hermosura de todas las flores, porque, con tanta fuerza los ase a Dios y al alma este hilo de amor, y los junta, que los transforma y hace uno por uno.

De manera que, aunque en sustancia son diferentes, en gloria y parecer el alma parece Dios, y Dios el alma.

Tal es esta junta admirable sobre todo lo que se puede decir; y de ella se da algo a entender por lo que dice en la Escritura, en el primer libro de los Reyes, del amor que Jonatás tenía a David, que era tan estrecho, que conglutinó el alma del uno con el otro:

Anima Jonatae conglutinata est animae David.

Pues si el amor de un hombre para con otro fue tan fuerte que pudo conglutinar las almas, ¿que será la conglutinación que hará del alma con su Esposo, Dios, el amor que el alma tiene al mismo Dios, siendo Dios aquí el principal amante, que con la omnipotencia de su abismal amor absorbe al alma en sí con más eficacia y fuerza que un torrente de fuego a una gota del rocío de la mañana, que suele volar resueltamente en el aire?

De donde, en el cabello que tal obra de juntura hace, sin duda conviene que sea muy fuerte y sutil, pues con la tanta fuerza penetra las partes que se ase; y por eso el alma declara en la canción siguiente las propiedades de este hermoso cabello, diciendo:

## Canción trigésima primera

En sólo aquel cabello,

Que en mi cuello volar consideraste,

Mirástele en mi cuello,

Y en él preso quedaste,

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Declaración.

Tres cosas quiere decir el alma en esta canción. La primera es dar a entender que aquel amor en que están asidas las virtudes no es otro sino sólo el amor fuerte; porque a la verdad él ha de ser tal para conservarlas.

La segunda dice que Dios se prendó mucho de éste su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera dice que estrechamente se enamoró de Dios ella, viendo la pureza y entereza de su fe.

En solo aquel cabello,

Que en mi cuello volar consideraste.

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor, en que están entretejidas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea solo para conservar las virtudes, sino que también sea fuerte, para que ningún vicio contrario le pueda quebrar por ningún lado de la perfección de la guirnalda, porque por tal orden están asidas en este cabello del amor del alma las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarían todas; porque las virtudes, así como donde está una están todas, también donde una falta, faltan todas.

Dice que volaba en el cuello, porque en la fortaleza del alma vuela este amor de Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna; y así como en el cuello el aire menea y hace volar el cabello, así también el aire del Espíritu Santo mueve y altera el amor fuerte, para que haga vuelos a Dios, porque sin este divino viento, que mueve las potencias a ejercicio de amor divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma; y en lo que dice el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da a entender cuánto ama Dios al amor fuerte; porque considerar, es mirar muy particularmente con atención y estimación de aquello que se mira, y el amor fuerte hace mucho a Dios volver los ojos a mirarle.

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice, para dar a entender el alma que, no sólo preció y estimó Dios este amor viéndolo solo, sino que también le amó viéndolo fuerte; porque mirar Dios es amar, así como el considerar Dios es, como habemos dicho, estimar lo que considera; y vuelve a repetir en este verso el cuello, diciendo del cabello:

«Mirástele en mi cuello»; porque, como está dicho, es ésta la causa por qué le amó mucho, es a saber, verle en fortaleza; y así, es como si dijera: Amástele, viéndole fuerte, sin pusilanimidad ni temor, y solo, sin otro amor, y volar con ligereza y fervor.

Hasta aquí no había Dios mirado este cabello para prenderse en él, porque no le había visto solo y desasido de los demás cabellos, esto es, de otros amores, aficiones y gustos, con los cuales no volaba sólo en el cuello de la fortaleza; mas, después que por las mortificaciones y trabajos y tentaciones y penitencia se vino a desasir y a hacer fuerte, de manera que ni por cualquier fuerza ni ocasión quiebra, entonces ya le mira Dios, y prende y ase en él las flores de estas guirnaldas; pues tiene fortaleza para tenerlas asidas en el alma.

Mas cuáles y cómo sean tentaciones éstas y trabajos, y hasta dónde llegan al alma para poder venir a esta fortaleza de amor, en que Dios se une con el alma, se ha hecho en la noche escura, y en la declaración de las cuatro canciones que comienzan:

«¡Oh llama de amor viva!», se dice algo de ello; por lo cual, habiendo pasado esta alma, ha llegado a tal grado de amor de Dios, que ha merecido ya la divina unión; y así, dice luego:

Y en él preso quedaste.

¡Oh cosa digna de toda estimación y gozo, quedar Dios preso en un cabello!

La causa de esta prisión tan preciosa es el haber Dios querido pararse a mirar el vuelo del cabello en el cuello, como dicen los versos precedentes; porque, como habemos dicho, el mirar de Dios es amar; porque si él por su gracia y misericordia no nos mirara y amara primero, como dice San Juan, y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro bajo amor, porque no tenía él tan bajo vuelo que llegase a prender nuestro amor a esta divina ave de las alturas, y provocarla a mirarnos, y provocar y levantar el vuelo de nuestro amor, dándole valor y fuerza para ella si él no mirara; pero él mismo se prendó en el vuelo del cabello, esto es, él mismo se pagó y se agradó; por lo cual se prendó; y eso quiere decir «mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste».

Porque cosa muy creíble es que el ave de bajo vuelo pueda prender al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo, queriendo ser presa. Y sigue:

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la fe; y dice uno solo, y que en él se llagó, porque si la fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino mezclada con otro algún respecto o cumplimiento, no llegaría a

efecto de llagar a Dios de amor; y así, sólo un ojo ha de ser en que se llaga, así como un solo cabello en que se prenda el Amado.

Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la esposa en esta fidelidad única, que ve en ella, que si en el cabello de su amor se prenda, en el ojo de la fe aprieta con estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor por la gran ternura del afecto con que está aficionado a ella; lo cual es entrarla más en su amor.

Esto mismo del cabello y del ojo dice el Esposo en los Cantares a su esposa: Vulnerasti cor meum soror mea sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui;

«Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía; llagaste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello».

En lo cual dos veces repite haberle llagado el corazón, es a saber, en el ojo y en el cabello, y por eso el alma hace relación en esta canción del ojo y del cabello, porque en ella denota la unión que tiene con Dios, según el entendimiento y según la voluntad; porque a la fe, significada por el ojo, se sujeta el entendimiento y la voluntad por amor.

De la cual unión se gloría aquí el alma, y regracia esta merced a su Esposo, como recibida de su mano, estimando en mucho haberse querido pagar y prendar de su amor; en lo cual se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo había que lo era ella de él, andando de él enamorada.

Anotación de la canción siguiente.

Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y liga; dichosa el alma que ama, pues tiene a Dios por prisionero, rendido a todo lo que ella quisiere; porque tiene tal condición, que, si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren,

y si de otra manera, no hay hablar ni poder con él, aunque hagan extremos; pero por amor en un cabello le ligarán.

Lo cual, conociendo el alma, y que muy fuera de sus méritos le ha hecho tan grandes mercedes de levantarla a tan alto amor con tan ricas prendas de dones y virtudes, se lo atribuye todo a él en la canción siguiente.

## Canción trigésima segunda

Cuando tú me mirabas,

Su gracia en mí tus ojos imprimían;

Por eso me adamabas,

Y en eso merecían

Los míos adorar lo que en ti vían.

Declaración.

Es propiedad del amor perfecto no querer admitir ni tomar nada para sí, ni atribuirse a sí nada, sino todo al Amado; que esto aun en los amores bajos lo hay, cuanto más en el de Dios, donde tanto obliga la razón.

Y por tanto, porque en las dos canciones pasadas parece se atribuía a sí alguna cosa la esposa, tal como decir que ella juntamente con el Esposo haría las guirnaldas tejidas con el cabello de ella, lo cual es obra no de poco momento y estima, y después decir y gloriarse que el Esposo se había prendado de su cabello y llagado en su ojo, en lo cual parece también atribuirse a sí misma gran merecimiento, quiere ahora en la presente canción declarar su intención y deshacer el engaño que en esto se puede entender, con cuidado y temor no se le atribuya a ella algún valor y merecimiento, y por eso se le atribuya a Dios menos de lo que se le debe y ella desea, atribuyéndolo todo a él; y regraciándose juntamente, le dice que la causa de prenderse él del cabello de su amor y llagarse del ojo de su fe fue por haberle hecho él la merced de mirarla con amor, con que la hizo graciosa y agradable a sí mismo; y que por esa gracia y valor que de él recibió, mereció su amor y tener valor ella en sí para adorar agra-

dablemente a su Amado y hacer obras dignas de su gracia y amor; y así, dice:

Cuando tú me mirabas.

Es a saber, con afecto de amor; porque ya dijimos que aquí el mirar de Dios es amar.

Su gracia en mí tus ojos imprimían.

Por los ojos del Esposo entiende aquí su divinidad misericordiosa; la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma divinidad; y dice el alma, viendo la dignidad y alteza en que Dios la ha puesto:

Por eso me adamabas.

Adamar es amar mucho, es más que amar simplemente, es como amar duplicadamente, esto es, por dos títulos o causas; y así, en este verso da a entender el alma los dos motivos y causas del amor que el Esposo le tiene, por los cuales, no sólo la amaba, prendado en su cabello, más que la adamaba, llagando en su ojo.

La causa por que la adamó de esta manera tan estrecha dice ella en este verso que era porque él quiso con mirarla darle gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabello, informando con su caridad la fe de su ojo; y así, dice: «Por eso me adamabas».

Porque poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor; y así, es tanto como decir: porque habías puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, por eso me adamabas, esto es, por eso me dabas más gracia. Que es lo que dice San Juan:

Dat gratiam pro gratia; que quiere decir, da gracia por la gracia que ha dado, que es dar más gracia; porque sin gracia no se puede merecer su gracia.

Es de notar, para inteligencia de esto, que Dios, así como no ama cosa fuera de sí, así ninguna cosa ama más altamente que a sí, porque todo lo ama por sí; y así, el amor tiene la razón del fin, de donde no ama las cosas por lo que ellas son en sí.

Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así, ama al alma en sí consigo, con el mismo amor que él se ama; y por eso en cada obra, por cuanto, la hace en Dios, merece el alma el amor de Dios; porque, puesta en esta gracia y alteza, en cada obra merece al mismo Dios.

Y por eso dice luego: Y en eso merecían.

Es a saber, en este favor y gracia que los ojos de tu misericordia me hicieron cuando me mirabas, haciéndome agradable a tus ojos y digna de ser vista de ti, merecieron

Los míos adorar lo que en ti vían.

Que es como decir, las potencias de mi alma, Esposo mío, que son los ojos con que de mí puedes ser visto, merecieron levantarse a mirarte, las cuales antes con la miseria de su baja operación y caudal natural estaban caídas y bajas; porque poder mirar el alma a Dios es hacer obras en gracia de Dios; y así, merecían las potencias del alma en el adorar, porque adoraban en gracia de su Dios, en la cual toda operación es meritoria.

Adoraban, pues, alumbrados y levantados con su gracia y favor, lo que en él ya veían, lo cual antes, por su ceguera y bajeza no veían. ¿Qué era, pues, lo que ya veían?

Era grandeza de virtudes, abundancia de suavidad, bondad inmensa, amor y misericordia de Dios, y beneficios inumerables que de él había recibido, así en este estado tan allegado a Dios como cuando no lo estaba; todo esto merecían adorar ya con merecimiento los ojos del alma, porque estaban ya graciosos y agradables al Esposo; lo cual

antes, no sólo no merecían adorar ni ver, pero ni aun considerar de Dios algo; porque es grande la rudeza y ceguera del alma que está sin su gracia.

Mucho hay aquí que notar y mucho de que se doler, ver cuán fuera está de hacer lo que es obligada el alma que no está ilustrada con el amor de Dios; porque, estando ella obligada a conocer éstas y otras cosas e innumerables mercedes, así temporales como espirituales, que de él ha recibido y a cada paso recibe, y adorar y servir con todas sus potencias a Dios por ellas sin cesar no sólo no lo hace, mas aun ni mirarlo y conocerlo merece ni cae en la cuenta de ello; que hasta aquí llega la miseria de los que viven, o por mejor decir, que están muertos en pecado.

Anotación de la canción siguiente.

Para más inteligencia de lo dicho y de lo que sigue, es de saber que la mirada de Dios hace cuatro bienes en el alma, que son limpiarla, agraciarla, enriquecerla y alumbrarla; así como el sol cuando envía sus rayos, que enjuga, calienta, hermosea y resplandece.

Y después que Dios pone en el alma estos tres bienes postreros, por cuanto por ellos le es el alma muy agradable, nunca más se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenía, según lo dice por Ecequiel: Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, non recordabor.

Y así, habiéndole quitado una vez el pecado y fealdad, nunca más le da en cara con ello, no por eso le deja de hacer más mercedes; porque él no juzga dos veces una cosa: Non vindicavit vis in idipsum in tribulatione.

Pero aunque Dios se olvida de la maldad y pecado después de perdonado una vez, no por eso le conviene olvidar sus pecados primeros al alma, pues dice el Sabio: De propiciato peccato, noli esse sine metu;

Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo; y esto por tres cosas: la primera, para tener siempre ocasión de no presumir; la segunda, para tener materia de siempre agradecer; la tercera, para que le sirva de más confiar para más recibir; porque si estando en pecado recibió de Dios tanto bien, cuando está puesta en tanto bien en amor de Dios y fuera de pecado, ¿cuánto mayores mercedes podrá esperar?

Acordándose, pues, el alma aquí de todas estas misericordias recibidas, y viéndose puesta junto al Esposo con tanta dignidad, gózase grandemente con deleite y agradecimiento y amor, ayudándole mucho para esto la memoria de aquél su primer estado tan bajo y tan feo, que, no solo no merecía ni estaba para que la mirara Dios, mas ni aún para que tomara en su boca su nombre, según lo dice por su profeta David:

Nec menor era nominum eorum per labia mea.

De donde, viendo que de su parte ninguna razón hay, ni la puede haber, para que Dios la mirase y engrandeciese, sino sólo de parte de Dios, que es su bella gracia y la mera voluntad suya, atribuyéndose a sí su miseria, y al Amado todos los bienes que posee; viendo que por ellos ya merece lo que no merecía, toma ánimo y osadía para pedir continuación de la divina unión espiritual, en la cual le vaya multiplicando las mercedes de todo lo que ella da a entender en la canción siguiente.

## Canción trigésima tercera

No quieras despreciarme;

Que si color moreno en mí hallaste,

Ya bien puedes mirarme

Después que me miraste,

Que gracia y hermosura en mí dejaste.

Declaración.

Animándose ya la esposa, y apreciándose a sí en las prendas y precio que de su amado tiene, viendo que por ser cosas de él, aunque ella de suyo sea de bajo precio y no merezca alguna estima, a lo menos por ellas la merece, atrévese a su Amado y dícele que ya no la quiera tener en poco ni despreciarla; porque, si antes merecía esto por la fealdad de su culpa y bajeza de su naturaleza, ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia y la vistió con su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y más veces, augmentándola la gracia y hermosura, pues hay ya razón y causa bastante para ello en haberla mirado cuando no lo merecía ni tenía partes para ello.

No quieras despreciarme

No dice esto por querer el alma ser tenida en algo, porque antes los desprecios y vituperios son de grande estima y gozo para el alma que de veras ama a Dios, y porque ve que de su cosecha no merece otra cosa; sino por la gracia y dones que tiene de Dios, según ella va dando a entender, diciendo:

Que si color moreno en mí hallaste.

Es a saber que, antes que me miraras graciosamente, hallaste en mí fealdad y negrura de culpas e imperfecciones y bajeza de condición natural:

Ya bien puedes mirarme,

Después que me miraste.

Después que me miraste, quitando de mí este color moreno y desgraciado de culpa, con que no estaba de ver, en que me diste la primera vez gracia, ya bien puedes mirarme; esto es, ya bien puedo yo y merezco ser vista, recibiendo más gracias de tus ojos; pues con ellos, no sólo la primera vez me quitaste el color moreno, pero también me hiciste digna de ser vista, pues con tu vista de amor

Gracia y hermosura en mí dejaste.

Lo que ha dicho el alma en los dos versos antecedentes es para dar a entender lo que dice San Juan en el Evangelio; es a saber, que Dios da gracia por gracia; porque cuando ve al alma graciosa en sus ojos, se mueve mucho a hacerle más gracia, por cuanto mora en ella bien agradado.

Lo cual, conociendo Moisés, pidió a Dios más gracia, queriéndolo obligar por la que ya de él tenía, diciéndole: Cum dixeris novi te ex nomine, et invenisti gratiam coram me. Si ergo inveni gratiam in conspectu tuo, ostende mihi faciem tuam. Ut sciam te, et inveniam tratiam ante oculos tuos; esto es:

Tú dices que me conoces de nombre y que he hallado gracia delante de tu presencia; muéstrame tu cara para que te conozca y halle gracia delante de tus ojos. Y porque con esta gracia está el alma delante de Dios engrandecida, honrada y hermoseada, como habemos dicho, por eso es amada de él inefablemente.

De manera que, si antes que tuviese en su gracia por sí sólo la amaba, ahora que ya está en su gracia, no sólo la ama por sí, sino tam-

bién por ella; y así, enamorado él de su hermosura mediante los efectos y obras de ella, ahora que no está sin ellos, siempre le va él comunicando más amor y gracias; y como la va honrando y engrandeciendo más, siempre se va más prendando y enamorando de ella; porque así lo da a entender Dios, hablando con su amigo Jacob por Isaías, diciendo:

Ex quo honorabilis factus est in oculis meis, et gloriosus: ego dilexi te; esto es: Después que en mis ojos eres hecho honrado y glorioso, yo te he amado. Lo cual es tanto como decir:

Después que mis ojos te dieron gracia con su vista, por lo cual te hiciste glorioso y digno de honra en mi presencia, has merecido más gracias de mercedes mías; porque amar Dios más es hacer más mercedes. Esto mismo da a entender la Esposa en los Cantares diciendo a las otras almas:

Nigra sum, sed formosa, filiae Jerusalem; y añade la Iglesia en su nombre: Ideo dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum; Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén; por tanto, me ha amado el Rey y entrádome en lo interior de su lecho. Lo cual es decir:

Almas que no sabéis ni conocéis de estas mercedes, no os maravilléis porque el Rey celestial me las haya hecho a mí tan grandes, que haya llegado a meterme en lo interior de su amor; porque, aunque soy morena de mío, puso él tanto en mí sus ojos después de haberme mirado la primera vez, que no se contentó hasta desposarme consigo y llamarme hasta el interior lecho de su amor.

¿Quién podrá decir adónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella? No hay poderlo decir ni aun imaginar; porque al fin lo hace como Dios para mostrar que él es.

Sólo se puede dar algo a entender la condición que Dios tiene de ir dando más a quien más tiene, y lo que le va dando es multiplicada-

mente según la proporción de lo que antes el alma tiene; como el Evangelio lo da a entender, diciendo:

Qui enim habet dabitur ei, et abundabit: qui autem non habet, et quod habet auferetur ab eo; esto es: A cualquiera que tuviere, se le dará más, hasta que llegue a abundar, y al que no tiene le será quitado.

Y así, el dinero que tenía el siervo no en gracia de su señor, le fue quitado, y dado al que tenía más dineros, para que todos juntos los tuviese en gracia de su señor; de donde, los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es más amigo suyo, y le ordena para más honrarle y sacrificarle; así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas, como también lo dio Dios a entender en la sobredicha autoridad de Isaías, según el sentido espiritual, hablando con Jacob, diciendo:

Ego Dominus Deus tuus, Sanctus Israel, et Salvator tuus, dedi propiciationem tuam Aegiptum, Aetiopiam, et Saba pro te... e dabo homines pro te, et Populos pro anima tua; esto es:

Yo soy tu Señor, Dios santo de Israel, tu Salvador; a Egipto he dado por tu propiciación a Etiopía y Saba por ti, y daré hombres por ti y pueblos por tu alma.

Bien puedes ya, Dios, mirar y preciar mucho al alma que miras, pues con tu vista pones en ella precio y prendas de que tú te precias y prendas; y por eso, no ya una vez sola, sino muchas, mereces que la mires después que la miraste; pues, como se dice en el libro de Ester por el Espíritu Santo:

Digno es de tal honra a quien quiere honrar el Rey; Hoc honore condignus est, quemcumque Rex voluerit honorare.

Anotación de la canción siguiente.

Los amigables regalos que el Esposo hace al alma en este estado son inestimables, y las alabanzas y requiebros de divino amor que con gran frecuencia pasan entre los dos son inefables.

Ella se emplea en alabarlo y regraciarlo a él, y él en engrandecerla y alabarla y regraciarla a ella, según es de ver en los Cantares donde, hablando él con ella, dice: Ecce tu pulchra es amica mea, ecce tu pulchra es, oculi tui columbarum. Ecce tu pulcher es dilecte mi, et decorus; esto es:

Cata que eres hermosa, amiga mía; cata que eres hermosa y tus ojos son de paloma. Y ella responde y dice:

Cata que eres hermoso, Amado mío, y bello, y otras muchas gracias y alabanzas que el uno al otro se dicen en los Cantares; y así, ella en la canción pasada acaba de despreciarse a sí, llamándose morena y fea, y de alabarlo a él de hermoso y gracioso, pues con su mirada le dio gracia y hermosura.

Y él, porque tiene de costumbre de ensalzar al que se humilla, poniendo en ella sus ojos, como ella se lo ha pedido en la canción que sigue, se emplea en alabarla, llamándola no morena, como ella se llama, sino blanca paloma, alabándola de las buenas propiedades que tiene como paloma y tórtola; y así, dice:

## Canción trigésima cuarta

La blanca palomica

Al arca con el ramo se ha tornado,

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

Declaración.

El Esposo es el que habla en esta canción, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premio que ha conseguido por haberse dispuesto y trabajado por venir a él.

Y también canta la buena dicha que ha tenido en hallar a su Esposo en esta unión, y da a entender el cumplimiento de los deseos suyos y deleite y refrigerio que en él posee, acabados ya los trabajos de la vida y tiempo pasado. Y así, dice:

La blanca palomica.

Llama al alma blanca palomica, por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios.

Y llámala paloma, porque así la llama en los Cantares, para denotar la sencillez y mansedumbre de condición y amorosa contemplación que tiene; porque la paloma, no sólo es sencilla y mansa sin hiel, mas también tiene los ojos claros y amorosos; y por eso, para denotar el Esposo en ella esta propiedad de contemplación amorosa con que mira a Dios, dijo allí también que tenía los ojos de paloma, a la cual le dice aquí que

Al arca con el ramo se ha tornado.

Aquí compara al alma el Esposo a la paloma del arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al arca, de lo que al alma en este caso le ha acaecido; porque, así como la paloma iba y venía al arca porque no hallaba donde descansar su pie entre las aguas del diluvio, hasta que después se volvió a ella con un ramo de oliva en el pico, en señal de la misericordia de Dios en la cesación de las aguas que tenían anegada la tierra; así esta alma, que salió de la arca de la omnipotencia de Dios cuando la crió, habiendo andado por las aguas del diluvio de los pecados y de las imperfecciones, no hallando donde descansase su apetito, andaba yendo y viniendo por los aires de las ansias de amor al arca del pecho de su Criador, sin que de hecho la acabase de recoger en él, hasta que ya, habiendo Dios hecho cesar las dichas aguas de imperfecciones sobre la tierra de su alma, ha vuelto con el ramo de oliva, que es la victoria que por la clemencia y misericordia de Dios tiene de todas las cosas, a este dichoso y acabado recogimiento del pecho de su Amado, no sólo con victoria de todos sus contrarios, sino con premio de sus merecimientos; porque lo uno y lo otro es denotado por el ramo de oliva.

Y así, la palomica del alma, no sólo vuelve ahora al arca de su Dios, blanca y limpia, como salió de ella cuando la crió, mas aun con aumento del ramo del premio y paz conseguida en la victoria de sí misma.

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hallado.

También llama aquí el Esposo al alma tortolica; porque en este caso de buscar al Esposo, ha sido como la tortolica cuando no halla al consorte que desea.

Para cuya inteligencia es de saber lo que de la tortolica se dice, que cuando no halla a su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fría, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otras compañías; pero en juntándose con él ya goza de todo esto.

Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga, para haber de llegar a esta unión y junta de su Esposo; porque, con tanto amor y solicitud le conviene, andar, que no siente el pie del apetito en rama verde de algún deleite, ni quiera beber el agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fría de algún refrigerio o consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algún favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar a su Esposo con cumplida satisfacción.

Y porque esta tal alma, antes que llegase a este estado, anduvo con grande amor buscando a su Amado, no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo que ya la «tortolica ha hallado en las riberas verdes al socio deseado», que es tanto como decir:

Ya el alma esposa se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado; y ya bebe el agua clara de muy alta contemplación y sabiduría de Dios, y fría del refrigerio y regalo que tiene en Dios; y también se pone debajo de la sombra de su amparo y favor, que tanto ella había deseado; donde es consolada y apacentada, y refeccionada sabrosa y divinamente; según ella, de ello se alegra en los Cantares diciendo:

Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis guturi meo; esto es: Debajo de la sombra de aquél que había deseado me asenté, y su fruto es dulce a mi garganta.

Anotación de la canción siguiente.

Va prosiguiendo el Esposo dando a entender el contento que tiene del bien que ha conseguido la esposa por medio de la soledad en que antes quiso vivir, que es una estabilidad de paz y bien inmutable; porque, cuando el alma llega a confirmarse en la quietud del único y solitario amor del Esposo, como ha hecho ésta de quien hablamos aquí, hace tan sabroso asiento de amor en Dios, y Dios en ella, que no tiene necesidad de otro medio ni maestros que la encaminen a Dios, porque es ya Dios su guía y luz, cumpliendo en ella lo que prometió por Oseas, diciendo:

Ducam eam in solitudinem: et loquar ad cor ejus; esto es: Yo la llevaré a la soledad, y allí hablaré a su corazón.

En lo cual da a entender que en la soledad se comunica y une en el alma, porque hablarle al corazón es satisfacerle el corazón, el cual no se satisface con menos que Dios, y así, dice el Esposo:

## Canción trigésima quinta

En soledad vivía,

Y en soledad ha puesto ya su nido,

Y en soledad la guía

A solas su querido

También en soledad de amor herido.

Declaración.

Dos cosas hace en esta canción el Esposo: la primera, alabar la soledad en que antes el alma quiso vivir, diciendo cómo fue medio para en ella hallar y gozar a su amado a solas de todas las penas y fatigas que antes tenía; porque, como ella se quiso sustentar en soledad de todo gusto y consuelo y arrimo de las criaturas por llegar a la compañía y junta de su Amado, mereció hallar la posesión de la paz de la soledad en su Amado, en que reposa ajena y sola de todas las dichas molestias.

La segunda es decir que por cuanto ella se ha querido quedar a solas de todas las cosas criadas por su Querido, él mismo, enamorado de ella por ésta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibiéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes, guiando su espíritu a las cosas altas de Dios; y no sólo dice que él es ya su guía, sino que a solas lo hace sin otros medios, ni de ángeles ni de hombres, ni de formas ni de figuras; por cuanto ella, por medio de esta soledad, tiene ya verdadera libertad de espíritu y no se ata a ninguno de estos medios.

En soledad vivía.

La dicha tortolica, que es el alma, vivía en soledad antes que hallase al Amado en este estado de unión; porque el alma que desea a Dios, la compañía de ninguna cosa le hace consuelo; antes, hasta hallarle, todo le hace y causa más soledad.

Y en soledad ha puesto ya su nido.

La soledad en que antes vivía era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo, según habemos dicho de la tortolica, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que se viene a la unión del Verbo, y por consiguiente a todo refrigerio y descanso, lo cual es aquí significado por el nido que dice.

Y así, es como si dijera: En esta soledad que antes vivía, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto ya su descanso y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde, hablando espiritualmente, David, dice:

Etenim passer invenit sibi domum, el turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos; esto es: De verdad que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos; esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias.

Y en soledad la guía.

Quiere decir: En esta soledad que el alma tiene de todas las cosas, en que está sola con Dios, él la guía, mueve y levanta a las cosas divinas; conviene a saber, su entendimiento en las divinas inteligencias, porque ya está desnudo y solo de otras contrarias y peregrinas inteligencias.

Y su voluntad mueve libremente al amor de Dios, porque ya está sola y libre de otras aficiones, y llena su memoria de divinas noticias, porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías; porque luego que el alma desembaraza estas potencias, y las vacía de todo lo inferior y de la prosperidad de lo superior, dejándolas

a solas sin ellos, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y divino, y es Dios el que la guía en esta soledad, que es lo que dice San Pablo de los perfectos:

Spiritu Dei aguntur, etc que son movidos del espíritu de Dios; que es lo mismo que decir «En soledad la guía».

A solas su querido.

Quiere decir que, no sólo la guía en la soledad de ella, más que él mismo es el que a solas obra en ella sin otro algún medio, porque ésta es la propiedad de esta unión del alma con Dios en matrimonio espiritual, hacer Dios en ella y comunicársele por sí solo, y no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural; porque, los sentidos exteriores e interiores y todas las criaturas, y aun la misma alma, muy poco hacen al caso, para ser parte para recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado; antes, porque no caben en habilidad y obra natural y diligencia del alma, él a solas las hace en ellas; y la causa es porque la halla a solas, como está dicho ya; y por eso no le quiere dar otra compañía, fiándolo de otro que de sí solo; y también es cosa conveniente que, pues el alma ya lo ha dejado todo, y pasado por todos los medios, subiéndose sobre todo a Dios, que el mismo Dios sea la guía y el medio para sí mismo; y habiéndose el alma ya subido en soledad en todo, sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para más subir, sino el mismo Verbo Esposo; el cual, por estar tan enamorado de ella, él a solas es el que la quiere hacer las dichas mercedes; y así, dice luego:

También en soledad de amor herido.

Es a saber, de la esposa; porque, demás de amar mucho el Esposo la soledad de el alma, está mucho más herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar a solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de él; y así, él no quiso dejarla sola, sino que, herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta

con otra cosa, él sólo la guía a sí, trayéndola y absorbiéndola en sí; lo cual no hiciera él en ella si no la hubiera hallado en la soledad espiritual.

Anotación de la canción siguiente.

Es extraña esta propiedad que tienen los amados en gustar mucho más de gozarse a solas de toda criatura que con alguna compañía; porque, aunque están juntos, si tienen alguna extraña compañía que haga allí presencia, aunque no hayan de tratar ni de hablar más a excusas de ella que delante de ella, y la misma compañía extraña no hable ni trate nada, basta estar allí para que no se gocen a su sabor.

La razón es, porque el amor, como es unidad de dos solos, a solas se quiere comunicar ellas.

Puesta, pues, el alma en esta cumbre de perfección y libertad de espíritu en Dios, acabadas todas las repugnancias y contrariedades de la sensualidad, ya no tiene otra cosa en qué entender ni otro ejercicio en qué se emplear, sino en darse a deleite y gozos de íntimo amor con el Esposo; como se escribe del santo Tobías, que, después que había pasado por los trabajos de su pobreza y tentaciones, le alumbró Dios, y que todo lo restante de su vida pasó en gozo; como ya lo pasa esta alma de que vamos hablando, por ser los bienes que en sí ve de tanto gozo y deleite, como lo da a entender Isaías del alma que, habiéndose ejercitado en las obras de perfección, ha llegado al punto de perfección que vamos tratando.

Dice, pues, así, hablando con el alma perfecta: Orietur in tenebris lux tua, et tenebrae tuae erunt sicut meridies. Et requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam, et osa liberabit, et eris quasi hortus irriguus, et sicut fons aquarum, cujus non deficient aquae.

Et aedificabuntur in te deserta saeculorum: fundamenta generationis, et generationis suscitabis: et vocaberis aedificator sepium, avertens semitas in quietem.

Si averteris a Sabbato pedem tuum, faccere voluntatem tuam, in die Sancto meo, et vocaberis Sabbatum delicatum, et Sanctum Domini gloriosum, et glorificaveris eum dum non facis vias tuas, et non invenitur voluntas tua, ut loquaris sermonem: tunc delectaberis super Domino et sustollam te super altitudines terrae, et cibabo te haereditate Jacob; esto es:

«Entonces nacerá en la tiniebla tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. Y darte ha tu Señor Dios descanso siempre, y llenará de resplandores tu alma, y librará tus huesos, y serás como un puerto de regadío y como una fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán.

Edificarse han en ti las soledades de los siglos y los principios y fundamentos de una y otra generación; resucitarás y serás llamado edificador de los setos, apartando tus sendas y veredas a la quietud.

Si apartares el trabajo tuyo de holganza y de hacer tu voluntad en mi santo día, y te llamares holganza delicada y santa gloriosa del Señor, y le glorificares, no haciendo tus vías y no cumpliendo tu voluntad, entonces te deleitarás sobre el Señor, y ensalzarte he sobre las alturas de la tierra, y apacentarte he en la heredad de Jacob, que es el mismo Dios».

Y por eso, como habemos dicho, esta alma ya no entiende sino en andar gozando de los deleites de este pasto, y sólo le queda una cosa que desear, que es gozarle perfectamente en la vida eterna.

Y así, en la siguiente canción y en las demás que se siguen se emplea en pedir al Amado este beatífico pasto, en manifiesta visión de Dios. Y así, dice:

## Canción trigésima sexta

Gocémonos, Amado,

Y vámonos a ver en tu hermosura

Al monte y al collado,

Do mana el agua pura;

Entremos más adentro en la espesura.

Declaración.

Como está ya hecha la perfecta unión de amor entre el alma y Dios, quiérese emplear y ejercitar el alma en las propiedades que tiene el amor; y así, ella es la que habla en esta canción con el Esposo, pidiendo las tres cosas que son propias del amor: la primera quiere recibir el gozo y sabor del amor, y ésa es la que pide cuando dice:

«Gocémonos, Amado»; la segunda es desear hacerse semejante al Amado, y ésa es la que pide cuando dice: «Vámonos a ver en tu hermosura»; y la tercera es escudriñar y saber las cosas y secretos del mismo Amado, y ésta le pide cuando dice: «Entremos más adentro en la espesura».

Gocémonos, Amado.

Es a saber, en la comunicación de dulzura de amor, no sólo en la que ya tenemos en la ordinaria junta y unión de los dos, mas en la que redunda en ejercicio de amor efectiva y actualmente, ahora con la voluntad en acto de afición, ahora exteriormente, haciendo obras pertenecientes al servicio del Amado; porque, como habemos dicho, esto tiene el amor donde hace asiento, que siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras, que son el ejercicio de amor in-

terior y exteriormente, como habemos dicho; todo lo cual hace por hacerse más semejante al Amado; y así, dice luego

Y vámonos a ver en tu hermosura.

Que quiere decir: Hagamos de manera que por medio de este ejercicio de amor ya dicho lleguemos hasta vernos en tu hermosura en la vida eterna; esto es, que de tal manera yo esté transformada en tu hermosura, que, siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo ya tu misma hermosura; de manera que, mirando el uno al otro, vea cada uno en el otro su hermosura, siendo la del uno y la del otro tu hermosura sola, absorta en ella; y así veré yo a ti en tu hermosura, y a mí en tu hermosura, y yo me veré en ti en tu hermosura, y tú en mí en tu hermosura; y así parezca yo tú en tu hermosura, y tú parezcas yo en tu hermosura, y mi hermosura sea la tuya, y la tuya la mía; y así seré yo tú en ella, y tú yo en la misma tu hermosura, porque tu misma hermosura será mi hermosura; y así nos veremos el uno al otro en tu hermosura.

Ésta es la adopción de los hijos de Dios, que de veras dirán a Dios lo que su Hijo mismo dijo por San Juan a su eterno Padre; diciendo: Mea omnia tua sunt, et tua mea sunt; que quiere decir:

Padre, todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías; él por esencia, por ser hijo natural, y nosotros por participación, por ser hijos adoptivos. Y así lo dijo él, no sólo por sí, que es la cabeza, sino por todo el cuerpo místico, que es la Iglesia.

La cual participará la misma hermosura del Esposo en el día de su triunfo, y será cuando vea a Dios cara a cara; que por eso pide aquí el alma que ella y el Esposo se vayan a ver en su hermosura.

Al monte y al collado.

Esto es, a la noticia matutina y esencial de Dios, que es conocimiento en el Verbo divino; el cual por su alteza es aquí significado

por el monte, como dice Isaías, provocando a que conozcan al hijo de Dios, diciendo: Venite, et ascendamus ad montem Domini; esto es: Venid, subamos al monte del Señor.

Y otra vez: Et erit in novissimis diebus praeparatus mons domus Domini, esto es: Estará aparejada el monte de la casa del Señor. Y al collado; esto es:

A la noticia vespertina de Dios, que es sabiduría de él en sus criaturas y obras y ordenaciones admirables; la cual es aquí significada por el collado; por cuanto es más baja sabiduría que la matutina; pero la una y la otra pide aquí el alma cuando dice: «Al monte y al collado».

En decir, pues, el alma al Esposo: Vámonos a ver en tu hermosura al monte, es decir: Transfórmame y aseméjame en la hermosura de la sabiduría divina, que, como decíamos, es el Verbo Hijo de Dios.

Y en decir al collado es decirle también que le informe en la hermosura de esta otra sabiduría menor, que es en sus criaturas y misteriosas obras; la cual también es hermosura del Hijo de Dios, en que desea el alma ser ilustrada.

No puede verse en la hermosura de Dios el alma si no es transformándose en la sabiduría de Dios, en que se ve y posee lo de arriba y lo de abajo. A este monte y collado deseaba venir la Esposa, cuando dijo: Vadam ad montem myrrhae, et ad collem thuris; esto es:

Iré al monte de la mirra y al collado del incienso; entendiendo por el monte de la mirra la visión clara de Dios, y por el collado del incienso la noticia en las criaturas; porque la mirra en el monte es de más alta especie que el incienso en el collado.

Do mana el agua pura.

Quiere decir, donde se da la noticia y sabiduría de Dios, que aquí llama agua pura porque limpia y desnuda el entendimiento de acci-

dentes y fantasías, y lo aclara sin nieblas de ignorancia.

Este apetito tiene siempre el alma de entender pura y claramente las verdades divinas; y cuanto más ama, más adentro de ellas apetece entrar; y por eso pide lo tercero, diciendo:

Entremos más adentro en la espesura.

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar espesura; porque en ellas hay sabiduría abundante y tan llena de misterios, que no sólo la podemos llamar espesura, más aun cuajada; según lo dice David, diciendo: Mons Dei, mons pinguis.

Mons coagulatus, mons pinguis; que quiere decir: El monte de Dios es monte grueso y monte cuajado.

Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda e inmensa, que, aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa, y sus riquezas incomprehensibles, según lo exclama San Pablo, diciendo:

O altitudo divitiarum sapientiae, et scientiae Dei: quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles viae ejus! ¡Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprehensibles son sus juicios e incomprehensibles sus vías!

Pero el alma en esta espesura e incomprehensibilidad de juicios desea entrar, porque le mueve el deseo de entrar muy adentro del conocimiento de ellos; porque el conocer en ellos es deleite inestimable, que excede todo sentido. De donde, hablando David del sabor de ellos, dijo: Judicia Domini vera, justificata tu semetipsa.

Desiderabilia super aurum, et lapidem praetiosum multum: et dulciora super mel, et favum. Etenim servus tuus custodit ea; que quiere decir: Los juicios del Señor son verdaderos, y en sí mismos tienen justicia.

Son más agradables y codiciados que el oro y que la preciosa piedra de gran estima, y son dulces sobre la miel y el panal; tanto, que tu siervo los amó y guardó.

Por lo cual desea el alma en gran manera engolfarse en estos juicios y conocer más adentro en ellos; y a trueque de esto le sería gran consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese, y por las angustias y trances de la muerte, por verse más dentro en su Dios.

De donde también por esta espesura en que aquí el alma desea entrarse, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer, porque ello es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios; porque el más puro padecer trae más puro e íntimo entender, y por consiguiente más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber.

Por tanto, no se contentando con cualquier manera de padecer, dice: «Entremos más adentro en la espesura»; es a saber, hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios. De donde, deseando el profeta Job este padecer por ver a Dios, dijo: Quis detur veniat petitio mea: et quod expecto, tribuat mihi Deus?

Et qui coepit, ipse me conterat: solvat manum suam, et succidat me? Et haec mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, nan parcat; que quiere decir:

¿Quién me dará que mi petición se cumpla y que Dios me dé lo que espero, y que el que me comenzó ése me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolación, que, afligiéndome con dolor, no me perdone?

¡Oh si se acabase ya de entender cómo no se puede llegar a la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, sino es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolación y deseo, y cómo el alma que de veras desea sabiduría divina, desea primero el padecer en la espesura de la cruz para entrar en ella!

Que por eso San Pablo amonestaba a los de Éfeso que no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen fuertes y arraigados en la caridad, para que pudiesen comprehender con todos los santos qué cosa sea la anchura y la longura y la altura y la profundidad, y para saber también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo:

In charitate radicati, et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus Sanctis, quae sit latitudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum: scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi; y para ser llenos de todo henchimiento de Dios; Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei.

Porque para entrar en esta riquezas de sabiduría la puerta es la cruz, que es angosta. Y desear entrar por ella es de pocos, mas desear los deleites a que se viene por ella es de muchos.

Anotación de la canción siguiente.

Una de las cosas más principales por que desea el alma ser desatada y verse con Cristo, es por verle ella cara a cara y entender allí de raíz las profundas vías y misterios eternos de su encarnación, que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por San Juan, hablando con el Padre:

Haec est autem vita aeterna: ut cognoscant te, solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum; esto es: Ésta es la vida eterna que te conozcan a ti, un solo Dios verdadero, y a tu Hijo Jesucristo, que enviaste.

Por lo cual, así como cuando una persona ha llegado de lejos lo primero que hace es tratar de ver a quien bien quiere; así el alma lo primero que desea hacer, en llegando a la vista de Dios, es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la encarnación, y las vías antiguas de Dios que de ellos dependen.

Por tanto, acabado de decir el alma que desea verse en la hermosura de Dios, dice luego esta canción:

## Canción trigésima séptima

Y luego a las subidas

Cavernas de las piedras nos iremos

Que están bien escondidas,

Y allí nos entraremos

Y el mosto de granada gustaremos.

Declaración.

Una de las cosas que más mueven al alma a desear entrar en esta espesura de sabiduría de Dios, y conocer muy adentro la hermosura de su sabiduría divina, es, como habemos dicho, por venir a unir su entendimiento en Dios, según la noticia de los misterios de la encarnación, como más alta y sabrosa sabiduría de todas sus obras.

Y así, dice la esposa en esta canción que, después de haber entrado más adentro en la sabiduría divina, esto es, «más adentro del matrimonio espiritual que ahora posee, que será en la gloria, viendo a Dios cara a cara»; unida una alma con ésta sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre, que están muy subidos en sabiduría, escondidos en Dios, y que en la noticia de ellos se entrarán engolfándose e infundiéndose el alma en ellos, y gustarán ella y el Esposo el sabor y deleite que causa el conocimiento de ellos, y de las virtudes y atributos de Dios, que por los dichos misterios se conocen en Dios, como son: justicia, misericordia, sabiduría, potencia y caridad.

Y luego a las subidas

Cavernas de la piedra nos iremos.

La piedra que aquí dice, según dijo San Pablo, es Cristo: Petra autem erat Christus.

Las subidas cavernas de esta piedra son los subidos y altos y profundos misterios de sabiduría de Dios que hay en Cristo sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino, y en la correspondencia que hay a ésta de la unión de los hombres en Dios; y en las conveniencias de justicia y misericordia de Dios sobre la salud del género humano en manifestación de sus juicios, los cuales, por ser tan altos y profundos, bien propiamente los llama subidas cavernas; subidas, por la alteza de los misterios; y cavernas, por la hondura y profundidad de la sabiduría de Dios en ellos; porque, así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos, de predestinación y presciencia en los hijos de los hombres, por lo cual dice luego:

Que están bien escondidas.

Tanto, que, por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender; y así, hay mucho que ahondar en Cristo, porque es una abundante mina con muchos senos de tesoros, que, por más que ahonden, nunca le hallan fin ni término; antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riqueras acá y allá; que por eso dijo San Pablo del mismo Cristo:

In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae absconditi; esto es: En Cristo moran todos los tesoros y sabidurías escondidas, en las cuales el alma no puede entrar ni puede llegar a ellos si, como habemos dicho, no pasa primero por la espesura del padecer interior y exterior.

Porque, aun a lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y reci-

bido muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual; porque todas estas mercedes son muy más bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo; porque todas son como disposiciones para venir a ella.

De donde, pidiendo Moisés a Dios que le mostrase su gloria, le respondió que no podía verla en esta vida; mas que él le mostraría todo el bien, es a saber, que en esta vida se puede.

Y fue que, metiéndole en la caverna de la piedra, que, como habemos dicho, es Cristo, le mostró sus espaldas, que fue darle conocimiento de los misterios de la humanidad de Cristo.

En estas cavernas, pues, de Cristo desea entrarse bien de hecho el alma para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor de la sabiduría de ellos, escondiéndose en el pecho de su Amado; porque a estos ahujeros la convida él en los Cantares diciendo:

Surge amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae; que quiere decir: Levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y ven en los ahujeros de la piedra y en la caverna de la cerca.

Los cuales ahujeros son las cavernas que aquí vamos diciendo; a las cuales dice luego el alma:

Y allí nos entraremos.

Allí, conviene a saber, que en aquellas noticias y misterios divinos, nos entraremos; y no dice entraré yo sola, que parecía más conveniente, pues el Esposo no ha menester entrar de nuevo, sino entraremos, es a saber, yo y el Amado, para dar a entender que esta obra no la hace ella, sino el Esposo con ella; y demás de esto, por cuanto ya están Dios y el alma unidos en este estado de matrimonio espiritual en que vamos hablando, no hace el alma obra ninguna a solas sin Dios.

Y decir, allí nos entraremos, es decir, allí nos transformaremos; es a saber, yo en ti, por el amor de estos dichos juicios divinos y sabrosos; porque en el conocimiento de la predestinación de los justos y presciencia de los malos, en que previno el Padre a los justos en las bendiciones de su dulzura en su Hijo Jesucristo, subidísima y estrechísimamente se transforma el alma en amor de Dios, según estas noticias, agradeciendo y amando al Padre de nuevo con grande sabor y deleite por su Hijo Jesucristo; y esto hace ella unida con Cristo, juntamente con Cristo; y el sabor de esta alabanza es tan delicado, que totalmente es inefable; pero dícelo el alma en el verso siguiente, diciendo:

Y el mosto de granadas gustaremos,

Las granadas significan aquí los misterios de Cristo y los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de Dios que del conocimiento de estos misterios y juicios se conocen en Dios, que son inumerables; porque, así como las granadas tienen muchos granicos, nacidos y sustentados en aquel seno circular, así cada uno de los atributos y juicios y virtudes de Dios contiene en sí gran multitud de ordenaciones maravillosas y admirables efectos de Dios, contenidos y sustentados en el seno esférico de virtud y misterio, etc., que pertenecen a aquellos tales efectos.

Y notamos aquí la figura circular, esférica, de la granada, porque cada granada entendemos aquí por cualquiera virtud y atributo de Dios, el cual atributo o virtud de Dios es el mismo Dios, el cual es significado por la figura circular, esférica, porque no tiene principio ni fin.

Que, por haber en la sabiduría de Dios tan inumerables juicios y misterios, dijo la Esposa al Esposo en los Cantares: Venter ejus eburneus distinctus sapphiris; que quiere decir: Tu vientre es de marfil, distinto en zafiros.

Por los cuales zafiros son significados los dichos misterios y juicios de la divina Sabiduría, que allí es significada por el vientre, porque zafiro es una piedra preciosa de color de cielo cuando está claro y sereno.

El mosto, pues, que dice aquí la esposa que gustarán ella y el Esposo, de estas granadas, es la fruición y deleite de amor de Dios que en la noticia y conocimiento de ellos redunda en el alma; porque, así como de muchos granos de las granadas sale un solo mosto cuando se comen, así de todas estas maravillas y grandezas de Dios en el alma infundidas redunda en ella una fruición y deleite de amor, que es bebida del Espíritu Santo, la cual ella luego ofrece a su Dios, el Verbo, esposo suyo, con grande ternura de amor, porque esta bebida divina la tenía ella prometida en los Cantares, si él la entrara en estas altas noticias, diciendo:

Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum molarum granatorum meorum; que quiere decir:

Allí me enseñarás y darete yo a ti la bebida del vino adobado y el mosto de mis granadas; llamándolas suyas, esto es, las divinas noticias, aunque son de Dios, por habérselas él a ella dado, y ella, como propias, las vuelve al mismo Dios; y eso quiere decir «El mosto de granadas gustaremos».

Porque, gustándolo él, lo da a gustar a ella, y gustándolo ella, lo vuelve a dar a gustar a él; y así, es gusto común de entrambos.

Anotación de la canción siguiente.

En estas dos canciones pasadas ha ido cantando la esposa los bienes que le ha de dar el Esposo en aquella felicidad eterna; conviene a saber, que le ha de transformar de hecho el Esposo en la hermosura de su sabiduría creada e increada, y que allí la transformará también

en la hermosura de la unión del Verbo con la humanidad, en que le conocerá, así por la faz como por las espaldas.

Y ahora en la canción siguiente dice dos cosas: en la primera la manera en que ella ha de gustar aquel divino mosto de las granadas que ha dicho; en la segunda trae por delante al Esposo la gloria que le ha de dar de su predestinación.

Y conviene aquí notar que, aunque estos bienes del alma los va diciendo por partes sucesivamente, todos ellos se contienen en una gloria esencial del alma. Dice, pues, así:

## Canción trigésima octava

Allí me mostrarías

Aquello que mi alma pretendía,

Y luego me darías

Allí tú, vida mía,

Aquello que me diste el otro día.

Declaración.

El fin por que el alma deseaba entrar en aquellas cavernas era por llegar a la consumación de amor de Dios que ella siempre había pretendido, que es venir a amar a Dios con la pureza y perfección con que ella es amada de él, para pagarse en esto la vez; y así, le dice en esta canción al Esposo que allí le mostrará él esto que tanto ha siempre pretendido en todos sus actos y ejercicios, que es mostrarla a amar al Esposo con la perfección que él la ama; y lo segundo que dice que allí se dará, es la gloria esencial para que él la predestinó desde el día de su eternidad; y así, dice:

Allí me mostrarías

Aquello que mi alma pretendía.

Esta pretensión del alma es la igualdad de amor con Dios, que ella natural y sobrenaturalmente apetece, porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado; y como el alma ve que con la transformación que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar a igualar a la perfección de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformación de gloria, en que llegará a igualar con el dicho amor.

Porque, aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar a los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria tendrá; porque, así como, según dice San Pablo, conocerá el alma entonces como es conocida de Dios:

Tunc autem cognoscan, sicut et cognitus sum; así entonces amará también como es amada de Dios.

Porque, así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, y su voluntad será voluntad de Dios, así su amor será amor de Dios; porque, aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios; y así, ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la fuerza misma de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es el Espíritu Santo, en quien está allí el alma transformada; que, siendo él dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razón de la tal transformación de gloria, lo que falta en ella; lo cual, aun en la transformación perfecta de este estado matrimonial a que en esta vida el alma llega, en que está toda revestida en gracia, en alguna manera ama tanto por el Espíritu Santo, que le es dado en la tal transformación.

Por tanto, es de notar que no dice aquí el alma que le dará allí su amor, aunque de verdad se lo da, porque en esto no daba a entender sino que Dios la amaría a ella; sino que allí le mostrará cómo lo ha de amar ella con la perfección que pretende, por cuanto él allí le da su amor, y en el mismo le muestra a amarle como de él es amada; porque, demás de enseñar Dios allí a amar al alma pura y libremente sin interés, como él nos ama, la hace amar con la fuerza que él la ama, transformándola en su amor, como habemos dicho, en lo cual le da su misma fuerza con que puede amarle; que es como ponerle el instru-

mento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella; lo cual es mostrarle a amar y darle la habilidad para ello.

Hasta llegar a esto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría si (como dice Santo Tomás, in opúsculo De Beatitudine) no sintiese que ama a Dios tanto cuanto de él es amada.

Y como queda dicho, en este estado de matrimonio espiritual, de que vamos hablando en esta sazón, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay, empero, un vivo viso o imagen de aquella perfección, que totalmente es inefable.

Y luego me darías

Allí tú, vida mía,

Aquello que me diste el otro día.

Lo que aquí dice el alma que le daría luego, es la gloria esencial, que consiste en ver el ser de Dios. De donde, antes que pasemos adelante, conviene desatar aquí una duda, y es:

¿por qué, pues, la gloria esencial consiste en ver a Dios, y no en amar, dice aquí el alma que su pretensión es este amor, y no lo dice de la gloria esencial, y lo pone al principio de la canción; y después, como cosa de que menos caso hace, pone la petición de lo que es gloria essencial?

Es por dos razones.

La primera porque, así como el fin de todo es el amor, que se sujeta en la voluntad, cuya propiedad es dar, y no recibir; y la propiedad del entendimiento, que es sujeto de la gloria esencial, es recibir, y no dar, estando el alma aquí embriagada de amor, no se le pone delante la gloria que Dios le ha de dar, sino darse ella a él en entrega de verdadero amor, sin algún respeto de su provecho.

La segunda razón es, porque en la primera pretensión se incluye la segunda, y ya queda presupuesta en las precedentes canciones; porque, es imposible venir a perfecto amor de Dios sin perfecta visión de Dios.

Y así, la fuerza de esta duda se desata en la primera razón, porque con el amor paga el alma a Dios lo que le debe, y con el entendimiento antes recibe de Dios.

Pero, viniendo a la declaración, veamos qué día sea aquel otro que aquí dice, y qué es aquél aquello que en él le dio Dios, y se lo pide para después en la gloria.

Por aquel otro día entiende el día de la eternidad de Dios, que es otro que este día temporal; en el cual día de la eternidad predestinó Dios al alma para la gloria, y en ése determinó la gloria que le había de dar, y se la tuvo dada libremente sin principio antes que la criara, y de tal manera es ya aquello propio de tal alma, que ningún caso ni contraste alto ni bajo bastará a quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio, vendrá ella a poseer sin fin.

Y esto es aquello que dice le dio el otro día, lo cual desea ella poseer ya manifiestamente en gloria. Y ¿qué será aquello que allí le dio? Ni ojo lo vio, ni oído lo oyó, ni en corazón de hombre cayó, como dice el Apóstol:

Quod ocubus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit. Y otra vez dice Isaías: Oculus non vidit, Deus, absque te, quae praeparasti expectantibus te; esto, es: No vio, Señor, fuera de ti lo que aparejaste, etc. Que por no tener ello nombre, dice aquí el alma aquello.

Ello, en fin, es ver a Dios; pero qué le sea el alma ver a Dios no tiene nombre más que aquello.

Pero, porque no se deje de decir algo de aquello, digamos lo que dijo de ello Cristo a San Juan en el Apocalipsis, por muchos términos y vocablos y comparaciones, en siete veces, por no poder ser aquello comprenhendido en un vocablo ni una vez, porque aun en todas aquéllas se quedó por decir.

Dice, pues, allí Cristo: Vincenti dabo edere de ligno vitae, quod est in Paradiso Dei mei; esto es: Al que venciere darele de comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios. Mas porque este término no declara bien aquello, dice luego otro, y es:

Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae; esto es: Sé fiel hasta la muerte y darete la corona de la vida. Pero tampoco este término lo dice, luego dice otro más obscuro y que más lo da a entender diciendo:

Vincenti dabo manna absconditum, et dabo illi calculum candidum: et in calculo nomen novum scriptum, quod nemo scit, nisi qui accipit; esto es: Al que venciere le daré maná escondido y un cálculo blanco, y en el cálculo un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe sino el que lo recibe.

Y porque tampoco este término basta para decir aquello, dice luego otro el Hijo de Dios, de grande poder y alegría:

Et qui vicerit, et custodierit usque in finem opera mea, dabo illi potestatem super gentes, et reget eas in virga ferrea, et tamquam vas figuli confringentur, sicut et ego accepi a Patre meo: et dabo illi stellam matutinam; esto es.

Al que venciere, dice y guardare mis obras hasta el fin, darle he potestad sobre las gentes, y regirlas ha en vara de hierro, y como un vaso de barro se desmenuzarán, así como yo también recibí de mi Padre, y darele la estrella matutina.

Y no se contentando con estos términos, para declarar aquello dice luego: Qui vicerit, sic vestietur vestimentis albis, et non delebo nomen ejus de libro vitae, et confitebor nomen ejus coram Patre meo: esto es.

El que venciere de esta manera, será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre.

Mas, porque todo lo dicho queda corto, dice luego muchos términos para declarar aquello, los cuales encierra en sí majestad inefable y grandeza:

Qui vicerit, faciam illum columnam in templo Dei mei, et foras non egredietur amplius: et scribam super eum nomen Dei mei, et nomen civitatis Dei mei novae Jerusalem, quae descendit de coelo a Deo meo, et nomen meum novum; esto es:

El que venciere harelo columna en el templo de mi Dios y no saldrá fuera jamás, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad nueva de Jerusalén de mi Dios, que desciende del cielo de mi Dios, y también mi nombre nuevo.

Y dice luego lo sétimo, para declarar aquello: Qui vicerit, dabo ei sedere mecum, in throno meo: sicut et ego vici, et sedi cum Patre meo in throno ejus. Qui habet aurem, audiat, etc.; esto es:

Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi trono, como yo vencí y me senté con mi Padre en su trono. El que tiene oídos para oír, oiga, etc.

Hasta aquí son palabras del Hijo de Dios, todas para dar a entender aquello, las cuales cuadran a aquello muy perfectamente; pero aun no lo declaran, porque las cosas inmensas esto tienen, que todos los términos excelentes y de calidad y grandeza y bien les cuadran, mas ninguno de ellos las declara, ni todos juntos.

Pues veamos ahora si dice David algo de aquel aquello. En un salmo dice: Quam magna multitudo dulcedinis tuae Domine, quam abscondisti timentibus te! Esto es: ¡Cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste para los que te temen! Y por otra parte llama a aquello torrente de deleite, y dice:

Et torrente voluptatis tuae potabis eos; esto es: Del torrente de tu deleite les darás de beber. Y porque tampoco halla David igualdad en este nombre, llámalo en otra parte prevención de las bendiciones de la dulzura de Dios: Quonam prevenisti eum in benedictionibus dulcedinis.

De manera que nombre que al justo cuadre a aquello que aquí dice el alma, que es la felicidad para que Dios la predestinó, no se halla; pues quedémonos con el nombre que aquí le pone el alma de aquello, y declaremos el verso de esta manera:

Aquello que me diste, esto es, aquel peso de gloria en que me predestinaste, oh Esposo mío, en el día de tu eternidad, cuando tuviste por bien de determinar de criarme, me darás luego allí en el mi día de mi desposorio y mis bodas, en el día mío de la alegría de mi corazón, cuanto desatándome de la carne y entrándome en las subidas cavernas de tu tálamo, transformándome en ti gloriosamente, bebamos el mosto de las suaves granadas.

Anotación de la canción siguiente.

Pero por cuanto el alma en este estado de matrimonio espiritual que aquí tratamos no deja de saber algo de aquello, pues por estar transformada en Dios pasa por ella algo de ello, no quiere dejar de decir algo de aquello, cuyas prendas y rastro siente ya en sí; porque, como se dice en el Libro de Job:

Conceptum sermonem tenere quis poterit? ¿Quién podrá contener la palabra que en sí tiene concebida sin decilla? Y así, en la siguiente

canción se emplea en decir algo de aquella fruición que entonces gozará en la vista beatífica, declarando ella, en cuanto le es posible, qué sea y cómo sea aquello que allí será.

## Canción trigésima novena

El aspirar del aire,

El canto de la dulce filomena,

El soto y su donaire

En la noche serena,

Con llama que consume y no da pena

Declaración.

En esta canción dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformación, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiración del Espíritu Santo de Dios a ella, y de ella a Dios. El segundo, la jubilación a Dios en la fruición de Dios.

El tercero, el conocimiento de las criaturas y de la ordenación de ella. El cuarto, pura y clara contemplación de la Esencia divina. El quinto, transformación total en el inmenso amor de Dios. Dice, pues, el verso:

El aspirar del aire.

Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo; el cual, a manera de aspirar con aquélla su aspiración divina muy subidamente, levanta al alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que a ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación para unirla consigo; porque no sería verdadera y total transformación si no se transformara el alma en

las tres personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado.

Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es a ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo lengua mortal, ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello; porque aun lo que en esta transformación temporal pasa acerca de esta comunicación en el alma, no se puede hablar; porque, el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios, estando ella en él transformado, aspira en sí mismo a ella.

Y en la transformación que el alma tiene en esta vida para esta misma aspiración de Dios al alma, y del alma a Dios con mucha frecuencia, con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en relevado y manifiesto grado, como en la otra vida.

Porque esto es lo que entiendo que quiso decir San Pablo cuando dijo: Quoniam autem estis Filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater; esto es: Por cuanto sois hijos de Dios, envió Dios en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, clamando al Padre.

Lo cual en los beatíficos de la otra vida y en los perfectos de ésta es las dichas maneras. Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado.

Porque, dado que Dios le haga merced de unirla en Santísima Trinidad, en que el alma le hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad?

Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma, porque esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma a Dios, y para que pudiese venir o esto la crió a su imagen y semejanza.

Y como esto sea, no hay más saber ni poder para decirlo, sino dar a entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto de poder ser hijos de Dios; y así lo pidió al Padre él mismo por San Juan, diciendo:

Pater quos dedisti mihi, volo, ut ubi sum ego, et illi sint mecum ut videant claritatem meam quam dedisti mihi; que quiere decir:

Padre, quiero que los que me has dado, de donde yo estoy, ellos también estén conmigo para que vean la claridad que me diste; es a saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Espíritu Santo.

Y dice más: Non pro eis autem rogo tantum, sed, et pro eis, qui credituri sunt per verbum corum in me: ut omnes unum sunt, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint: ut credat mundus, quia tu me misisti.

Et ego claritatem quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum sicut et nos unum sumus. Ego in eis, et tu in me: ut sint consummati in unum: et cognoscat mundus quia tu me misisti, et dilexisti eos, sicut et me dilexisti; esto es:

Mas no ruego, Padre, solamente por estos presentes, sino también por aquéllos que han de creer por su doctrina en mí; que todos ellos sean una misma cosa de manera que tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así ellas en nosotros sean una misma cosa.

Y yo la claridad que me has dado he dado a ellos para que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos, y

tú en mí, para que sean perfectos en uno; porque conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí.

Que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino, como habemos dicho, por unidad y transformación de amor; como tampoco se entiende aquí quiere decir el Hijo al Padre que sean los santos una cosa esencial y naturalmente, como lo son el Padre y el Hijo están en unidad de amor.

De donde las almas estos mismos bienes poseen por participación que él por naturaleza; por lo cual verdaderamente son dioses por participación semejantes y compañeros suyos de Dios. De donde San Pedro dijo:

Gratia vobis, et pax adimpleatur in cognitione Dei, et Christi Jesu Domini Nostri: quomodo omnia nobis Divinae Virtutis suae quae ad vitam et pietatem dona a sunt, per cognitionem ejus, qui vocabit nos propria gloria, et virtute, per quem maxima, et pretiosa nobis promissa donavit; ut per haec efficiamini Divinae consortes naturae; que quiere decir:

Gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su divina virtud para la vida, y la piedad por el conocimiento de aquél que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dio, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la divina naturaleza.

Hasta aquí son palabras de San Pedro, en que claramente da a entender que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en él acompañadamente con él la obra de la Santísima Trinidad de la manera que habemos dicho, por causa de la unión sustancial entre el alma y Dios; lo cual, aunque se cumple perfectamente en la otra vida todavía, en ésta, cuando se llega el estado perfecto, como decíamos

ha llegado aquí el alma, se alcanza gran rastro y sabor de ello al modo que vamos diciendo; aunque, como habemos dicho, no se pueda decir.

Oh, almas criadas para estas grandezas, y para ellas llamadas, ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones miserias.

¡Oh miserable ceguera de los hijos de Adán, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!

Síguese lo segundo que el alma dice para dar a entender aquello, es a saber:

El canto de la dulce filomena.

Lo que nace en el alma de aquel aspirar del aire es la dulce voz de su Amado a ella, en la cual ella hace a él su sabrosa jubilación; y lo uno y lo otro llama aquí Canto de filomena.

Porque, así como el canto de filomena, que es ruiseñor, se oye en la primavera, pasados ya los fríos, lluvias y variedades del invierno, y hace melodía al oído y al espíritu recreación, así en esta actual comunicación y transformación de amor que tiene ya la esposa en esta vida, amparada ya, y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones, penalidades y nieblas, así del sentido como del espíritu, siente nueva primavera en libertad y anchura y alegría de espíritu, en la cual siente la dulce voz del Esposo, que es su dulce filomena, con la cual voz, renovando y refrigerando la sustancia de su alma, como alma ya bien dispuesta para caminar a la vida eterna, la llama dulce y sabrosamente sintiendo ella la sabrosa voz que dice:

Surge, propera amica mea, columba mea, formosa mea, et veni. Jam enim hiems transit, imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, tempus putationis advenit: vox turturis audita est in terra nostra; esto es:

Levántate, date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ya ido muy lejos.

Las flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo de podar es llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra; con la cual voz del Esposo, que se la habla en lo interior del alma, siente la esposa fin de males y principio de bienes, en cuyo refrigirio y amparo y sentimiento sabroso, ella también, como dulce filomena, da su voz con nuevo canto de jubilación a Dios, juntamente con Dios, que la mueve a ella.

Que por eso él da su voz a ella, para que ella en uno la dé junto con él a Dios; porque ésa es la pretensión y deseo de él, que el alma entone su voz espiritual en jubilación de Dios, según también el mismo Esposo se lo pide a ella en los Cantares diciendo:

Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis: que quiere decir:

Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, en los ahujeros de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos.

Los oídos de Dios significan aquí los deseos que tiene Dios de que el alma le dé esta voz de jubilación perfecta, pide el Esposo que la dé y suene en las cavernas de la piedra, esto es, en la transformación que dijimos de los misterios de Cristo; que, porque en esta unión del alma jubila y alaba a Dios, hace las obras muy perfectas; y así, esta voz de jubilación es dulce para Dios y dulce para el Alma.

Que por eso dijo el Esposo: Vox enim tua dulcis; Tu voz es dulce; es a saber, no sólo para ti, sino también para mí, porque estando conmigo en uno, das tu voz en uno de dulce filomena para conmigo.

En esta manera es el canto que pasa en el alma en la trasformación que tiene en esta vida del sabor de él, la cual es sobre todo encarecimiento.

Pero, por cuanto no es tan perfecto como el cantar nuevo de la vida gloriosa, saboreada el alma por éste que aquí siente, rastreando por el alteza de este canto la excelencia que tendrá en la gloria, cuya ventaja es mayor sin comparación, hace memoria de él, y dice que aquello que le dará será canto de la dulce, y dice luego:

El soto y su donaire.

Ésta es la tercera cosa que dice el alma ha de dar el Esposo. Por el soto, por cuanto cría en sí muchas plantas y animales, entiende aquí a Dios, en cuanto cría y da ser a todas las criaturas.

Las cuales en él tienen su vida y raíz, la cual es mostrarle Dios y dársele a conocer en cuanto es criador.

Por el donaire de este soto, que también pide al Esposo el alma aquí para entonces, pide la gracia y sabiduría y la belleza que de Dios tiene, no sólo cada una de las criaturas, así terrestres como celestes, sino también la que hacen entre sí en la correspondencia sabia, ordenada, grandiosa y amigable de unas a otras, así de las interiores entre sí, somo de las superiores también entre sí, y entre las superiores y las inferiores; que es cosa que hace al alma gran donaire y deleite conocerla.

Síguese lo cuarto, y es:

En la noche serena.

Esta noche es la contemplación en que el alma desea ver estas cosas; llámala noche, porque la contemplación es obscura, que por eso se llama por otro nombre mística teología, que quiere decir sabiduría de Dios secreta o escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a escuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísima al alma, sin ella saber cómo, lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo; porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías y aprehensiones de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo; el cual, sin recibir las tales formas, sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial, desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo, y por eso llama a esta contemplación noche, con la cual en esta vida conoce el alma, por medio de la transformación, que ya tiene altísimamente este divino soto y su donaire.

Pero, por más alta que sea esta noticia, todavía es noche obscura en comparación de la beatífica que aquí pide; y por eso dice, pidiendo clara contemplación, que es este gozar del soto y su donaire y las demás cosas, que ha dicho sea en la noche ya serena, esto es, en la contemplación ya clara y beatífica; de manera que deje ya de ser noche en la contemplación obscura acá, y se vuelva en contemplación de vista clara y serena de Dios allá.

Y así, decir en la noche serena, es decir en contemplación clara y serena de la vista de Dios. De donde, David, de esta noche de contemplación dice: Et nox illuminatio mea in deliciis meis; esto es: La noche serena es mi iluminación en mis deleites; que es como si dijera:

Cuando esté en mi deleite de vista esencia de Dios, ya la noche de contemplación habrá amanecido en día y luz en mi entendimiento. Síguese:

Con llama que consume y no da pena.

Por la llama entiende aquí el amor del Espíritu Santo. El consumir significa aquí acabar y perfeccionar.

El decir pues, el alma que todas las cosas que ha dicho en esta canción se las ha de dar al Amado, y las ha ella de poseer con amor consumado y perfecto, absortas todas y ella con ellas, en amor perfecto y que no da pena, es para dar a entender la perfección entera de este amor; porque, para que lo sea, estas dos propiedades ha de tener; conviene a saber, que consuma y transforme el alma en Dios, y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma.

Lo cual no puede ser sino en el estado beatífico y donde ya esta llama es amor suave; porque en la transformación del alma en ella hay conformidad y satisfacción beatífica de ambas partes; y por tanto no da pena de variedad en más o menos, como hacía antes que el alma llegase a la capacidad de este perfecto amor; porque, habiendo llegado a él, está el alma en tan conforme y suave amor con Dios, que, con ser Dios, como dijo Moisés «fuego consumidor»:

Dominus Deus tuus, ignis consumens est; ya no le sea sino consumador y reficionador, que no es ya como la transformación que tenía en esta vida el alma, que, aunque era muy perfecta y consumadora en amor, todavía le era algo consumidora y detractiva, a manera del fuego en la ascua, que, aunque está transformada y conforme con ella, sin aquel restallar y humear que hacía antes que en sí la transformase, todavía aunque la consumaba en fuego, la consumía y resolvía en ceniza.

Lo cual acaece en el alma que en esta vida está transformada con perfección de amor, que, aunque hay conformidad, todavía padece alguna manera de pena y detrimento; lo uno, por la transformación beatífica que siempre echa menos en el espíritu, lo otro, por el detrimento que padece el sentido flaco y corruptible con la fortaleza y al-

teza de tanto amor; porque cualquiera cosa excelente es detrimento y pena a la flaqueza natura; porque, según está escrito:

Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam. Pero en aquella vida beatífica ningún detrimento ni pena sentirá, aunque su entender será profundísimo y su amor muy inmenso; porque, para lo uno le dará Dios habilidad, y para lo otro fortaleza, consumando Dios su entendimiento con su sabiduría y su voluntad con su amor.

Y porque la Esposa ha pedido en las precedentes canciones y en la que vamos declarando inmensas comunicaciones y noticias de Dios, con que ha menester fortísimo y altísimo amor para amar según la grandeza y alteza de ellas, pide aquí que todas ellas sean en este amor consumado, perfectivo y fuerte.

## Canción cuadragésima

Que nadie lo miraba,

Aminadab tampoco parecía,

Y el cerco sosegaba.

Y la caballería

A vista de las aguas descendía.

Declaración.

Conociendo, pues, aquí la esposa que ya el apetito de su voluntad está desasido de todas las cosas y arrimado a su Dios con estrechísimo amor, y que la parte sensitiva del alma, con todas sus fuerzas, potencias y apetitos está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías; y que el demonio, por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual, está ya vencido y apartado muy lejos; y que su alma está unida y transformada con abundancia de riquezas y dones eclestiales; y que, según esto, ya está bien dispuesta, aparejada y fuerte, arrimada a su Esposo, para subir por el desierto de la muerte, abundando en deleites, a los asientos y sillas gloriosas de sus esposas, con deseo que el Esposo concluya ya este negocio, pónele delante, para más moverlo a ello, todas estas cosas en esta última canción, en la cual dice cinco cosas: la primera, que ya su alma está desasida y ajena de todas las cosas; la segunda, que ya está vencido y ahuyentando el demonio; la tercera, que ya están sujetas las pasiones y mortificados los apetitos naturales; la cuarta y la quinta, que ya está la parte sensitiva e interior reformada y purificada, y que ya está conformada con la parte espiritual; de manera que, no solo no estorbará

para recibir aquellos bienes espirituales, antes se acomodará a ellos; porque aun de los que ahora tiene participa según su capacidad.

Y dice así: Que nadie lo miraba.

Lo cual es como si dijera: Mi alma está ya tan desnuda, desasida, sola y ajenada de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo, que ninguna de ellas alcanza ya de vista el íntimo deleite que en ti poseo; es a saber, a mover mi alma a gusto con su suavidad, ni a disgusto ni molestia con su miseria y bajeza; porque, estando mi alma tan lejos de ella y en profundo deleite contigo, ninguna de ellas lo alcanza de vista; y no sólo eso, pero

Aminadab tampoco parecía.

El cual Aminadab, en la Escritura divina, significa el demonio, hablando espiritualmente, adversario del alma; el cual la combatía y turbaba siempre con la inumerable munición de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella, estando ya puesta, está ya tan favorecida, tan fuerte y tan victoriosa con las virtudes que allí tiene y con el favor del brazo de Dios, que el demonio, no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy lejos y no osa parecer; porque también por el ejercicio de las virtudes y por razón del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece más delante de ella.

Y así, Aminadab tampoco parecía, con algún derecho para impedirme este bien que pretendo.

El cerco sosegaba.

Por el cual cerco entiende aquí el alma sus pasiones y apetitos; los cuales, cuando no están vencidos y amortiguados, la cercan en rededor, combatiéndola de una parte y de otra, por lo cual los llama

cerco; el cual dice que también está ya sosegado, esto es, las pasiones ordenadas en razón, y los apetitos mortificados; que, pues así es, no deje de comunicarle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco ya no es parte para impedirlo, esto dice, porque hasta que el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones a Dios, y tiene mortificadas y purgados los apetitos, no está capaz de ver a Dios.

Y síguese: Y la caballería

A vista de las aguas descendía.

Por las aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales que en este estado goza el alma en este interior con Dios.

Por la caballería entiende aquí los sentidos corporales de la parte sensitiva, así interiores como exteriores, porque ellos traen en sí las fantasías y figura de sus objetos; los cuales, en este estado, dice aquí la Esposa que descienden a vista de las aguas espirituales; porque de tal manera está ya en este estado de matrimonio espiritual purificada, y en alguna manera espiritualizada la parte sensitiva e inferior del alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen a participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al alma en el interior del espíritu, según lo dio a entender David cuando dijo:

Cor meum, et caro mea, exultaverunt in Deum vivum, esto es: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo.

Y es de notar que no dice aquí la Esposa que la caballería descendía a gustar las aguas, sino a vista de ellas, porque esta parte sensitiva con sus potencias no tiene capacidad para gustar esencial y propiamente los bienes espirituales, no sólo en esta vida, pero ni aun en la otra, sino por cierta redundancia del espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite de ellos, por el cual deleite estos sentidos y potencias corporales son atraídos a recogimiento interior, donde está

bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales; lo cual más es descender a la vista de ellas que a verlas y gustarlas como ellas son.

Y dice aquí el alma que descendían, y no dice que iban, ni otro vocablo, para dar a entender que en esta comunicación de la parte sensitiva a la espiritual, cuando se gusta la dicha bebida de las aguas espirituales, las bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento espiritual.

Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la esposa a su Amado, Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual a que Dios la ha querido llegar en esta iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, la cual sea servido llevar a todos los que invocan su nombre dulcísimo de Jesús, esposo de las fieles almas, la cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y Espíritu Santo, in saecula saeculorum.